

MI HIGHLANDER DEL PASADO II

A través del tiempo

Penélope Ember

MI HIGHLANDER DEL PASADO II

A través del tiempo

Penélope Ember

Capítulo 1

La oscuridad me envuelve como un manto impenetrable. Siento un hormigueo extraño que recorre mi cuerpo, como si miles de agujas diminutas me picaran la piel. Poco a poco, la oscuridad se disipa y una luz tenue se abre paso entre mis párpados entornados. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar mi vista. La desorientación me invade, acompañada de una náusea que me revuelve el estómago. Me siento como si hubiera estado desmayada durante horas. Tal vez haya sido así.

Intento incorporarme, pero un gemido ahogado escapa de mis labios al ver el desastre a mi alrededor. Parte de la comida que llevaba cuidadosamente escondida entre mi ropa ha sido aplastada y ahora no sirve más que para atraer a las alimañas del bosque. La desesperación se apodera de mí por un instante.

Al levantarme, observo con detenimiento el lugar en el que me encuentro. No hay nada que me resulte familiar. La biblioteca de la antigua casa, el imponente castillo, todo ha desaparecido. Solo veo vegetación a mi alrededor, árboles frondosos que se elevan hacia el cielo y arbustos que me impiden ver más allá. Un escalofrío recorre mi espina dorsal al darme cuenta de que algo ha salido terriblemente mal.

Evoco en mi memoria el momento en la biblioteca, la esmeralda del anillo reluciendo en mi mano, la esperanza palpitando en mi pecho. Al ponérmelo, había tenido la certeza de que me transportaría 200 años atrás, a la época de Ewan. Pero claramente algo ha fallado. Y ahora no sé dónde estoy.

El pánico comienza a apoderarse de mí. ¿Y si he viajado a otro lugar completamente diferente? ¿Y si he ido demasiado lejos en el tiempo, a una época anterior a la construcción del castillo? Mi mente se llena de imágenes aterradoras, cada una más desoladora que la anterior. Respiro hondo, tratando de calmarme. No puedo entrar en pánico ahora. Necesito pensar con claridad si quiero salir adelante.

Me levanto con dificultad, la cabeza me da vueltas y el estómago me revuelve. Me siento en un tronco caído, tratando de recuperar el aliento. Inspecciono mi entorno con desesperación, buscando cualquier señal que me indique dónde estoy. No hay caminos, ni casas, ni nada que me dé una pista. Solo árboles, arbustos y más árboles. La espesura del bosque me impide ver más allá de unos pocos metros.

Finalmente me obligo a serenarme, a recordarme la razón por la que he venido. Ewan morirá dentro de dos años si no le encuentro. Y, vista la situación, dar con él no va a ser tan sencillo como había imaginado. Debo empezar a buscarle.

Y con ese pensamiento, doy un paso, y luego otro. Avanzo lentamente, abriéndome camino entre la maleza, mis ojos escudriñando cada rincón en busca de cualquier señal que me indique dónde estoy o hacia dónde debo ir.

Pero los días siguientes son una lucha por la supervivencia. Camino sin rumbo fijo, alimentándome con lo poco que encuentro y durmiendo apenas unas horas bajo la inclemencia del tiempo. El vestido que llevo puesto, pesado e impráctico a pesar de mis mejoras, se engancha en las ramas y me dificulta el avance. Mis pies están llenos de ampollas y rasguños, y mi cuerpo está dolorido por el esfuerzo.

Al tercer día, la lluvia torrencial me obliga a buscar refugio en el hueco de un árbol. Me acurruco lo mejor que puedo, tiritando de frío y humedad. La desesperación me invade. ¿Qué

estoy haciendo aquí? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo voy a salir de este lugar?

Empiezo a cuestionarme todas mis decisiones. Me pregunto si he cometido una locura al embarcarme en esta aventura. ¿Y si me quedo atrapada en este bosque para siempre? ¿Y si nunca encuentro a Ewan? Debí haberle contado a alguien sobre el anillo. ¿Y si me quedo atrapada aquí para siempre? Las lágrimas brotan de mis ojos mientras me abrazo a mí misma, sintiendo una profunda soledad y desamparo.

Cierro los ojos y trato de dormir, pero la inquietud no me deja. Los ruidos del bosque me sobresaltan a cada momento, pero la imagen de Ewan me persigue en mis sueños, recordándome por qué estoy aquí.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que la lluvia finalmente amaina. Me levanto, empapada y tiritando, pero con determinación. No puedo rendirme. Tengo que encontrar una manera de salir de este bosque y encontrarle. Todo se arreglará cuando lo haga.

Sin embargo, la determinación que me impulsaba hace unos días se va desvaneciendo como la bruma matutina. Ha pasado casi una semana desde que me adentré en este bosque infernal, y la soledad, el hambre y el cansancio me están minando.

Apenas me queda comida. Un puñado de frutos secos y raíces que he encontrado entre la maleza, insuficientes para saciar mi estómago vacío. Mi cuerpo está agotado, cada músculo protesta con cada movimiento. La ropa, empapada por la lluvia incesante, no se ha secado desde entonces, pegada a mi piel como una segunda piel húmeda y fría.

Una punzada de dolor atraviesa mi cabeza, acompañada de una náusea que me revuelve el estómago. Creo que tengo fiebre. Mis sienes arden y mi visión se nubla por momentos. Me siento mareada, al borde del abismo.

La tentación de rendirme, de dejarme caer sobre el fango frío pero mullido que cubre el suelo, es cada vez más fuerte. Cerrar los ojos y dejar que la oscuridad me envuelva suena como una dulce melodía en medio de esta sinfonía de dolor y desolación.

Pero justo cuando estoy a punto de sucumbir, una figura emerge de entre los árboles. Un hombre alto y corpulento, con una barba espesa y canosa, me observa con ojos penetrantes. No puedo entender lo que me dice, sus palabras suenan como un canto incomprensible.

Le respondo en mi lengua materna, suplicando ayuda, pero solo obtengo una mirada confusa a cambio. La desesperación se apodera de mí. ¿Estoy destinada a vagar por este bosque para siempre, sin encontrar a nadie que pueda ayudarme?

De repente, todo se vuelve negro. La fiebre me supera y me hundo en la inconsciencia.

Cuando despierto de nuevo, me encuentro rodeada de una oscuridad cálida y reconfortante, como la que se siente al despertar en un día de invierno bajo las mantas. Abro los ojos con pesadez, sintiendo una extraña sensación de paz y tranquilidad.

Me encuentro en una habitación pequeña y acogedora. Un fuego crepita en la chimenea, llenando la estancia de un calor reconfortante. La luz de las llamas danza sobre las paredes de madera, creando un ambiente cálido y acogedor. Un aroma a hierbas y flores silvestres invade mis fosas nasales, despertando en mí un sentimiento de bienestar que no he experimentado en mucho tiempo.

Intento incorporarme, pero un mareo me hace volver a la cama. Mi cuerpo está dolorido y débil, y mi cabeza late con fuerza. Sin embargo, una sensación de esperanza se abre paso en mi interior. He sobrevivido. No estoy sola.

Observo con detenimiento la habitación. Es sencilla, pero limpia y ordenada. Una cama de madera ocupa la mayor parte del espacio, cubierta por mantas gruesas y suaves. Una mesa pequeña con un cuenco de agua fresca y una jarra de arcilla se encuentra junto a ella. En la pared,

un espejo antiguo refleja mi imagen borrosa.

Me miro en el espejo y me sorprendo. Mi ropa empapada y sucia ha desaparecido, reemplazada por una camisa de lino blanca y un camisón de lana gris. Mis cabellos está todo sucio y enmarañados, y todavía tengo restos de mugre en la piel y un olor a rayos que me persigue, pero al menos estoy seca.

Siento una sed insaciable. Me incorporo torpemente y tomo el cuenco de agua. El agua fría y cristalina me refresca la garganta y me devuelve la vida. Bebo con avidez, sintiendo que cada gota es un elixir que me revitaliza.

En ese momento, la puerta de la habitación se abre y una figura entra en la estancia. Es una mujer alta y corpulenta, con el cabello negro recogido en un moño y ojos verdes que brillan con amabilidad. Se acerca a mí con pasos ligeros y silenciosos, como si temiera perturbar mi descanso, y me observa con una mezcla de curiosidad y compasión.

Intento incorporarme, pero un mareo me hace volver a la cama. Mi cuerpo protesta por el esfuerzo, y mi cabeza late como un tambor tribal. Ella se apresura a ayudarme, colocando una almohada detrás de mi espalda para que me recline con mayor comodidad. Me mira con una sonrisa cálida y me habla en un idioma que no entiendo.

Le respondo en inglés, agradeciéndole su ayuda y preguntándole dónde me encuentro. Ella me mira con una expresión de confusión al principio, pero después me responde con acento marcado:

—Está usted en Glenshield —me dice con una voz suave—. Mi marido la encontró cerca de aquí, dijo que parecía desorientada y enferma. Con lo delgada que está, no creímos que fuera a conseguirlo. Lleva tres días inconsciente.

Sus palabras me golpean como olas contra un acantilado, despertando en mí una mezcla de confusión y alivio. He estado inconsciente durante tres días, pero estoy viva.

—Ahora le traeré algo de caldo, siento que no tengamos mucho más para compartir con usted. Esta época del año es dura por aquí.

La mujer sonríe. Tiene una sonrisa bonita, aunque al hacerlo veo que tiene varios dientes podridos. Minutos después, regresa con un cuenco humeante de caldo que desprende un aroma apetitoso. Mi estómago, vacío y rugiente, no necesita más invitación. Tomo una cucharada con la cuchara de madera que me ha proporcionado y la saboreo con deleite. El caldo es tibio y reconfortante, y cada trago me da la sensación de volver a la vida.

—Coma despacio —me dice ella con una sonrisa maternal—. No querrá que le siente mal.

Obedezco su consejo, disfrutando de cada bocado mientras la observo en silencio. Su rostro, curtido por el sol y el viento, refleja la dureza de la vida en estas tierras salvajes, pero sus ojos, llenos de calidez y compasión, revelan un corazón bondadoso.

Una vez que he saciado mi hambre, me vuelvo hacia ella con una sonrisa agradecida.

—Muchas gracias por todo—le digo—. No sé cómo devolverles el favor por haberme acogido y cuidado de mí.

—No nos importa compartir lo que tenemos —me responde con sencillez—. No podríamos haberla dejado a su suerte, ¿sabe?

Sus palabras me conmueven profundamente. En un mundo plagado de indiferencia y egoísmo, he encontrado un refugio inesperado en este pequeño pueblo de Glenshield, donde la bondad y la compasión aún florecen.

En ese momento me percato de que ni siquiera nos hemos presentado.

—Soy Anna, Anna Thompson.

Ella me sonríe de nuevo y hace una inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Fiona Boyd.

Más tarde, cuando me encuentro bastante más adecentada, me presenta a su marido, Rory Boyd. Un hombre alto y corpulento, con una barba espesa y canosa que enmarca un rostro curtido por el sol y el viento. Sus ojos, de un azul intenso, me miran con una mezcla de curiosidad y amabilidad.

Fiona, con su habitual amabilidad, no ha dejado que me negara a darme un baño. Y yo, ciertamente, no he insistido demasiado. Después del agotamiento de los últimos días, la inmersión en el agua caliente ha sido como un bálsamo para mi cuerpo dolorido y mi alma atribulada.

Al salir del baño, encuentro mi ropa limpia y seca, doblada con esmero en una pila pequeña sobre la cama. La miro con una mezcla de agradecimiento y vergüenza. No quiero malgastar sus recursos, pero ella no ha dejado lugar a la discusión. Me ha indicado que me ponga la ropa y que luego bajemos a comer.

Me tomo unos minutos para disfrutar del calor que emana de la ropa, todavía impregnada con el aroma a lavanda del jabón. Meto una mano en uno de los bolsillos y suspiro.

Fiona no ha hecho preguntas acerca de los bolsillos de más de mi vestido, ni de las cremalleras y otros detalles que podrían delatar mi origen. Y yo le agradezco profundamente su discreción.

Al bajar las escaleras, el aroma a comida recién hecha me invade los sentidos. Un apetito feroz se despierta en mi estómago, vacío desde hace demasiado tiempo. En la mesa, Rory me recibe con una sonrisa cálida y una mirada llena de curiosidad. Me invita a sentarme y me pregunta con voz amable si me encuentro mejor.

Le agradezco con fervor por haberme rescatado de una muerte segura en el bosque, por haberme brindado un refugio en este lugar desconocido.

Rory me mira con intensidad, sus ojos azules como el cielo escudriñando mi rostro en busca de respuestas. Me pregunta qué demonios hacía vagando sola por el bosque, y yo... la verdad es que me quedo sin palabras por un momento. No puedo hablarles de mi viaje en el tiempo, decirles que provengo de un futuro lejano.

—Supongo que… me perdí —respondo vagamente, al fin y al cabo tampoco es del todo mentira—. En realidad intento llegar al Castillo Leod —digo con una pizca de esperanza de que lo conozcan y puedan ayudarme.

Rory levanta una ceja incrédulo.

—¿Al castillo Leod? —exclama con sorpresa—. ¡Muchacha, está yendo en dirección contraria!

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Fantástico. No solo no he aparecido en el castillo, sino que además me he alejado aún más de mi objetivo.

Aunque algo bueno saco de esta conversación, el castillo existe. Aunque no puedo preguntarles en qué año estamos sin que piensen que he perdido la cabeza por completo, ni indagar por Ewan sin despertar sospechas, esta información es valiosa.

—Y ahora me encuentro en… Glenshield, ¿no es así? —digo mirando a Fiona para corroborar que lo he dicho bien— ¿Estoy muy lejos?

Rory suelta un soplido mientras desgarra con los dientes la carne del conejo del estofado.

—Una semana de camino a caballo, a pie… Muchacha, no creo que consiga llegar a pie.

Asiento con la cabeza, totalmente de acuerdo con él. Ya es todo un logro que haya llegado hasta aquí, sobreviviendo a los peligros del bosque y a la enfermedad. Bajo la cabeza abatida, pero la mano de Fiona se enlaza con la mía en un gesto de apoyo y comprensión.

—El viejo Niall pasará por aquí dentro de tres semanas. Su ruta pasa por Edimburgo, estoy segura de que podrá llevarla hasta allí —me dice, luego mira a su marido, que asiente con solemnidad—. Puede quedarse aquí hasta entonces.

Sus palabras son como un bálsamo para mi alma herida. La bondad y generosidad de esta pareja me conmueven hasta las lágrimas. Normalmente no soy tan emocional, pero el cansancio y las emociones acumuladas me hacen sentir vulnerable. A pesar de la tristeza que me invade, logro contener las lágrimas y les agradezco con una sonrisa temblorosa.

—Prometo ayudar en todo lo que pueda —digo con firmeza. Quiero demostrarles mi gratitud, devolverles la amabilidad que me han brindado. No puedo quedarme aquí sin hacer nada, sin contribuir en algo a este hogar que me ha acogido.

Capítulo 2

Los días pasan a una velocidad vertiginosa cuando uno está ocupado. La vida en la modesta casa de Fiona y Rory, lejos de las comodidades del mundo moderno al que estoy acostumbrada, me ha sumergido en un ritmo de trabajo constante y un aprendizaje continuo.

Cada mañana me levanto con el canto de los gallos, el aroma del café recién hecho inundando la pequeña cocina. Ayudo a Fiona con las tareas del hogar, desde alimentar a las gallinas y recoger los huevos hasta fregar los platos y barrer el suelo. Cada movimiento, cada tarea, es una oportunidad para aprender, para descubrir una nueva forma de vida que me aleja de la rutina monótona a la que estaba acostumbrada.

La leña cruje en la chimenea, creando un calor reconfortante en la pequeña sala de estar. Mientras Fiona teje con destreza, Rory me enseña a reparar la cerca del huerto, a ordeñar las vacas y a cuidar de las ovejas.

Cada lección, cada habilidad adquirida, es un paso más hacia la independencia, hacia la capacidad de sobrevivir en este mundo tan diferente al que conozco.

Y, cuando la noche cae sobre Glenshield, el pueblo queda envuelto en un manto de estrellas. El silencio solo se rompe por el sonido del grillo y el ocasional aullido de un lobo en la distancia. Sentada junto al fuego, escucho las historias de Fiona y Rory sobre sus antepasados, sobre la tierra y sus gentes. Sus palabras me transportan a un pasado remoto, a un mundo lleno de magia y leyendas que me cautiva y me fascina.

No tienen hijos, por lo visto han estado intentándolo sin éxito durante años. Una pena, porque esos niños lo pasarían en grande en esta casa.

A medida que los días pasan, me siento cada vez más integrada en el hogar de Fiona y Rory, y en la comunidad de Glenshield. Los vecinos me saludan con una sonrisa cálida y me invitan a participar en sus actividades, compartiendo conmigo sus comidas, sus historias y su forma de vida tan diferente a la mía.

Cada mañana, después de las tareas del hogar, me dirijo al mercado con Fiona. Allí, entre el bullicio de los vendedores y el aroma de las especias, me maravillo de la variedad de productos frescos y artesanales que se ofrecen. Los lugareños me enseñan a regatear, a elegir las mejores frutas y verduras, y a identificar las hierbas aromáticas que darán un toque especial a nuestras comidas.

Las tardes las dedico a explorar los alrededores de Glenshield. Acompañada por los niños del pueblo, recorremos los senderos que se adentran en el bosque, descubriendo cascadas escondidas, campos floridos y antiguos vestigios del pasado. Sus risas contagiosas y sus juegos espontáneos me llenan de alegría y me hacen olvidar por un momento las preocupaciones que pesan sobre mi corazón.

Esa noche, mientras cenamos junto a la chimenea, Rory parece quejarse del hombro. Ya me había dado cuenta antes, pero no he querido decir nada. Su postura encorvada y sus breves gestos de dolor me lo habían dejado claro. Sin embargo, no puedo quedarme sin hacer nada sabiendo que tal vez podría ayudar.

—¿Te da muchos problemas? —le pregunto con mi copa de vino en la mano, tratando de sonar casual.

Rory hace un gesto restándole importancia.

—Me molesta más en los días de lluvia —dice con una sonrisa forzada—, se me pasará en un

par de días.

Sin embargo, no estoy convencida. Su rostro refleja una tensión que no puede ocultar por completo.

—Creo que puedo ayudar —insisto con determinación.

Me levanto de la mesa y me coloco detrás de él.

—¿Puedo? —pregunto, mirando a ambos para asegurarme de que no malinterpretan mis acciones. Rory parece dubitativo por un momento, pero finalmente asiente con un gesto de resignación.

Me arremango las mangas de mi camisa y comienzo a palpar los músculos tensos de su cuello y escápulas. Bajo mis dedos, descubro una masa dura como una piedra. Me sorprende que pueda siquiera moverse con semejante tensión acumulada.

Comienzo a masajearle con movimientos suaves y circulares, concentrándome en los puntos donde la tensión parece más intensa. Rory se tensa bajo mi tacto, pero no dice nada, ni un solo quejido. Su respiración se vuelve más profunda y relajada a medida que mis manos trabajan para aliviar la rigidez muscular.

Tras unos minutos, retiro mis manos doloridas y le pido que se estire para relajar de nuevo los músculos. Rory se mueve con lentitud, pero poco a poco noto que su postura se vuelve más erguida, la tensión en su rostro se disipa y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Anna...—dice con asombro— ¿qué me has hecho? ¡Ya no me duele!.

Le devuelvo la sonrisa con satisfacción.

—Te dolerá, pero no tanto como antes —le digo con un guiño—. El masaje ha ayudado a liberar la tensión muscular, pero la lesión necesita tiempo para sanar por completo. Descansa bien y evita esfuerzos excesivos, y en unos días te sentirás como nuevo.

Rory me mira con una expresión que combina la gratitud con la nostalgia.

—¿De veras tienes que marcharte? —pregunta con voz apesadumbrada—. Por lo menos enséñale a Fiona cómo hacer eso —me pide con una sonrisa tímida.

—También puedo enseñarte a ti a hacérselo a ella —le digo guiñando un ojo.

—¡Eso me gustaría mucho! —exclama Fiona.

Nos sumimos en una conversación animada en la que les doy consejos sobre fisioterapia, adaptando mi lenguaje a su época y utilizando términos sencillos que puedan entender. Les explico la importancia de la presión adecuada, los movimientos circulares y el uso de calor para relajar los músculos. Fiona, con su mirada atenta y sus manos diligentes, absorbe cada palabra y cada gesto, ansiosa por aprender a aliviar el dolor de su esposo.

Mientras comparto mis conocimientos con ellos, me invade una sensación de tristeza. No son más que dos desconocidos que me acogieron con los brazos abiertos sin esperar nada a cambio. Y, aunque mi corazón anhela continuar mi viaje hacia Edimburgo en busca de Ewan, también siento una punzada de dolor al pensar en dejarlos.

El día de mi partida llega más pronto de lo que hubiera querido. La mañana está teñida de una luz melancólica mientras me despido de Fiona y Rory. Sus abrazos cálidos y sus palabras de despedida resuenan en mi corazón, llenándolo de una mezcla de gratitud y nostalgia.

Finalmente, subo al carro del viejo Niall, junto a dos cestas de comida y con lágrimas en los ojos. El llanto de Fiona me persigue mientras el carro se aleja de Glenshield, dejando atrás el pequeño pueblo que se ha convertido en mi refugio temporal.

El viejo Niall, un hombre curtido por el tiempo y la experiencia, no ha puesto demasiada resistencia a mi petición de llevarme a Edimburgo, sobre todo después de haberle pagado con algunas monedas de oro que traje del futuro. He dejado también unas pocas monedas a mis

anfitriones como muestra de mi agradecimiento por su amabilidad y hospitalidad. Espero que sean suficientes para cubrir los gastos y que les traigan un poco de alegría.

Mientras el carro avanza por el camino polvoriento, observo el paisaje que se aleja a mi espalda. Las casas de piedra, los campos verdes y las montañas imponentes se desvanecen en la distancia, llevándose consigo un pedazo de mi corazón. Glenshield ha sido un oasis de paz y bondad en mi viaje, un lugar donde he encontrado la fuerza para seguir adelante en mi búsqueda.

Capítulo 3

El viejo Niall no habla demasiado. Prefiere el silencio del camino, el canto de los pájaros y el crujir de las ruedas sobre la tierra polvorienta. Yo, por mi parte, observo el paisaje que se despliega ante mis ojos, intentando absorber cada detalle, cada color, cada forma.

A pesar de la falta de conversación, no me siento incómoda. Hay una cierta paz en la quietud del viejo Niall, una sensación de seguridad y confianza que me permite relajarme y disfrutar del viaje.

El sol brilla en el cielo, pero la humedad del ambiente se me cala hasta los huesos. Esta vez, por suerte, llevo algo más de ropa encima de mi vestido. Un abrigo de lana que Fiona me regaló antes de partir me protege del frío y me da un poco más de comodidad.

El camino se extiende ante nosotros como una serpiente interminable, serpenteando entre colinas y valles. De vez en cuando, pasamos por pequeños pueblos o caseríos, donde los lugareños nos saludan con una sonrisa o un gesto de cabeza.

A medida que avanza el día, la fatiga comienza a apoderarse de mí. El balanceo del carro y la monotonía del paisaje me adormecen. Cierro los ojos y dejo que mi mente se pierda en pensamientos.

Pienso en Ewan, en su rostro, en su voz, en su sonrisa. Lo echo de menos con una intensidad que me duele en el pecho. Anhelo volver a verlo, sentir sus brazos rodeándome, escuchar sus palabras susurradas en mi oído. La imagen de su rostro me persigue, una llama que arde con fuerza en mi corazón, impulsándome a seguir adelante en este viaje incierto.

El viejo Niall, imperturbable como siempre, conduce el carro a un ritmo pausado por el camino polvoriento. El paisaje va cambiando a nuestro alrededor, mostrando una variedad de colores y formas que me fascinan. Campos de trigo dorado se extienden hasta el horizonte, salpicados por pequeñas aldeas de piedra. Bosques frondosos se alzan como guardianes silenciosos, sus ramas entrelazadas creando un techo verde sobre nuestras cabezas.

Paramos en varios pueblos a lo largo del camino. Niall realiza sus intercambios con los lugareños, intercambiando mercancías con una habilidad que me deja perpleja. Aún no tengo muy claro qué es lo que comercializa. En el carro puedo encontrar desde granos de harina y gallinas hasta objetos extraños que jamás he visto antes: amuletos de madera tallada, frascos de vidrio llenos de líquidos de colores vibrantes, herramientas de metal reluciente. Cada objeto parece tener una historia, un secreto susurrado por el tiempo.

El carro continúa su marcha, dejando atrás pueblos y paisajes con la misma impasibilidad que el viejo Niall. El sol comienza a declinar en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados que me llenan de una extraña melancolía. La belleza del crepúsculo me conmueve, me hace sentir pequeña e insignificante ante la inmensidad del universo.

De repente, el carro se detiene. Abro los ojos con sobresalto y veo que hemos llegado a la cima de una colina. El paisaje que se extiende ante mí me deja sin aliento. La ciudad de Edimburgo se despliega a mis pies como un mar de piedra y tejas. Las torres y los tejados se elevan hacia el cielo, creando un paisaje que no se parece en nada a lo que recordaba.

Edimburgo no es la ciudad que yo conocía, la ciudad del futuro donde viví con Ewan. Es una ciudad diferente, más antigua, más austera, pero no por ello menos hermosa. Sus calles estrechas y sinuosas, sus edificios de piedra grisácea, sus murallas imponentes me transportan a otra época, a un tiempo lejano que me fascina y me asusta a la vez.

Escudriño el horizonte hacia el norte, donde debería encontrarse el castillo Leod. Creo que puedo verlo desde aquí, una mancha gris en la distancia que me llena de esperanza. Estoy cerca. Tan sólo unos días más y llegaré hasta Ewan. La emoción me embarga, me hace sentir viva, me da la fuerza para seguir adelante.

El sol se ha puesto por completo, dejando paso a un manto de estrellas que brilla con intensidad en el cielo negro. La luna ilumina el paisaje con una luz tenue y fantasmal. Me siento pequeña e insignificante ante la inmensidad del universo, pero también me siento fuerte, capaz de afrontar cualquier desafío que se me presente.

El viejo Niall, con su voz ronca y curtida por el tiempo, rompe el silencio que ha reinado durante la mayor parte del viaje.

—Pronto llegaremos a Edimburgo, muchacha —dice con una sonrisa apenas perceptible—. Te escoltaré personalmente hasta una de las posadas de mi confianza.

Le miro con agradecimiento.

—Muchas gracias —respondo con sinceridad—. Su amabilidad ha sido invaluable durante todo este viaje.

El hombre me observa con sus ojos cansados pero llenos de sabiduría.

—No es nada, muchacha —dice con sencillez—. No puedo consentir que una mujer tan bella como tú ande sola por las calles de una ciudad tan grande. No todos son como Fiona y Rory —me advierte entonces, su voz adquiriendo un tono más grave—. La ciudad puede ser un lugar peligroso, especialmente para una forastera como tú.

Sus palabras me estremecen, me hacen tomar conciencia de los peligros que me acechan en este mundo nuevo y desconocido. La inocencia de mi época ha quedado atrás, reemplazada por una dura realidad que me obliga a estar alerta.

Mientras el carro continúa su marcha hacia Edimburgo, observo el paisaje que me rodea con una mezcla de emoción y aprensión. Me acerco al momento que tanto he anhelado, al momento de reencontrarme con Ewan, pero la incertidumbre y el miedo también se apoderan de mí. ¿Lo encontraré? ¿Estará bien? ¿Habrá cambiado con el paso del tiempo?

Al cabo de un rato, las murallas de Edimburgo se alzan ante mí como un gigante de piedra. Sus torres y almenas se elevan hacia el cielo, desafiando al tiempo y a los elementos. La ciudad se extiende a mis pies como un laberinto de calles estrechas y edificios antiguos, un mundo nuevo por descubrir.

El carro llega a las puertas de la ciudad. Niall paga la entrada al guardia con una bolsa de monedas y conduce el carro por las calles estrechas y sinuosas de Edimburgo. El traqueteo de las ruedas sobre los adoquines se mezcla con el bullicio de la ciudad: voces de vendedores ambulantes, gritos de niños jugando, el sonido metálico de los herreros golpeando el yunque.

Observo con curiosidad los edificios de piedra grisácea, las tiendas repletas de mercancías y las gentes que van y vienen por las calles. El aire huele a leña quemada y a especias exóticas, una mezcla de aromas que me transporta a otro tiempo, a una época que solo he visto en los libros de historia.

Finalmente, el carro se detiene frente a una posada modesta pero acogedora. Su fachada de madera desgastada por el tiempo y sus ventanas iluminadas por una luz cálida me invitan a entrar en busca de refugio y descanso.

Niall me ayuda a bajar del carro y me conduce hasta la entrada.

—Aquí estarás segura —me dice con una sonrisa. Luego tuerce el gesto—. Aquí es donde nuestros caminos se separan, jovencita. El castillo Leod está hacia el norte, a un par de días a caballo. Puedo conseguirte uno si así lo deseas. Yo estaré aquí tres días, no más. Búscame si

necesitas cualquier cosa.

Sus palabras me llenan de una mezcla de tristeza y agradecimiento. He disfrutado mucho de su compañía, incluso cuando apenas nos hemos dirigido la palabra.

—Gracias por todo, Niall —le digo con sinceridad—. No olvidaré nunca su amabilidad.

El hombre me da un abrazo fuerte y paternal.

—Buena suerte, muchacha —me dice con voz ronca—. Que la encuentres.

Le devuelvo el abrazo y me despido de él con un nudo en la garganta. Le agradezco una vez más su ayuda y entro en la posada. Me siento cansada y hambrienta, pero también emocionada por lo que me espera.

Cierro la puerta de la posada detrás de mí y respiro profundamente. El aire fresco de la noche llena mis pulmones, dándome la fuerza que necesito para continuar mi viaje.

El aroma a madera quemada, cerveza y comida me envuelve al entrar en la posada. El bullicio de las conversaciones y las risas me aturde por un momento, pero pronto me acostumbro a la algarabía del lugar. Busco una mesa libre y me siento, observando a los demás clientes con curiosidad. Hombres y mujeres de todas las edades y clases sociales se mezclan en este lugar, compartiendo historias y disfrutando de la comida.

Pido un plato de estofado de cordero y una jarra de cerveza, y me dispongo a disfrutar de la comida mientras planifico mi próximo paso. El aroma de la carne me invade las fosas nasales, despertando un apetito voraz que no había sentido en días. El sabor del estofado es intenso y sabroso, un contraste delicioso con la comida simple y frugal que he estado comiendo durante el viaje. La cerveza, fría y refrescante, me ayuda a olvidar el cansancio y el polvo del camino.

Mientras como, mi mente se centra en el siguiente paso. El camino hacia el castillo Leod no será fácil. Me esperan días de viaje a través de un terreno desconocido, con la incertidumbre de lo que encontraré en el camino. Pero la esperanza arde en mi corazón como una llama inextinguible, guiándome hacia un futuro incierto pero lleno de posibilidades.

No pasa mucho tiempo antes de que Niall aparezca en la posada, su rostro curtido por el tiempo iluminado por una sonrisa. Me ha conseguido un caballo.

Me levanto de la mesa con una mezcla de emoción y gratitud. No soy una experta en montar a caballo, pero espero que las lecciones de Ewan sean suficiente para sobrevivir al viaje.

Al día siguiente, me reúno con Niall en los establos de la posada. El olor a paja y estiércol me envuelve mientras me acerco a los caballos que se encuentran en diferentes corrales. Niall me conduce hacia un establo en particular, donde una yegua marrón preciosa me observa con curiosidad. Su pelaje brilla como el cobre bajo la luz del sol, y sus ojos oscuros me transmiten una sensación de inteligencia y nobleza.

—Esta es Sìneach —me dice Niall con una sonrisa—. Significa "pacífica" en gaélico.

Sonrío también, encantada con la belleza de la yegua. Espero que el nombre no sea irónico, ya que no quiero tener que domar a un animal salvaje para llegar a mi destino.

Paso un rato con Sìneach, acariciando su pelaje suave y alimentándola con manzanas. La yegua parece tranquila y dócil, lo que me da esperanzas de que nuestro viaje sea cómodo. Decido que partiré en dos días. No puedo esperar a llegar al castillo Leod y encontrar a Ewan, pero necesito provisiones y descansar en una cama antes de volver a tener que dormir en la intemperie.

Los dos días siguientes los dedico a preparar mi viaje. Compro provisiones suficientes para varios días, incluyendo pan, queso, frutas secas y carne seca. También me aseguro de tener un mapa de la región y una brújula para orientarme. Finalmente, la noche anterior a mi partida, me despido de la posadera y de los demás huéspedes, agradeciéndoles su amabilidad.

Al amanecer, me despido de Niall con un abrazo y me monto en Sìneach. La yegua se mueve con suavidad y elegancia, llevándome por las calles estrechas de Edimburgo. Salgo de la ciudad y me dirijo hacia el norte, hacia el castillo Leod y hacia mi encuentro con Ewan. El camino es largo y desconocido, pero la esperanza arde en mi corazón como una llama inextinguible, guiándome hacia un futuro incierto pero lleno de posibilidades.

Capítulo 4

Sìneach se convierte en mi fiel compañera durante el viaje. Compartimos largas horas de camino, atravesando bosques frondosos, praderas verdes y montañas imponentes. La yegua es inteligente y dócil, y siempre está atenta a mis necesidades. Me protege del frío y la lluvia, me ayuda a cruzar ríos y me lleva a salvo de los peligros del camino.

Sin embargo, no todo es color de rosa. A pesar de la comodidad relativa que me ofrece Sìneach, mi cuerpo no está acostumbrado a montar a caballo durante horas seguidas. El dolor en el trasero y las piernas se hace cada vez más intenso, obligándome a bajar de la yegua con frecuencia para caminar y estirar.

La primera noche duermo poco. La soledad me invade y los ruidos del bosque me mantienen en alerta. Es la primera vez que duermo sola desde hace semanas, y la sensación de vulnerabilidad me impide descansar completamente.

La segunda noche no es mucho mejor. El cansancio físico y la incertidumbre del camino me pesan en la mente. Sin embargo, un atisbo de esperanza surge en mi interior al pensar en lo cerca que me encuentro de mi objetivo. La imagen de Ewan me llena de fuerza y me ayuda a seguir adelante.

Al tercer día, me encuentro con un dilema. El camino se bifurca y no estoy segura de qué dirección tomar. Decido detenerme y esperar a que algún viajero pase por allí para preguntarle por la dirección correcta.

No tardo mucho en ver a un grupo de hombres a caballo que se acercan. Me lleno de esperanza, pensando que me ayudarán en mi camino. Sin embargo, su aspecto rudo y sus miradas codiciosas me hacen sentir una punzada de miedo.

—Buenos días, señores —les digo con voz temblorosa—. ¿Podrían decirme cuál de estos caminos conduce al castillo Leod?

Los hombres me miran con una sonrisa maliciosa.

—El castillo Leod, ¿dices? —dice uno de ellos, con voz ronca y burlona—. Un lugar peligroso para una jovencita como tú.

Me siento intimidada por su tono y su actitud, pero no me rindo.

—Necesito llegar allí —digo con determinación—. Por favor, díganme cuál es el camino correcto.

Los hombres se miran entre sí, intercambiando miradas cómplices mientras murmuran en gaélico.

—El camino correcto es el que tú elijas, muchacha —dice uno de ellos, guiñándome un ojo.

Su respuesta me desconcierta aún más. No me aporta ninguna información útil.

—No entiendo —digo con confusión, sintiendo un nudo de miedo en el estómago que me impide tragar saliva—. ¿Qué quieren decir?

El hombre se acerca a mí, su rostro a pocos centímetros del mío. Su aliento huele a alcohol y a tabaco, como si acabara de beber una bota entera de vino rancio. La fetidez me revuelve el estómago y me hace retroceder instintivamente.

—Lo que quiero decir —dice con voz ronca y amenazadora, sus ojos brillando con una codicia que me hace sentir como una presa— es que tu destino depende de ti. Y nosotros podemos ayudarte a alcanzarlo... por un precio.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, erizándome la piel. Sé en ese instante que estos hombres no

tienen buenas intenciones. Estoy en peligro.

—No tengo nada que ofrecerles —digo con voz temblorosa, retrocediendo un paso.

Los hombres se ríen a carcajadas, un sonido áspero y desagradable que resuena en el silencio del bosque.

—Oh, claro que sí, preciosa —dice uno de ellos, su mirada lasciva recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en mis pechos ocultos bajo las mantas—. Tienes mucho que ofrecernos.

Siento una oleada de pánico que me invade. No puedo permitir que estos hombres me hagan daño. Tengo que encontrar la manera de escapar.

No me da tiempo a reaccionar antes de que varios de ellos se abalancen sobre mí. Sus manos sucias me agarran por los brazos y me sujetan con fuerza, impidiéndome cualquier movimiento. Grito con todas mis fuerzas, pero mi voz se ahoga en la espesura del bosque.

Uno de ellos me tapa la boca con su mano áspera, sofocando mis gritos de auxilio. Las lágrimas se acumulan en mis ojos mientras siento cómo deshacen mi capa y empiezan a desabrocharme el corpiño. El frío del acaricia mi piel desnuda, y el miedo se convierte en una agonía insoportable.

Uno de mis senos queda al descubierto, y los hombres que me sujetan aflojan su agarre en mí. Aprovecho la oportunidad y le muerdo la mano al que me mantenía callada, hundiendo mis dientes en su carne con toda la fuerza de la que soy capaz. Un gemido de dolor brota de sus labios mientras me suelta bruscamente.

En un acto reflejo, propino un codazo en la nariz a otro de los hombres que tengo detrás. El golpe lo aturde, y por un momento me encuentro libre. Corro despavorida hacia Sìneach, quien relincha inquieta por el escándalo pero que no me ha abandonado.

Con manos temblorosas, intento subir a mi fiel compañera, pero no lo logro lo suficientemente rápido. Los hombres vuelven a mí, furiosos por mi resistencia. Son demasiados y más fuertes que yo. Y, aunque estamos en medio de un camino bastante transitado a juzgar por las marcas del suelo, ahora estamos solos.

Aún así no dejo de gritar y patalear. Le rompo la nariz a uno y le propino una patada en sus partes a otro. Los hombres empiezan a perder la paciencia conmigo ante mis arañazos y mordidas, ni siquiera han podido quitarme más ropa.

Veo el rostro enfurecido de uno de ellos al acercarse a mí. Me coge del rostro con una mano con fuerza y me acerca a él. Me dice algo en gaélico que, a pesar de no entenderlo, sé que no es nada bueno. Manda a varios de sus hombres a sujetarme, inmovilizarme, y continua con su tarea de desvestirme.

Sin embargo, apenas ha comenzado a levantarme las faldas cuando los ojos del hombre se abren de par en par y después cae a un lado totalmente inerte. Me fijo en el puñal que tiene clavado en la espalda. Un golpe mortal, sin duda. Y cuando levanto la mirada, el corazón se me para.

Allí, alto e imponente, vestido con su kilt, y su pelo rojo ondeando por el viento, está Ewan. Por un momento, pienso que estoy soñando. Que nada de esto es real. Pero entonces nuestras miradas se encuentran.

Sus ojos grises se abren con sorpresa y se queda quieto en el sitio un momento, como si no pudiera creer de verdad lo que está viendo. Luego se fija en mis pechos al descubierto y yo me cubro con vergüenza.

Entonces algo cambia en su mirada. Se vuelve frío, sin compasión. Alza su espada y arremete contra los cinco hombres que me han asaltado. Se enfrenta a ellos con una gracia felina, a pesar

de que lo superan en número, no tienen ninguna oportunidad contra él. Sus movimientos son rápidos y precisos, como si hubiera nacido con la espada en la mano. Cada golpe que asesta es mortal, y en cuestión de segundos, el suelo está salpicado de sangre y cuerpos sin vida.

No puedo evitar apartar la mirada. La violencia me aterra, pero también me hace sentir una extraña admiración por Ewan. Nunca lo había visto así, tan feroz, tan protector. Es como si se hubiera transformado en otra persona, una versión más salvaje y primitiva de sí mismo.

Cuando termina la batalla, Ewan se acerca a mí, su rostro manchado de sangre y su respiración agitada. Me mira con una intensidad que me hace estremecer. No sé qué leer en sus ojos, si rabia, alivio o algo más profundo que no puedo descifrar.

Se acerca con cautela, como si temiera asustarme, y se arrodilla frente a mí.

Levanta una mano temblorosa y la acerca a mi rostro. Su caricia hace que se me tambaleen las piernas, el corazón se me acelera y mis ojos se cierran de forma involuntaria. Es un tacto cálido y suave, lleno de una ternura que contrasta con la brutalidad de la escena que acabamos de presenciar.

—¿Estás aquí de verdad? —me pregunta él, su voz apenas un susurro. Su tono es ronco, como si la batalla le hubiera dejado la garganta seca.

Yo vuelvo a abrir los ojos para encontrarme con los de él. Son ojos grises como el acero, pero en este momento hay una chispa de esperanza en ellos que me llena de alegría. Coloco mi mano sobre la suya y la aprieto con fuerza, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

—Estoy aquí —digo sintiendo cómo se me rompe la voz. Las lágrimas brotan de mis ojos sin que pueda evitarlo, son lágrimas de alivio, de felicidad y de miedo por lo que acabo de pasar.

Por un momento no sé si se alegra de verme. Me mira de una manera extraña, como si no pudiera creer que estoy viva después de lo que ha sucedido. Hay una mezcla de emociones en su rostro que no puedo descifrar.

Pero entonces me acuna el rostro con sus manos manchadas de sangre y me besa con una pasión que me quita todas las dudas. Su beso es feroz, lleno de deseo y de una necesidad que no puedo negar. Nuestras lenguas se entrelazan y mis manos le rodean el cuello mientras él me sujeta las caderas, atrayéndome hacia él con una fuerza irresistible.

Nos besamos durante largos minutos, bebiendo el uno del otro. Olvido el miedo, el dolor y la angustia que he sentido en las últimas horas. Solo existimos nosotros dos, unidos por un beso ardiente que parece consumirnos a ambos.

Hasta que, al final, nos separamos con las respiraciones entrecortadas. Nuestros ojos se encuentran y en ellos veo una mezcla de deseo y alivio.

—¿Estás herida? —me pregunta de pronto, su voz es cálida y llena de preocupación. Sus ojos recorren mi cuerpo buscando cualquier signo de daño.

Yo niego con la cabeza mientras él me enjuga las lágrimas con sus pulgares.

—Estoy bien, gracias a ti —le digo con sinceridad. No puedo evitar sentirme agradecida por su intervención. Si no hubiera aparecido, no sé qué habría pasado—. Es sólo que… Estoy tan feliz de haberte encontrado —empiezo a decir, sintiendo un nudo en la garganta que me impide hablar—. Hubo momentos en los que creí que no lo lograría y… —un sollozo escapa de mis labios y Ewan me acuna entre sus brazos, ofreciéndome un refugio seguro en medio de la tormenta.

—Vamos, encontremos un lugar tranquilo —me dice mientras me guía hacia mi yegua. Su voz es firme y serena, consiguiendo calmar un poco mi nerviosismo.

Capítulo 5

Ewan me guía entre la espesura del bosque hasta dar con una pequeña posada no muy lejos de allí. No es gran cosa, solo una casa de madera con un cartel que dice "Posada del Ciervo Rojo", pero durante mi estancia en las Tierras Altas he aprendido que cualquier lugar con una cama es bienvenido.

Entramos en la posada y un hombre corpulento con una barba espesa nos recibe con una sonrisa.

—Buenas noches, viajeros —dice con una voz ronca y amigable—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Necesitamos una habitación —dice Ewan con autoridad—. Y comida caliente.

El hombre asiente con la cabeza.

—Por supuesto —dice—. Tengo una habitación libre en el piso de arriba. Y en la cocina todavía hay un trozo de pastel de carne y un par de jarras de cerveza.

Nos conduce hacia una escalera de madera crujiente que nos lleva a la planta superior. La habitación es pequeña y sencilla, pero está limpia y acogedora. Una cama de matrimonio con mantas gruesas invita al descanso, y una pequeña ventana ofrece una vista hacia el bosque.

Ewan me ayuda a deshacerme de las capas sucias de polvo y sangre que aún cubren mi cuerpo. El agua caliente de la palangana me reconforta, lavando las heridas físicas y emocionales de la terrible experiencia que acabo de vivir.

Mientras tanto, Ewan baja a la posada para conseguir la cena. Al regresar, trae consigo una bandeja con un trozo de pastel de carne humeante, dos jarras de cerveza rebosantes y una sonrisa triunfante.

Nos sentamos en la cama, devorando la comida con avidez. El sabor del pastel de carne es delicioso, una mezcla perfecta de carne especiada y masa crujiente. La cerveza fría nos ayuda a calmar la sed y a olvidar por un momento los horrores del camino.

Ewan me observa en silencio mientras como, sus ojos grises me escudriñan con una intensidad que me desarma. Pero hay una extraña distancia en su mirada que me inquieta.

—¿Qué pasa? —le pregunto, sintiendo una punzada de inseguridad que me recorre el cuerpo.

Ewan suspira y aparta la mirada, como si no quisiera encontrar la respuesta en mis ojos. Su rostro, antes iluminado por la alegría del reencuentro, se torna serio, impenetrable. Un silencio incómodo se instala entre nosotros, cargado de una tensión que me hace sentir como si estuviera caminando sobre brasas.

—Anna —dice con voz ronca, cargada de una emoción que no puedo identificar—, ¿por qué estás aquí?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. La alegría del reencuentro se desvanece en un instante, dejando paso a una confusión y un dolor que me oprimen el pecho.

—Vaya, cualquiera diría que estás encantado de verme —digo en tono de broma, tratando de ocultar la decepción que me invade. Pero él no sonríe. Su rostro permanece serio, impenetrable. La duda se apodera de mí, sembrando semillas de incertidumbre en mi corazón.

—Este no es tu lugar, no deberías estar aquí —dice con firmeza, como si sus palabras fueran una orden. Su voz, antes cálida y llena de afecto, ahora suena fría y distante. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y por un momento me siento como una intrusa en su mundo, una visitante no deseada.

La inseguridad se apodera de mí y un dolor en mi pecho me atraviesa. ¿Acaso no me quiere

aquí? ¿No desea mi compañía? Las dudas me asaltan como una jauría de lobos hambrientos.

—Lo siento, no creí que te molestara tanto verme —digo con el ceño fruncido, sintiendo cómo la tristeza me nubla la vista—. No quería ser una molestia.

Me levanto de la mesa, dejando el trozo de pan que estaba comiendo sobre el plato. Mis manos tiemblan ligeramente, y mi corazón late desbocado en mi pecho. La posada, que antes era un refugio acogedor, ahora se siente como una jaula opresiva.

Ewan se levanta también y se acerca a mí, su rostro lleno de preocupación.

—Aquí, las mujeres no son tratadas con el respeto que merecen —dice con voz grave—. ¿Qué hubieras hecho si no hubiera aparecido? Te hubieran violado, robado y probablemente habrías muerto después. ¿Crees que eso es lo que deseo para ti? Estás mucho más segura en tu época, y no logro comprender cómo has sido tan estúpida de abandonarla.

Sus palabras me hieren en lo más profundo y la rabia se enciende dentro de mí como una llamarada.

—¡Serás idiota! —le grito con furia—. ¡La única razón por la que he decidido viajar al pasado ha sido por ti, maldito cabeza de chorlito! ¡Para salvarte la vida!

Ewan abre los ojos de par en par y su ceño se frunce bajo mi mirada.

—¡Salvarme la vida! Mujer, la única que corre peligro aquí eres tú. Deberías volver cuanto antes…

Yo emito un gemido de fastidio y le lanzo un cojín a la cara. No puedo soportar escuchar sus palabras. Me doy la vuelta y me alejo de él, sintiendo un nudo en la garganta y las lágrimas brotando de mis ojos.

—Si hubiera sabido que este iba a ser mi recibimiento jamás habría venido —digo con la voz rota por la pena.

Después de todo lo que he pasado, del miedo, el frío, las dudas… Al final resulta que Ewan ni siquiera me quiere aquí. He sido una idiota, esto ha sido un error. Si es así como me lo va a agradecer no debería…

De repente, siento sus manos en mi cintura, atrayéndome hacia él. Su cuerpo cálido me envuelve y coloca su cabeza en el hueco de mi cuello.

Un escalofrío recorre mi piel, y por un momento olvido la rabia y la confusión que me invadían.

—Si lo que intentas decir es que no me alegro de verte, te equivocas —murmura contra mi piel, su voz ronca y llena de emoción—. Pero saber que algo malo podría ocurrirte… Cuando te he visto medio desnuda entre sus brazos, al imaginar lo que te habrían hecho si no hubiera aparecido… Anna, no habría podido soportarlo. Puedo aguantar mi dolor, pero no creo que sea capaz de soportar el tuyo.

Sus palabras me llenan de calidez, como un rayo de sol que atraviesa las nubes. Mis dudas se disipan y mi enfado queda totalmente aplacado por lo que siento por este hombre. Me doy la vuelta en sus brazos para quedar cara a cara y le sujeto el rostro con ambas manos.

—Bueno, pues ahora ya estoy aquí. Y tú estás conmigo —le digo poniéndome de puntillas para después besarle.

Ewan responde con un ansia desbordante, avivando la llama que arde entre nosotros con un solo contacto. En un instante, nos vemos envueltos en un torbellino de pasión desatada. Nuestras manos se entrelazan con urgencia, deshaciéndose de la ropa con una impaciencia embriagadora.

Deslizo mi mano por el interior de su kilt y suspiro al sentir su erección palpitar. Mi toque aviva su deseo, arrancándole gemidos que se mezclan con nuestros besos apasionados. Sin pausa, continuamos desnudándonos, sin separarnos ni un instante.

Cuando estamos completamente libres de toda tela, Ewan me levanta en sus brazos con determinación y me lleva a la cama. Allí se sienta, sus pies tocando el suelo, y yo me coloco sobre él con una anticipación palpitante.

Siento el calor de su piel bajo la mía, cada músculo tenso con deseo contenido. Mis manos exploran su torso, sintiendo cada relieve, cada pulsación de su corazón que late al unísono con el mío. Me inclino hacia él, dejando que nuestros labios se encuentren en un beso cargado de pasión y anhelo.

Me restriego un poco sobre su miembro, sintiendo el roce del deseo palpitar entre nosotros. Mis fluidos se mezclan con los suyos, creando una lubricación natural que prepara el camino para nuestro encuentro

—Anna… —me suplica en un susurro, su voz llena de necesidad y anhelo.

Coloco su erección en mi entrada con una delicadeza exquisita, sintiendo el pulso de mi corazón acelerarse con cada centímetro de proximidad. Entonces, me deslizo sobre él con un suspiro contenido, sintiendo la unión de nuestros cuerpos en un éxtasis compartido.

Ambos gemimos al unísono, dejándonos llevar por la marea de sensaciones abrumadoras que nos envuelve. Me quedo quieta un momento, aferrada a él, disfrutando de la sensación de tenerlo en mi interior, como si el tiempo se detuviera a nuestro alrededor y solo existiéramos nosotros dos en ese momento de pura conexión.

—Vas a matarme —dice él, su voz cargada de asombro y deleite.

Yo me río suavemente, dejando que la alegría y el deseo se entrelacen en mi ser. Comienzo a moverme con una cadencia suave al principio, luego más enérgica, entregándome por completo al placer.

Mis movimientos son salvajes, impulsados por una necesidad primitiva que arde dentro de mí. Me balanceo sobre él con una ferocidad que solo puede ser igualada por el fuego que nos consume. Cada vaivén de mis caderas despierta un torrente de sensaciones, cada roce de su piel contra la mía envía oleadas de placer a través de mi cuerpo.

Gimo en éxtasis mientras me deslizo sobre él, sintiendo cada centímetro de su erección dentro de mí, llenándome, reclamándome como suya. Cada embestida es una descarga eléctrica de placer, una explosión de pasión que nos consume por completo.

Ewan responde con una ferocidad igual, sus manos agarrándome con fuerza, sus labios devorando los míos con una urgencia que solo puede ser comparada con la necesidad de aire después de un largo periodo bajo el agua. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, cada embestida llevándonos más cerca del borde del abismo, más cerca de la liberación que tanto anhelamos.

Ewan responde con una ferocidad igual, sus manos agarrándome con fuerza, su aliento caliente en mi oído mientras me susurra palabras de deseo y lujuria. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, cada movimiento llevándonos más cerca del borde del abismo, más cerca de la liberación que tanto anhelamos.

Con un gemido ronco, Ewan me guía hacia atrás, colocándome sobre la cama con él encima de mí. Sus embestidas se vuelven más profundas, más intensas, cada movimiento llevándonos más cerca del éxtasis absoluto. Sus gemidos roncos llenan la habitación, mezclándose con los míos en un concierto de pasión desenfrenada.

—Eres mía —dice entre gemidos, su voz cargada de posesión y anhelo—. Eres mía.

Yo solo puedo gemir en respuesta, incapaz de articular palabra mientras el placer me envuelve por completo. Mis manos se aferran a él con desesperación, mis uñas arañando su espalda mientras me dejo llevar por la oleada de sensaciones abrumadoras que nos envuelve.

Con un gemido ahogado, alcanzo el clímax, mi cuerpo convulsionando en éxtasis mientras las olas del placer me arrastran hacia la cima. Ewan sigue penetrándome con una ferocidad implacable, llevándonos a ambos al borde del abismo del placer absoluto.

Con un rugido gutural, Ewan finalmente pierde todo control, embistiéndome con una fuerza descomunal que sacude la cama y desata un torrente de sensaciones abrumadoras. Mis gemidos se mezclan con los suyos en un crescendo de placer indescriptible mientras me aferró a él con desesperación, sintiendo cada embestida como un relámpago de éxtasis que me consume por completo.

En un último impulso, Ewan me penetra con una fuerza salvaje, su cuerpo uniendo el mío en un instante de unión absoluta. Siento el calor de su liberación inundándome, llenándome por completo mientras se derrama en mi interior con una pasión desbordante.

Nos quedamos unidos en un abrazo apasionado, nuestros cuerpos fundidos en uno solo. El calor que emana de Ewan me envuelve como una manta, y su aroma familiar me llena de paz. Sus latidos resuenan en mi pecho como un tambor tribal.

Nuestras respiraciones se entrelazan en un susurro de satisfacción, creando una melodía íntima que solo nosotros podemos escuchar. Sus manos acarician mi espalda, recorriendo cada curva de mi cuerpo con una ternura que me hace derretirme.

En ese momento, no hay nada más en el mundo que Ewan y yo. El tiempo se detiene, las preocupaciones se desvanecen y solo existe la magia de nuestro encuentro. Me siento segura, protegida y amada en sus brazos.

Poco a poco, el cansancio del viaje me invade y mis párpados se vuelven pesados. La calidez de Ewan me arrulla como una nana, y me dejo llevar por el sueño que me atrapa en sus brazos. Me duermo sintiendo su respiración en mi cabello, su corazón latiendo contra el mío.

Capítulo 6

Mis ojos se abren lenta y perezosamente. La luz de la mañana se filtra a través de la ventana, bañando la habitación en un tono dorado que me llena de paz. La posada está en silencio, solo se escucha el canto de los pájaros saludando al nuevo día. Me siento a gusto, relajada, como si flotara en una nube de felicidad.

Aún puedo sentir el calor del cuerpo de Ewan contra el mío, y su aroma familiar impregna mis sentidos. Me giro en la cama y me encuentro con su rostro, dormido a mi lado. Su respiración tranquila y su expresión serena me transmiten una paz que no he sentido en mucho tiempo. Y, por un momento, me invade la duda. ¿Acaso ha sido todo un sueño? ¿Las últimas semanas llenas de peligros, incertidumbre y la alegría del reencuentro no han sido más que una fantasía de mi mente?

Me acerco con cautela, temiendo romper el hechizo de este nuevo amanecer. Mis dedos rozan su mejilla, áspera por la barba incipiente. No, no es un sueño. Es real. Ewan está aquí, conmigo. Lo he encontrado.

Una oleada de felicidad me recorre el cuerpo. He pasado tanto tiempo anhelando este momento, imaginando cómo sería volver a verlo, a sentirlo cerca. Y ahora, aquí está, a mi lado.

Ewan se despierta con mi caricia, sus ojos grises se abren de par en par y me miran con una intensidad que me hace estremecer.

—¿Anna? —dice su voz ronca, llena de sorpresa. Ahora su mano cubre la mía—. Entonces no fue un sueño…

—No, no lo fue —respondo con una sonrisa que ilumina mi rostro—. Estoy aquí —le aseguro inclinándome para besarle en los labios.

Ewan sonríe en medio del beso, y luego me acurruca en sus brazos y me besa en la frente. Su abrazo es cálido y protector.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta, acariciando mi cabello.

—Feliz —respondo con sinceridad—. Increíblemente feliz.

Nos quedamos así un rato más, como si ninguno de los dos quisiera romper este momento tan necesario. Pero finalmente, Ewan toma la palabra.

—¿Qué haces aquí, Anna? —vuelve a preguntarme, con una mezcla de curiosidad y preocupación en su mirada.

Yo suspiro y me separo de él para mirarle a los ojos.

—Encontré algo cuando te fuiste —le digo con voz seria—. Una carta de tu padre, anunciando tu desaparición. Parecía sospechar de tu muerte a manos de los ingleses. Estaba datada dentro de dos años de tu época.

Observo cómo sus expresiones cambian rápidamente, procesando la información que acabo de darle. Puedo ver cómo los pensamientos se arremolinan en su mente, mezclando la sorpresa con la inquietud.

—¿Voy a morir dentro de dos años? —dice con una mezcla de sorpresa y sorna, como si intentara restarle importancia a la noticia.

—No si yo puedo impedirlo —respondo con seguridad, mi voz llena de determinación.

Ewan sonríe y me acerca a él de nuevo, sus manos en mis caderas acercándome a su cuerpo. Sus ojos grises brillan con intensidad, y puedo sentir el calor de su piel contra la mía.

—¿Y cómo vas a hacer eso? ¿Vas a pelearte por mí? —me dice con una sonrisa traviesa que

hace que se me seque la boca.

—Si es necesario… —le aseguro mordiéndome el labio, sintiendo una mezcla de nerviosismo y excitación recorrer mi cuerpo.

Ewan se acerca más a mí, sus labios casi rozan los míos. Puedo sentir su excitación contra mis muslos, y yo ya estoy preparada para satisfacerle.

—No me puedo creer que hayas viajado 200 años atrás sólo para intentar salvarme la vida —me dice en un susurro, hay algo en su voz que no identifico.

Yo trago saliva.

—No podía dejar que… —Lo sé —me interrumpe él—. Yo habría hecho lo mismo.

Y entonces acorta la distancia entre nosotros. Me besa como si el mundo dependiera de ello, con una pasión que me deja sin aliento. Mis manos se aferran a su cuello, mientras mis caderas se arquean para recibirlo dentro de mí. Gimo su nombre, perdiéndome en la vorágine de sensaciones que me recorre.

Momentos más tarde nos encontramos abrazados, nuestras respiraciones entrecortadas y cuerpos sudorosos. La habitación está impregnada del aroma de nuestra pasión.

Es increíble. La complicidad que siento con este hombre está completamente fuera de lugar. No importa cuantas veces consiga llegar al clímax, con él nunca parece ser suficiente. Siempre voy a anhelar más.

Finalmente, poco antes del mediodía, decidimos que debemos marcharnos a regañadientes. No estamos lejos del Castillo MacLeod pero Ewan parece algo preocupado, seguramente por la reacción de su padre, puesto que ha desaparecido durante todo un día.

No puedo evitar ponerme nerviosa. Voy a conocer a su familia. Y no a una familia normal, si no a la familia del jefe de un clan escocés del siglo XVIII. ¿Cómo me recibirán? ¿Cómo me presentará Ewan siquiera?

No lo hemos hablado. No hemos hablado de lo que hay entre nosotros, de lo que significa que ahora esté aquí.

Siento como si una mariposa revoloteara en mi estómago, agitando sus alas con fuerza. Mi mente se llena de preguntas sin respuesta, y el miedo a lo desconocido se apodera de mí.

Sacudo la cabeza para despejarla. Prefiero no pensarlo por ahora. Me concentro en el camino, en el paisaje que se extiende ante mí, en la mano de Ewan que sostiene la mía con firmeza.

Cabalgamos juntos, el sol brillando en el cielo y las aves cantando en los árboles. La naturaleza parece estar en paz, ajena a las dudas que me atormentan.

Ewan no dice nada, pero puedo sentir su mirada sobre mí. No sé si está leyendo mis pensamientos, o si simplemente está disfrutando del momento.

De repente, el camino se abre ante nosotros y a lo lejos veo una imponente fortaleza. El Castillo MacLeod, hogar de la familia de Ewan.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Ha llegado el momento de la verdad.

Ewan aprieta mi mano con más fuerza.

Un torrente de aire helado me invade los pulmones mientras desmonto de mi caballo, con las botas hundiéndose en la tierra húmeda. El castillo se alza ante mí, imponente y grisáceo, sus torres dentadas perforando el cielo nublado. El corazón me late con fuerza en el pecho, una mezcla de nerviosismo y determinación. No hay vuelta atrás.

Ewan se coloca a mi lado, su mano cálida sobre mi espalda. Juntos, avanzamos con paso firme hacia la entrada principal. La enorme puerta de madera maciza cruje al abrirse, revelando un grupo de hombres que nos observan con recelo.

Un gigante de hombre, con una barba espesa como el bosque y una mirada que podría helar la

sangre, se adelanta.

—¿Pero a quién tenemos aquí? ¿Dónde has estado, Ewan? —gruñe con voz áspera.

—Ocupado —responde Ewan sin más.

El hombre me mira de arriba abajo, evaluándome con recelo.

—Sí, ya lo veo. ¿Y quién eres tú? —pregunta con tono inquisitivo.

—Ella es Anna Thompson, y es mi invitada —responde Ewan, su voz es firme a pesar de la evidente tensión.

Hago una reverencia, intentando mantener la compostura ante la mirada penetrante del hombre. El silencio se prolonga durante unos segundos eternos, hasta que finalmente, un atisbo de sonrisa se dibuja en su rostro.

—Has traído a una inglesa a casa, esto va a ser divertido… Bienvenida, Anna —dice con una voz más amable—. Espero que tu estancia aquí sea agradable. Puedes llamarme Alec.

Un suspiro de alivio escapa de mis labios. He superado el primer obstáculo. Pero en el fondo, sé que esta es solo la primera página de una historia que promete ser tan turbulenta como las imponentes torres del castillo que me acogen.

Alec nos da paso con un gesto cortés y Ewan, sin apartar la mano de mi espalda, me guía hacia el interior del castillo, dejando atrás el frío y la humedad del exterior. Un torrente de calidez me envuelve al instante, junto con una mezcla de aromas a madera añeja, tapices polvorientos y un toque de incienso.

Está prácticamente igual a cómo lo recordaba, hicieron un buen trabajo al preservarlo. Pero al mismo tiempo, hay algo diferente en el castillo. Más auténtico. Menos ostentoso. Como si la vida cotidiana hubiera regresado a estas paredes, despojándolas de su antigua grandiosidad y revelando su verdadera esencia.

Ewan me conduce a una gran sala con una chimenea encendida en el centro. La luz del fuego danza sobre las paredes de piedra, creando un ambiente cálido y acogedor.

En ese instante, una ráfaga de realidad irrumpe en mi ensimismamiento cuando Ewan se vuelve hacia mí.

—Tengo asuntos que atender, las doncellas te llevarán a tu habitación. Me reuniré contigo más tarde —declara con una seriedad que me estremece levemente, mientras sus ojos, profundos y penetrantes, buscan los míos con una intensidad que me deja sin aliento por un momento.

Después llama a unas mujeres que pasaban por ahí con jarrones en las manos.

La preocupación se refleja en los iris de Ewan, dibujando sombras de inquietud en su rostro apuesto.

—No te preocupes —dice en voz baja—, todo estará bien —Pero no puedo evitar sentir un nudo en el estómago ante tanta incertidumbre.

Y sin darme tiempo a responder, Ewan se da la vuelta y se aleja, dejándome sola en el pasillo con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho y mil preguntas bailando en mi mente.

Una joven sirvienta se acerca con una sonrisa amable, ofreciéndome su ayuda en medio de este torbellino de emociones.

—Venga conmigo, señora —me invita con gentileza—. Le prepararé un baño y le mostraré su habitación.

Las doncellas me susurran entre ellas mientras me conducen por un laberinto de pasillos adornados con tapices que narran historias de batallas épicas y héroes valientes. Armaduras resplandecientes se alzan como centinelas silenciosos a ambos lados, sus superficies metálicas reflejando la tenue luz de las antorchas. Me siento como una niña perdida en un cuento de hadas, transportada a un mundo de fantasía donde lo imposible se vuelve realidad. Pero no consigo

disfrutar del momento. La seriedad de Ewan me inquieta.

Finalmente, llegamos a una puerta imponente, tallada en madera noble y adornada con intrincados grabados. Las doncellas me invitan a entrar con una reverencia, y al traspasar el umbral, me encuentro en una habitación que supera con creces mis más locas fantasías.

Un edredón de plumas de ganso, tan suave como una nube, cubre una cama de dimensiones colosales. A su lado, un tocador de mármol blanco alberga frascos de cristal llenos de perfumes exóticos y cosméticos de colores vibrantes. Un enorme espejo dorado refleja mi imagen, distorsionándola ligeramente y haciéndome sentir como una princesa de un reino lejano.

Pero la verdadera joya de la corona es el baño privado. Una bañera tallada en piedra, lo suficientemente grande para albergar a dos personas, se encuentra en el centro de la habitación, invitándome a sumergirme en sus aguas cristalinas y olvidar todas mis preocupaciones.

Me siento abrumada por la opulencia que me rodea. No estoy acostumbrada a este tipo de vida.

me preparan un baño con sales aromáticas que inundan la habitación con un perfume embriagador. Me ofrecen ropa limpia, confeccionada con las telas más finas, seguramente con la intención de ayudarme a vestirme más tarde.

Sin embargo, a pesar del bienestar que me invade por el contacto con el agua tibia y las fragancias exquisitas, mi corazón no encuentra paz. La imagen de Ewan, con su rostro marcado por la preocupación, se repite una y otra vez en mi mente. ¿Qué estará haciendo? ¿Por qué está tan inquieto? ¿Es por mí?

Intento alejar esos pensamientos, sumergiéndome en la profundidad de la bañera y cerrando los ojos con fuerza. Aspiro profundamente, buscando en el aroma de las sales un refugio para mi mente agitada.

De repente, un golpe seco en la puerta de madera me sobresalta. El sonido retumba en las paredes de la habitación, interrumpiendo el silencio sepulcral que solo era roto por el suave chapoteo del agua.

Las doncellas que me han estado ayudando con el baño se miran entre sí, intercambiando miradas preocupadas. Una de ellas, la más veterana, se apresura hacia la puerta, dejando escapar un leve suspiro de resignación.

Las demás me ayudan a salir de la bañera con movimientos rápidos y precisos, como si quisieran alejarme lo antes posible del origen de la interrupción. El calor reconfortante del agua se desvanece en el aire frío, dejando solo una sensación de vulnerabilidad que me recorre la piel. Apenas me han cubierto con una camisa fina cuando la doncella de la puerta suelta una exclamación de sorpresa, seguida por un forcejeo que me hace intuir que algo va mal.

De repente, la puerta se abre de golpe y una mujer irrumpe en la habitación como una tormenta. Su cabello largo y rubio, alborotado por la furia, enmarca un rostro hermoso que, en cuestión de segundos, se contorsiona en una mueca de ira y desprecio. Sus ojos azules, como dos zafiros gélidos, se clavan en mí con una intensidad que me hace sentir desnuda y expuesta.

Antes de que pueda reaccionar, la mujer desconocida se abalanza sobre mí como una fiera salvaje. Sus manos, adornadas con anillos dorados, se aferran a mi cabello con una fuerza desmedida, tirando de él con saña mientras sus uñas largas y afiladas arañan mi cara, dejando surcos rojos que arden con dolor.

Las doncellas, que han presenciado la escena con horror, se abalanzan sobre nosotras para separarnos. Un forcejeo intenso llena la habitación de gritos y forcejeos mientras intento protegerme del ataque inmisericorde de la mujer.

En medio del caos, Ewan aparece en el umbral de la puerta, acompañado por otro hombre de

aspecto imponente. Ambos entran en la habitación con paso firme y separan a la mujer de mí con una fuerza que deja claro que no están dispuestos a tolerar más violencia.

Ewan y la mujer se enzarzan en una acalorada discusión en gaélico, una lengua que me resulta incomprensible pero que no deja lugar a dudas sobre la intensidad de su intercambio. Sus palabras, llenas de reproches y acusaciones, resuenan en la habitación como un trueno, cargadas de una tensión que me hace sentir como si estuviera presenciando una batalla campal.

El otro hombre, ajeno a la discusión entre Ewan e Iris, me observa con una mezcla de curiosidad y recelo que me incomoda. Su mirada penetrante parece escudriñar mi alma, buscando respuestas que yo no puedo darle.

Finalmente, la mujer se libera del agarre de Ewan y vuelve a dirigirse a mí, su rostro encendido por la ira y el rencor.

—¡No deberías estar aquí, zorra! —exclama furiosa.

Sus palabras me golpean como una bofetada, hiriendo mi dignidad y llenándome de confusión. ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué me ataca con tanta saña? ¿Qué he hecho para merecer su odio?

Intento mantener la compostura, cruzando los brazos con fuerza para evitar que el temblor de mis manos me delate.

—Iris… —empieza a reprenderla Ewan.

Pero ella lo interrumpe con un gesto despectivo.

—¡Cómo te atreves a presentarte aquí…! ¡Maldita zorra! —dice antes de volver a abalanzarse sobre mí. Por suerte esta vez la detienen antes de que lo consiga.

Siento un nudo en el estómago. La preocupación de Ewan, la burla de Alec, la reacción de esta mujer…

—¿Quién es, Ewan? —le pregunto sin tapujos.

Sus ojos se encuentran con los míos y me encuentro con algo que me rompe. Culpabilidad.

—Soy su prometida —responde la mujer—. ¿No te lo ha contado? Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? No eres más que una diversión para él, pero eso se ha terminado. ¡Sal del castillo ahora mismo! ¡No eres bienvenida aquí! ¡Lárgate! —empieza a chillar.

El otro hombre, que hasta ahora había permanecido en silencio, interviene para calmar la situación.

—De acuerdo, suficiente —dice con voz firme mientras la toma del brazo y la conduce hacia la puerta.

Los gritos de Iris resuenan por el pasillo, llenando el castillo de una atmósfera de caos y desolación.

Sin embargo, yo apenas la escucho. La noticia me ha dejado demasiado sorprendida. No hay otra cosa en la que pueda pensar.

Ewan está prometido.

Capítulo 7

Me encuentro en mi habitación, rodeada de mis pertenencias esparcidas por el suelo. La decisión está tomada: debo marcharme de este castillo cuanto antes. El dolor de la traición de Ewan me oprime el pecho, y cada segundo que paso aquí me hace sentir más y más atrapada.

Ewan ha intentado detenerme, ha suplicado mi perdón, ha intentado explicarse. Pero sus palabras son como el viento que se lleva las hojas secas: no hay nada que pueda justificar lo que ha hecho. Lo he echado de la habitación, incapaz de soportar la mirada de quien ha destrozado mi confianza.

La imagen de mi ex prometido James acude de nuevo a mi mente, como un fantasma que se niega a ser olvidado. Los recuerdos de nuestra ruptura a escasas semanas de la boda aún me atormentan. La frialdad con la que lo había hecho, como si yo no significara nada para él. No me había dado un motivo específico, solo un silencio gélido que me dejó congelada en el tiempo. Pocos días después lo había visto de lejos, cogido de la mano de una mujer a la que no conocía. No se lo he dicho a nadie, con la esperanza de que no fuera real, de que mi mente me estuviera jugando una mala pasada. Pero en el fondo sabía la verdad: James me había engañado y me había dejado por ella.

Y ahora Ewan está prometido.

La tristeza y la decepción se agolpan en mi corazón. No puedo creer que me haya mentido, que me haya ocultado un secreto tan importante. Me siento utilizada, engañada y herida.

No puedo seguir aquí. He cumplido mi deber, he advertido a Ewan sobre la carta y el peligro que corre, he hecho todo lo que he podido para evitar su muerte. Ahora, mi camino me lleva de regreso a casa, lejos de este lugar que ha marcado un antes y un después en mi vida.

Un golpe seco en la puerta me sobresalta. Me sorbo la nariz avergonzada antes de contestar.

—Volved en otro momento, por favor —les pido a las doncellas que han estado intentando entrar en la habitación desde que Ewan se marchó.

Pero no son ellas. La puerta se abre con un golpe seco, y un hombre alto y apuesto entra sin ser invitado. Es el mismo que antes, el que alejó a la furiosa prometida de Ewan de mi lado. Su presencia me pone nerviosa, pero me obligo a mantener la compostura.

—No nos han presentado —dice con una sonrisa felina que me recuerda a la de un zorro—. Mi nombre es Lachlan MacLeod, el hermano mayor de Ewan. Bueno, uno de ellos.

Me sorprendo ante la revelación. Con todo lo que estaba pasando, ni siquiera me había fijado en él. Pero ahora que lo dice... ciertamente comparte muchas similitudes con Ewan. La misma mirada penetrante, la misma nariz aguileña, el pelo pelirrojo…

Yo hago una reverencia y me disculpo por la situación de antes.

—Mi nombre es Anna Thompson —me presento, intentando sonar lo más firme posible.

Lachlan me observa unos segundos con una mezcla de curiosidad y compasión en sus ojos. Luego, con voz suave, continúa hablando.

—No debe disculparse, el único que tiene culpa aquí es mi hermanito. Y tal vez mi padre, puesto que fue él quien arregló la inminente boda —me dice intencionadamente.

Así que Ewan no la escogió. No se enamoró de Iris y decidió casarse con ella por amor. Todo fue un arreglo, una decisión tomada por alguien más.

—Aunque se trate de un matrimonio arreglado, no le exculpa de habérmelo ocultado —insisto con voz firme, sin poder evitar que la punzada de dolor en el pecho se intensifique. Ni de haberse

acostado conmigo, pienso con amargura, sintiendo cómo la traición de Ewan sigue clavándose como una espina en mi corazón.

Lachlan niega con la cabeza con amabilidad.

—No, por supuesto que no—me dice con suavidad—. Solo intento hacerle ver que la situación es más compleja de lo que parece. Ewan ha arriesgado mucho al traerla aquí, debe de ser usted importante para él.

Sus palabras me hacen sentir un nudo en la garganta. Un torbellino de emociones me invade: confusión, tristeza, ira... No sé cómo reaccionar, cómo interpretar lo que dice Lachlan.

—¿Está intentando convencerme de que me quede? —le pregunto con voz temblorosa, incapaz de ocultar mi confusión.

Lachlan vuelve a sonreír de esa manera extraña que me desconcierta y que, en cierto modo, me recuerda a la de Ewan.

—Su presencia aquí podría ser un soplo de aire fresco —dice—. No sólo para Ewan, si no para el resto de la familia.

—No comprendo lo que quiere decir, señor.

Lachlan se acerca un paso más, como si estuviera a punto de revelarme un secreto.

—No tiene que comprenderlo—dice en voz baja—. Sólo quédese unos días, dele a Ewan la oportunidad de explicarse, de solucionar todo esto.

Sus palabras me resuenan en la mente. ¿Quedarme? ¿Darle otra oportunidad a Ewan después de lo que ha hecho? La idea me repugna, pero al mismo tiempo, siento una inexplicable atracción hacia él. Hay algo en Ewan, en su mirada, en su sonrisa, que me hace sentir segura, especial.

—Además —continúa Lachlan—, he oído que ha recorrido usted un largo camino, estoy seguro de que le vendrá bien descansar un poco.

Y, sin esperar mi respuesta, se dirige de nuevo hacia la puerta. Lo observo salir en silencio, intentando descifrar las intenciones que se esconden detrás de sus palabras y su comportamiento. Antes de cerrar la puerta tras él, se vuelve de nuevo hacia mí, con una mirada que me llena de una mezcla de intriga y nerviosismo.

—Oh, y, señorita Thompson —me llama—. Debo advertirle sobre mi padre. Tarde o temprano querrá conocerla y, aunque no es mal hombre, debe entender que es poderoso. Pero estoy seguro de que logrará encandilarlo como hizo con mi hermanito.

Y entonces se marcha, dejándome con más dudas y preguntas que respuestas.

Decido pasar la noche en el castillo. Lachlan tiene razón. Estoy agotada, física y mentalmente, y necesito descansar para poder afrontar la situación con Ewan con la claridad y la calma necesarias.

La mañana me recibe con una tenue luz que se cuela a través de las rendijas de las cortinas. Me levanto de la cama, todavía con el cuerpo dolorido por la tensión de los últimos días, pero con una sensación de calma que no había sentido en mucho tiempo.

Mientras desayuno en mi habitación, observo por la ventana el paisaje que se extiende ante mí: las verdes colinas, los bosques frondosos y el río que serpentea a lo lejos. Todo parece tan tranquilo, tan apacible, en contraste con la tormenta que se agita en mi interior.

Pienso en Ewan, en lo que siento por él, en lo que sé que él siente por mí. Es real, es innegable. Sí, está prometido, pero me ha traído aquí sabiendo que lo descubriría. Probablemente, los asuntos que tuvo que atender cuando llegamos estaban relacionados con lo de su matrimonio concertado.

¿Debería marcharme y seguir con mi vida, ignorando los sentimientos que nos unen? ¿O debo darle una oportunidad a Ewan, escuchar su explicación y ver si existe la posibilidad de…? ¿De

qué, exactamente? Aunque Ewan quiera estar conmigo, eso es... imposible. Yo no pertenezco a esta época. Debo volver, igual que lo hizo él en su momento.

Por mucho que desee oírle decir que me escoge a mí, en el fondo sé que no puede ocurrir. Soy una mujer del futuro, y él un hombre de este tiempo. Nuestros mundos son demasiado diferentes, nuestras vidas demasiado dispares. Además, está prometido con otra mujer.

Un suspiro escapa de mis labios mientras me levanto de la mesa. Sé que debo tomar una decisión, una decisión difícil que marcará mi futuro. Pero antes de hacerlo, necesito hablar con él.

Sin embargo, apenas estoy colocando la silla de nuevo en su sitio cuando alguien llama a la puerta. Mi corazón se acelera con una mezcla de nerviosismo y expectación.

De repente me encuentro con las doncellas que me han estado atendiendo desde que llegué al castillo. Sus rostros, habitualmente serenos y amables, ahora reflejan una mezcla de nerviosismo y determinación. En un abrir y cerrar de ojos, me rodean, apresurándome hacia el tocador y envolviéndome en una danza frenética de preparación.

Las manos expertas me peinan con delicadeza, creando un elaborado peinado que enmarca mi rostro con elegancia. Me maquillan con sutileza, resaltando mis ojos y mis labios, dándome un aspecto radiante y a la vez natural. Y, finalmente, me ayudan a vestirme con un hermoso vestido que resalta mis curvas y me hace sentir como una princesa de un cuento de hadas.

Mientras me miro en el espejo, apenas puedo reconocerme a mí misma. La mujer que veo reflejada en el cristal es una versión más sofisticada, más segura de sí misma, una mujer preparada para afrontar cualquier desafío que se le presente.

Comprendo lo que está por venir antes de que nadie me lo diga: ha llegado el momento de ver al laird MacLeod. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, una mezcla de nerviosismo y emoción recorriendo mi cuerpo. Sé que este encuentro será crucial, que en él se decidirá mi futuro, y no puedo evitar sentir una punzada de miedo.

Las doncellas me conducen sin preámbulos por los pasillos del castillo, sus pasos apresurados resonando en la quietud de la mañana. El silencio solo se rompe por el crujir de nuestros vestidos contra el suelo de piedra y el ocasional murmullo entre ellas.

No sé exactamente qué esperar de este encuentro, pero siento que podría cambiarlo todo.

A medida que nos acercamos a la habitación del laird, la tensión en el ambiente se hace palpable. Las doncellas me miran con una mezcla de compasión y respeto, como si supieran el peso que recae sobre mis hombros.

Finalmente, llegamos a una puerta imponente de madera maciza, adornada con grabados intrincados. Las doncellas se detienen y me miran con una última mirada de aliento antes de llamar a la puerta con tres golpes secos.

Un silencio expectante se apodera del lugar. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mientras espero con impaciencia la respuesta.

La puerta se abre lentamente, revelando a un hombre anciano de cabello blanco y mirada penetrante. Su rostro curtido por el tiempo refleja una mezcla de sabiduría y severidad. Es él, el padre de Ewan, y su presencia impone respeto.

—Adelante —dice con una voz profunda y resonante que hace eco en el pasillo.

Las doncellas me hacen una reverencia y se retiran, dejándome sola frente al señor del castillo. Tomo una respiración profunda y cruzo el umbral de la habitación, sintiendo cómo la puerta se cierra detrás de mí con un suave clic.

El laird se encuentra sentado en un imponente escritorio al final de la habitación. Su mirada me examina con detenimiento, evaluando cada detalle de mi apariencia y mi comportamiento.

No me siento intimidada, pero sí consciente del poder que ostenta este hombre.

—Siéntese, señorita Thompson —me invita con un gesto de su mano hacia una silla frente a él.

Obedezco en silencio y me tomo un momento para observar la habitación. Las paredes están adornadas con tapices que relatan las hazañas de los antepasados de la familia MacLeod, y las estanterías rebosan de libros antiguos y polvorientos. El aire está impregnado de un aroma a madera vieja y cuero desgastado.

—Siento no haberme podido presentar ayer cuando llegó. Fue un día… largo. Yo soy Edwin MacLeod, jefe del clan y señor de este castillo.

—Es un honor poder conocerle por fin, Milord.

El hombre me observa en silencio mientras me acomodo en la silla. Finalmente, rompe el silencio con una voz grave y solemne.

—He oído hablar mucho de usted, señorita Thompson —dice—. Mi hijo, Ewan, me ha contado sobre su llegada a nuestro castillo y sobre... la relación que han desarrollado.

Sus palabras me hacen sentir incómoda, pero me obligo a mantener la compostura.

—Siento mucho lo ocurrido, Milord —respondo con voz firme—. Desconocía el compromiso de Ewan cuando nos conocimos, no tuve conocimiento sobre ellos hasta que Ewan me trajo aquí. No quiero causarles ninguna molestia, por eso me gustaría poder marcharme pronto y volver… a mi hogar.

Edwin me lanza una mirada que no sé descifrar del todo. Sus ojos grises, como el acero, me perforan con una intensidad que me hace sentir desnuda.

—¿Y dónde se encuentra su hogar, exactamente?—pregunta con voz seria—. Me agradaría que su estancia aquí fuera más duradera, pero si marcharse es su deseo, mandaré a algunos de mis mejores hombres para que la acompañen de regreso.

Trago saliva levemente, sintiendo cómo la tensión se apodera de mi cuerpo. La idea de marcharme sola por las tierras salvajes de Escocia me aterra, pero también la de permanecer en este castillo bajo la vigilancia constante de este hombre.

—Vivo en Sussex, Milord—respondo con voz temblorosa—. Y aunque agradezco su ofrecimiento, no creo que sea necesario que me escolten. No quiero causar más molestias y…

Edwin me interrumpe con un gesto brusco de su mano. Su tono autoritario resuena en la habitación, dejando claro que no está dispuesto a discutir.

—Tonterías—dice con tono tajante—. No puedo dejar que se marche sola de aquí. Las tierras son peligrosas, especialmente para una mujer joven como usted. Mis hombres la protegerán y la acompañarán hasta su destino de forma segura.

Un nudo se forma en mi garganta. Siento cómo mi libertad se me escapa entre los dedos, dejándome a merced de la voluntad de este hombre.

—Por desgracia, se acerca una tormenta—continúa Edwin, sin prestar atención a mi incomodidad—. Se augura que durará varios días. Quizás deberíamos esperar a que pase. En un par de semanas deberíamos estar listos para ayudarla a partir. ¿Qué me dice?

Un par de semanas. No puedo aguardar tanto tiempo. Además, ni siquiera necesito que me escolten. Mi viaje no será por tierra ni por mar. Lo único que necesito es ponerme el anillo que guardo con tanto cuidado entre mis ropas.

A diferencia de lo que pasó cuando Ewan volvió a su época, esta vez el anillo ha viajado conmigo. Lo guardé de inmediato, consciente de que llevarlo puesto a simple vista podría traerme muchos más problemas de los que podría tener.

Edwin me observa en silencio durante un largo rato, como si estuviera evaluando mi reacción.

Finalmente, se levanta de su escritorio y se acerca a mí. Su imponente figura me intimida, pero no dejo que el miedo me domine.

—No se preocupe, señorita Thompson—dice con un tono que intenta ser amable, pero que no me convence—. La devolveremos sana y salva a su hogar.

Decidido, me marcho hoy mismo. En cuanto vuelva a mi habitación, me pondré el anillo y volveré a mi hogar.

Ya sé que había dicho que quería hablar primero con Ewan, pero creo que corro peligro. Edwin MacLeod No me quiere aquí, aunque lo esconda con palabras amables sus intenciones son claras.

—Por supuesto, Milord—le aseguro yo, ocultando mi frustración—. No tenía ninguna intención de entrometerme en sus planes.

Y después salgo por la puerta, dejando atrás la opresiva atmósfera de la habitación del laird.

Capítulo 8

Me apresuro a mi habitación antes de que las doncellas me encuentren a solas y decidan no dejarme en paz. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, impulsado por una mezcla de nerviosismo, determinación y un ápice de esperanza.

Con manos temblorosas, abro la puerta y me adentro en la habitación. La luz tenue de la tarde se filtra a través de las cortinas, creando un ambiente cálido y acogedor. Me apoyo en ella por un momento, cerrando los ojos y respirando profundamente. El corsé que llevo puesto me aprieta las costillas, dificultando mi respiración, pero en este momento no me importa. La adrenalina corre por mis venas y la única imagen que ocupa mi mente es la de volver a casa.

Saco el anillo y lo observo con cuidado. Mis manos tiemblan y sé que una parte de mi no quiere hacerlo. Pero es necesario.

Sin embargo, el destino parece tener otros planes para mí. La puerta se abre de golpe y Ewan entra en la habitación, su rostro surcado por una profunda preocupación. Nuestros ojos se encuentran y, por un instante, el mundo se detiene a nuestro alrededor. Olvido el anillo, olvido el plan, olvido todo lo que no sea su mirada intensa y llena de afecto.

Se acerca a mí con pasos rápidos y me toma entre sus brazos, apretándome con fuerza contra su pecho. Siento su calor, su aroma, su latido acelerado, y por un momento me permito soñar con un futuro juntos, un futuro que parece imposible pero que mi corazón anhela desesperadamente.

Pero entonces, Ewan ve el anillo en mi mano y una expresión de horror inunda su rostro. Sus ojos se abren de par en par y su respiración se acelera.

—¡Ibas a marcharte sin decírmelo!—comprende, su voz se rompe un poco y yo me ablando. La pena y la angustia que siento en su voz me conmueven hasta el fondo de mi alma.

Sus palabras me devuelven a la realidad. El anillo sigue en mi mano, la decisión tomada, el camino trazado. Apoyo una mano sobre la suya, entrelazando los dedos con los de él.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le respondo en un susurro, mi voz cargada de tristeza.

Ewan se acerca todavía más, acortando la distancia entre nosotros. Sus ojos me miran con una intensidad que me hace perder el aliento.

—Quédate conmigo —me pide con voz suplicante. Su tono es desesperado, como si la sola idea de mi partida lo llenara de un dolor insoportable.

Pero yo niego con la cabeza, las lágrimas amenazando con derramarse por mis mejillas.

—Estás prometido —le recuerdo, mi voz apenas un susurro.

Ewan se acerca todavía más, pegando su frente con la mía. Su aliento cálido acaricia mi rostro, enviando escalofríos por mi piel. Incluso ahora, en medio de la incertidumbre y el dolor, su presencia me llena de una paz y una seguridad que nunca antes había conocido.

—Mi padre lo arregló cuando estaba fuera, contigo —me confiesa en voz baja—. No importa lo que diga, no pienso casarme con ella. No es a ella a quien quiero.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos. Dios, cuánto duele esto.

—Te creo, sé que no la elegiste, que no deseas casarte con ella —le digo, mi voz temblorosa —. Pero tu padre lo ha decidido así. He ido a verle hace un rato, Ewan. No podemos estar juntos. No lo permitirá.

Los ojos de Ewan se llenan de furia y determinación.

—¡Mi padre puede irse al cuerno si piensa realmente que voy a renunciar a ti! A esto —dice,

refiriéndose a lo que siente por mí—. No te dejaré ir, Anna.

Sus palabras me dejan sin aliento. Su declaración es tan rotunda, tan llena de convicción, que no puedo evitar sentir una oleada de esperanza. Sé que no debería ser así, pero no puedo evitarlo.

Me acerco a él, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho. Nuestras miradas se encuentran y sé que he perdido la batalla.

Sin una palabra más, nuestros labios se encuentran en un beso apasionado.

Mis manos recorren su cabello, acariciando su rostro con ternura. Siento cómo su cuerpo se tensa contra el mío, respondiendo a mi toque con una pasión que me enciende por dentro. El beso se intensifica, se vuelve más salvaje, más urgente. Nuestras lenguas se encuentran en un baile frenético, explorando y saboreando el sabor del otro.

Sus manos recorren mi cuerpo con una delicadeza que contrasta con la pasión de nuestro beso. Me aprieta contra él, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. Y yo me dejo llevar por sus caricias, por su calor, por el deseo que nos consume a ambos.

Me arranca el corsé con una agilidad atronadora, como si deseara liberar no solo mi cuerpo, sino también mi alma. Yo respondo quitándole la camisa por encima de los hombros, ansiosa por sentir su piel contra la mía. Nos movemos con un anhelo desesperado, conscientes de que está mal, de que este es el lugar menos indicado para hacerlo. Pero al mismo tiempo, es lo único que necesitamos.

Minutos después, estamos completamente desnudos y tengo a Ewan dentro de mí. Nos movemos con una pasión desenfrenada, explorando los límites de nuestro deseo sin restricciones ni remordimientos. Al final, me coloca sobre una cómoda que hay delante del espejo de pie. Me posiciona de manera que ambos podamos vernos reflejados mientras él me penetra por detrás y me acaricia los pechos.

Nuestros gemidos llenan la habitación, como una sinfonía de placer que nos envuelve y nos eleva a nuevas alturas.

Esto está mal, muy mal. Pero no podría desearlo más.

—Mírate —me pide con voz ronca contra mi oído—. Quiero que te mires mientras te hago mía.

Yo obedezco. Observo mi reflejo en el espejo, viendo las mejillas sonrojadas, los ojos vidriosos, mis pechos siendo masajeados por las manos de Ewan. La imagen es de lo más erótica, y lo cierto es que me pone a cien.

—Eres preciosa, Anna —gruñe contra mi cuello, sin dejar de embestirme—. No sabes cuánto he añorado poseerte.

Gimo como respuesta, pero encuentro fuerzas para preguntar con voz socarrona:

—¿Eso es todo lo que añorabas de mí?

Ewan me penetra de nuevo con fuerza, obligándome a dejar de hablar, y luego se queda quieto mientras me acaricia la piel del estómago, del cuello. Puedo sentir su pulso en mi interior y me muerdo el labio.

—Sabes que no, lass —me responde con una seriedad que me sorprende—. Lo he añorado todo de ti. Tu sonrisa, el olor de tu pelo, el sonido de tu risa… Pero no puedes negar que esto se siente de lo más agradable.

Y entonces vuelve a embestirme a un ritmo desenfrenado. Yo me agarro a la cómoda para no caerme, aunque sé que él no dejaría que sucediera. Gimo su nombre y él el mío. Hasta que mi cuerpo sucumbe del todo y llego al tan esperado clímax.

Mis paredes se contraen alrededor de su miembro, arrancándole gemidos roncos, y, instantes después, se derrama en mí con un sonido gutural, como un eco del placer compartido que nos

envuelve.

Ewan sale de mi interior y me coge en volandas, con una fuerza sorprendente. Me deja caer sobre la cama con una suavidad que me rompe el alma. Estoy exhausta, tanto física como emocionalmente. La tensión de los últimos minutos ha dejado mi cuerpo dolorido y mi mente aturdida. Me dejo llevar por sus caricias, por su calor, por el refugio que me ofrece su abrazo.

—Tu padre va a matarme por esto—digo en un tono que intenta ser jocoso, pero que no puede ocultar el temblor de mi voz. La idea de enfrentar su ira me aterra.

Ewan se coloca a mi lado, acurrucándose junto a mí. Sus dedos acarician mi cabello con una ternura que contrasta con la pasión de nuestro encuentro.

—No voy a disculparme por hacerte gemir—dice con una sonrisa pícara en los labios—. Podría escuchar tus sonidos a todas horas.

Mi rostro se enciende en un rubor incontrolable. Le lanzo una almohada a la cara, fingiendo indignación, pero en el fondo me encanta su descaro.

—Va en serio, Ewan—le digo con voz firme, tratando de recuperar el control de la situación —. Esto no puede volver a pasar.

Ewan me mira a la cara con el ceño fruncido. Sus ojos grises, que tantas veces me han cautivado con su intensidad, me escudriñan con intensidad.

De repente, se acerca a mí y me besa sin previo aviso. Un beso lento, profundo, que me deja sin aliento. Su lengua explora mi boca con una maestría que me hace olvidar todos mis miedos, todas mis dudas. En ese momento, solo existo yo, él y la pasión que nos une.

Me separo de él jadeando por aire, mi corazón latiendo a mil por hora. La intensidad de nuestro beso ha reavivado el deseo que creí haber apagado por un instante.

—Está bien, no volveré a tocarte a no ser que me lo pidas—dice Ewan con voz ronca, como si le costara controlar sus propios impulsos.

Se levanta de la cama y se pone a vestirse con movimientos rápidos y precisos. Lo observo atónita, una mezcla de decepción y alivio luchando dentro de mí. Por un lado, me entristece que se haya rendido tan fácilmente ante mi petición. Pero por otro lado, me reconforta saber que finalmente ha entrado en razón y que respeta mi decisión.

Cuando está a medio vestir, se vuelve hacia mí y se sienta en la cama a mi lado. Toma mis manos entre las suyas y me mira con una intensidad que me hace perder el aliento.

—Por favor, no te vayas todavía—me suplica—. Dame unos días más de tu compañía. Aunque no me dejes besarte, sigo queriendo pasar tiempo contigo. Quiero… recordarte—me dice, y mi corazón se salta un latido—. Y, sobre todo… Por favor, no te marches sin decírmelo. Sea cuando sea que decidas dejarme, quiero poder despedirme de ti.

Contengo el aliento durante un largo instante. Sus palabras me conmueven hasta lo más profundo de mi ser. La idea de marcharme sin despedirme de él, sin mirarlo a los ojos una última vez, me llena de una profunda tristeza.

Finalmente, asiento con un leve movimiento de cabeza. No puedo negarle este último deseo, este último momento de ternura robada a un destino cruel.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios, y por un momento, sus ojos brillan con un destello de esperanza. Entonces se levanta y termina de vestirse.

—Deberías adecentarte. —me dice con voz suave, sus ojos grises clavados en los míos—. Pronto vendrán a buscarte—. Pronto vendrán a buscarte.

—¿A mí? ¿Para qué?—pregunto con voz temblorosa, un presentimiento agridulce invadiendo mi corazón.

Ewan sonríe de lado.

—Eres mi invitada de honor, Anna—dice con voz firme—. Debo presentarte al resto de mi familia, invitarte a pasar tiempo con nosotros…

La sola idea me hace palidecer. Todos en el castillo me conocen por la ramera de Ewan, la forastera que ha llegado para robarle el corazón al hijo menor del laird MacLeod. Lo último que me apetece es pasar tiempo con ellos, fingir una alegría que no siento y soportar las miradas inquisitivas y las palabras hirientes.

Además, seguro que Iris, la prometida de Ewan, se encontrará allí también. Ya puedo imaginar su mirada llena de desprecio y rencor, sus palabras hirientes clavándose en mi corazón como puñales.

—No creo que sea buena idea, Ewan—digo con voz apenas audible, intentando ocultar el terror que me invade.

Pero Ewan no deja lugar a discusión.

—Te veo abajo, mo chridhe —dice con voz profunda, antes de desaparecer por la puerta, dejando tras de sí un silencio ensordecedor que me ahoga.

Me quedo un momento en la cama, mirando el lugar donde Ewan ha estado hace solo unos segundos. Todavía puedo sentir el calor de su cuerpo, el aroma de su piel.

Mo chridhe. Mi corazón.

Una cálida sensación me inunda y yo maldigo mi corazón, mi cabeza, mi cuerpo, mi alma. Porque, a pesar de lo mucho que me encantaría poder negarlo, todo le pertenece a él.

Capítulo 9

Las reuniones con la familia MacLeod son exactamente como las imaginaba: formales, tensas y llenas de miradas despectivas hacia mi persona. Cada palabra, cada gesto, cada silencio está cargado de significado, de una desaprobación que no se molesta en ocultar.

He conocido a los hermanos de Ewan: Brogan, un hombre corpulento con una mirada severa, y su esposa Lair, una mujer de belleza fría y distante; Gregor, más amable y jovial, acompañado de su esposa Meave, de carácter vivaz y alegre; y Keir, el más joven antes de Ewan, con una sonrisa pícara y su esposa Kirsteen, de ojos vivaces y mirada curiosa.

Sé que Lachlan también está casado, pero ni rastro de su esposa durante mi estancia en el castillo.

Y, por supuesto, no podía faltar pasar tiempo con Iris, la prometida de Ewan. Su odio hacia mí no hace más que aumentar con cada día que pasa, como una llama que se alimenta de mi presencia y de la atención que Ewan me dedica. Sus miradas punzantes, sus comentarios ácidos y su actitud distante me hacen sentir como una intrusa en este mundo que no me pertenece.

Ewan, por su parte, parece disfrutar de la incomodidad de la situación. Se rebela ante su padre y la familia, dedicándome atenciones que solo sirven para avivar la ira de Iris y la tensión en la atmósfera. Sé que lo hace a propósito, que es su forma de demostrar dónde está su verdadero interés, pero la situación no deja de ser incómoda para todos los presentes.

No es hasta el tercer día en el castillo que conozco a la madre de Ewan. La mujer que le dio el anillo que me trajo a este mundo y que, sin saberlo, desencadenó una serie de acontecimientos que cambiarían mi vida para siempre.

Es una mujer menuda, de tez pálida y con fuertes ojeras marcadas bajo sus ojos. Su aspecto frágil y la tristeza que se refleja en su mirada me conmueven profundamente. Parece enferma, tal vez sea esa la razón de su ausencia durante los últimos días.

Ewan me la presenta durante la cena. Me acerco a ella con timidez, sin saber qué decir. Ella me mira con una mezcla de curiosidad y compasión, y una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Eres Anna? —pregunta con voz suave.

Asiento con la cabeza, sintiendo una extraña conexión con esta mujer que apenas conozco.

—Encantada de conocerte, Anna —dice, extendiendo su mano hacia mí—. Soy Moira, la madre de Ewan.

Toma mi mano entre las suyas y la aprieta con cariño. Su piel, fría y suave, contrasta con el calor que me invade por dentro. En medio de la tensión y la hostilidad que me rodea, su gesto me transmite una chispa de calidez y comprensión que me da un poco de esperanza.

—Es un placer conocerla, señora —digo con sinceridad, sintiendo cómo mi voz tiembla un poco por la emoción.

Moira me mira con una sonrisa maternal, sus ojos claros brillan con una mezcla de curiosidad y compasión. No suelta mi mano, y esa conexión inesperada me hace sentir menos sola en este castillo hostil.

—El placer es mío, Anna —dice con voz suave y melodiosa.

Dirige su mirada hacia Ewan, quien se encuentra de pie a mi lado, observándonos en silencio. No intercambian palabras, pero hay algo en la mirada de la señora del castillo que me llena de una extraña tranquilidad.

Desgraciadamente, durante los siguientes días, la enfermedad que la aqueja la mantiene

recluida en sus aposentos, y no tengo la oportunidad de volver a verla.

El tiempo pasa lentamente, encerrados en el castillo por la brutal tormenta que Edwin MacLeod había augurado. La lluvia azota los ventanales sin cesar, y el viento aúlla como un lobo hambriento. Me siento atrapada, prisionera en este lugar que no es mi hogar y donde no soy bienvenida.

He pensado en escapar, en volver a mi propia época en el momento en que la tormenta aminore. No puedo permitir que los hombres de Edwin me lleven a Sussex. Mi hogar no está allí realmente, al menos no todavía.

Sin embargo, una parte de mí se resiste a abandonar este lugar. Abandonar a Ewan.

Él es mi única compañía en este castillo hostil, mi único refugio en medio de la tensión y la hostilidad que me rodea. Lachlan, el hermano de Ewan, también me trata con amabilidad y respeto, algo que agradezco profundamente. Es el único hombre, además de Moira, que me ve como una persona, no como a la puta de Ewan. Conversa conmigo, me incluye en las actividades familiares y, lo más importante, me mantiene a raya cuando la cosa parece ponerse tensa entre Ewan y yo.

La tensión entre nosotros es tan palpable que podría cortarse con un cuchillo. Desde que decidimos abstenernos de… bueno, de todo, cada mirada, cada roce, cada palabra está cargada de una electricidad que nos hace estremecer. Siento una excitación insaciable que recorre mi cuerpo cada vez que estoy cerca de él, y sé que él también siente el mismo fuego en su mirada.

Y ahí es cuando entra Lachlan, interrumpiéndonos de la manera más sutil posible.

—Un día de estos os lanzaréis el uno encima del otro, sin importar quién haya en la habitación —me dice con una sonrisa pícara en los labios.

Me sonrojo ante su comentario, no solo por lo obvio que es la situación, sino también por la vergüenza que me produce. Ewan, por su parte, se limita a gruñir en respuesta, sin apartar la vista de mí.

La tormenta, que rugió como un fiera salvaje durante semanas, finalmente se retira, dejando tras de sí un cielo gris y un aire fresco que impregna el castillo de una sensación de renovación. Los MacLeod, aliviados por el fin del encierro forzoso, se contagian de una contagiosa alegría que se expande por las frías paredes de piedra.

Me encuentro en el patio, observando cómo el sol comienza a asomar tímidamente entre las nubes, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. La brisa fresca me acaricia el rostro, llevando consigo el dulce aroma de la tierra mojada y las flores que empiezan a brotar. Es un día nuevo, un día lleno de esperanza.

Mientras observo el panorama, la noticia se propaga como un incendio por el castillo: ¡celebración a la vista! Para festejar el regreso del buen tiempo y, por lo visto, el recientemente anunciado embarazo de Meave, la esposa de Gregor, el segundo hijo del laird MacLeod. El cabecilla de la familia ha invitado a familiares cercanos a compartir una velada llena de alegría y compañía.

El laird ha pospuesto mi partida para que pueda asistir a la celebración. Y, en el fondo, debo admitir que no me disgusta la idea de quedarme un poco más. Me apetece disfrutar de la compañía de los MacLeod, de la música, de la danza, de la comida... y de la presencia de Ewan.

Los festejos en el Castillo MacLeod son una explosión de alegría y tradición. La música celta llena el aire, mientras los invitados bailan al ritmo de violines, gaitas y tambores. El aroma a cerveza y a comida recién hecha flota en el aire, y las risas y las conversaciones animadas resuenan por todo el Gran Salón.

En las mesas largas, rebosantes de comida, se sirven platos típicos de la región: estofado de

venado, pescado ahumado, pan recién horneado y, por supuesto, ¡whisky! Los invitados comen y beben con gusto, compartiendo historias y risas.

En un rincón del salón, un grupo de jóvenes se ha reunido para jugar a los juegos tradicionales. Algunos lanzan troncos a gran distancia, mientras que otros compiten en luchas de brazos o carreras de sacos. Las risas y los gritos de aliento llenan el aire, creando una atmósfera de camaradería y diversión.

Es exactamente como los juegos de Escocia a los que asistimos en Inverness unos meses atrás. Sólo que esta vez es más auténtico, más rudo. Y, de nuevo, se me hace muy difícil no mirar a Ewan con el torso desnudo, cubierto de barro y sudor.

Para finalizar los festejos, Edwin MacLeod decide hacerlo con una tranquila velada. No sé cómo llamarla exactamente, ¿un baile? ¿una reunión formal? Lo que sí puedo decir es que la atmósfera es diferente a todo lo que he vivido hasta ahora. Los hombres visten sus mejores galas, con trajes de tartán adornados con hebillas y espadas, mientras que las mujeres lucen vestidos de seda y terciopelo que resaltan su belleza natural.

La música, interpretada por un grupo de gaiteros y arpistas, llena la sala con melodías tradicionales que me transportan a otra época. La comida, abundante y deliciosa, se sirve en mesas largas adornadas con flores y velas.

Mis doncellas me han vestido con un vestido azul marino de seda que me sienta a la perfección. El corte simple y elegante resalta mis curvas y mi piel pálida, y me hace sentir como una dama de la época. Me siento un poco fuera de lugar. Sin embargo, Ewan me toma de la mano y me guía hacia la pista de baile, donde las parejas se mueven con gracia al ritmo de la música.

Al principio me resisto, sintiéndome torpe e insegura. El ritmo de la música me parece demasiado rápido, el movimiento de Ewan demasiado fluido y preciso. Mis pies se enredan, mis manos se estrellan contra su pecho, y una oleada de calor sube por mis mejillas ante la mirada atenta de los presentes.

Ewan me susurra palabras de aliento al oído, su voz ronca y cálida me calma. Poco a poco, me dejo llevar por la música, por la energía que fluye por la sala, por la cercanía de su cuerpo junto al mío. Siento el calor de su mano en mi cintura, la firmeza de su agarre en mi mano libre, y una sensación de euforia se apodera de mí.

Todo el mundo nos mira. Puedo sentir las miradas de desaprobación de Iris, la furia en sus ojos que amenaza con desbordarse en cualquier momento. Sé que si seguimos así, volverá a abalanzarse sobre mí.

—Deberíamos parar —susurro en medio de la música, mi voz temblorosa por la emoción y el miedo.

Ewan sonríe con una picardía que me hace estremecer y me hace girar de nuevo.

—Solo estamos bailando —dice con voz ronca, su aliento rozando mi oído.

Pero al mirar al laird MacLeod, veo que no es solo eso. La desaprobación en su mirada es palpable, la furia al vernos tan juntos es evidente. Sé que esto está mal, que ni siquiera debería haber acudido a este baile. Debería haberme marchado hace mucho tiempo, antes de que las cosas se complicaran tanto.

—Voy a marcharme esta noche —le digo a Ewan con determinación, sintiendo una oleada de pánico recorrer mi cuerpo.

Ewan tropieza un momento y me mira con el rostro preocupado.

—¿Qué? No, quédate un poco más —me pide, su voz llena de súplica.

Yo niego con la cabeza con vehemencia.

—No puedo, ¿no lo ves? Cada vez que hablamos, que nos miramos… Todo el mundo nos vigila de cerca, tu padre… Empiezo a temer por mi vida, Ewan —le digo con lágrimas en los ojos.

Ewan me hace girar y cuando vuelvo a quedar frente a él, me pega a su cuerpo con una fuerza que me deja sin aliento.

—No permitiré que nadie te haga daño, mo chridhe —me asegura con una voz llena de fiereza y ternura.

Y yo sé que lo dice en serio. Sé que daría su vida por protegerme, pero eso tampoco es una solución. No puede defenderme de toda su familia, de la ira de su padre, del odio de Iris. Debo volver a mi época, donde estaré a salvo. Donde mi corazón estará a salvo.

Nos miramos brevemente a los ojos. Hay tantas cosas que quiero decirle, y nada al mismo tiempo. Sé que él siente lo mismo, que está tan desgarrado como yo. Pero el destino nos separa, y no podemos luchar contra él por más tiempo.

—¿Me permites este baile? —pregunta Lachlan, salvándonos el culo como siempre. Ewan gruñe en su dirección, visiblemente molesto por la interrupción—. Vamos, la has estado acaparando toda la noche. Estoy seguro de que tu prometida está deseando bailar —dice lo suficientemente alto como para que no pueda negarse.

Sus palabras me hieren profundamente, pero lo disimulo con rapidez. Ewan no tiene más remedio que dejarme en manos de su hermano y dirigirse hacia la mujer con la que está destinado realmente a pasar el resto de sus días.

Intento no mirarlos mientras bailo con Lachlan, pero los ojos se me van solos, no lo puedo evitar. Parece que están hablando de algo, ojalá pudiera escucharles.

—¿Disimulas muy mal, Anna. Ambos —me dice Lachlan en un susurro, su voz cargada de una extraña mezcla de comprensión y reproche—. Vuestro amor no es imposible, pero debéis ser discretos. Aunque algo me dice, que tú no quieres eso. Lo quieres todo, ¿verdad? Si no puedes tener a Ewan por completo, entonces no lo tendrás.

Yo alzo la cabeza para mirarlo. ¿Qué bicho le ha picado? ¿A qué viene ese comentario?

—¿Acaso está mal querer tener a la persona que amas por completo? Si no puedes tenerlo todo, ¿qué sentido tiene? —le pregunto con una mezcla de desafío y tristeza.

Lachlan me observa unos segundos en silencio. Luego me hace dar una vuelta.

—Me gustas, Anna —confiesa de repente.

Me escandalizo un poco ante sus palabras, pero de nuevo lo disimulo. No quiero darle más ideas a este hombre, no quiero que piense que puedo ser suya.

—Creía que tenías esposa —digo con los dientes apretados, tratando de mantener un tono de voz neutral.

—Al igual que mi hermano, mi matrimonio fue concertado —me explica—. Lo mío con mi mujer no son más que papeles. Vivimos la mayor parte del tiempo separados, ni siquiera tenemos hijos. Tampoco yo le gusto a ella, pero ninguno tuvimos opción —me mira a los ojos con una intensidad que me incomoda un poco—. Pero tú tampoco me gustas de esa manera. Simplemente me agradas, y me encantaría que formaras parte de esta familia.

—Cuidado, Lachlan, como el resto de tu familia te escuche hablar así pensarán que eres un traidor —digo con una sonrisa, un poco más relajada y feliz por sus palabras.

Lachlan responde a mi sonrisa con una de esas que solo un MacLeod sabe dibujar, llena de picardía y encanto.

—Creéme, soy el mayor de los traidores…

Su frase queda interrumpida por un grito que irrumpe en la velada. Todos nos volvemos para

mirar a Iris y a Ewan. Iris le ha dado una bofetada y le grita furiosa. No entiendo una sola palabra de lo que está diciendo, pero su rostro está rojo de ira y sus ojos brillan con lágrimas.

Lachlan disimula una risa junto a mí.

—Tres monedas a que se lo ha dicho —me susurra con una sonrisa maliciosa.

—¿Decirle qué? —digo yo extrañada, sin poder apartar la vista de la escena que se desarrolla ante nosotros.

—Que su matrimonio queda anulado —me explica Lachlan con una voz llena de emoción.

—¡¿Qué?! ¿Puede hacer eso? —digo sorprendida, mi corazón latiendo con fuerza.

—Normalmente no, mi padre tiene siempre la última palabra. Pero aquí hay muchos testigos, si hiciera pública vuestra relación ahora…

—¿Espera, qué? —digo interrumpiendo a Lachlan, sin poder creer lo que estoy escuchando.

Ewan dice algo en gaélico y todos se vuelven hacia mí. La mirada de Iris me atraviesa como un puñal, llena de odio y rencor. Siento una oleada de miedo recorrer mi cuerpo, no sé qué hacer, no sé qué decir.

La música se detiene y un silencio sepulcral se apodera de la sala. Todos los ojos están puestos en Ewan y en mí, esperando nuestra reacción. La tensión es palpable, se puede cortar con un cuchillo.

Iris rompe a llorar de forma descontrolada. Sus doncellas la rodean y la sacan del salón a rastras, mientras ella grita insultos y maldiciones en gaélico.

—Ay mi madre —susurro, sintiendo un nudo en la garganta y el corazón acelerado.

—Por favor, dime que no ha dicho nada sobre mí —le pregunto a Lachlan en voz baja, con la mirada clavada en el suelo.

Lachlan se ríe a mi lado, una risa nerviosa que no me tranquiliza en absoluto.

—Desgraciadamente no —responde—. Eso habría sido fascinante. Aunque sí que ha roto su arreglo matrimonial. Mi padre estará furioso —dice con una sonrisa burlona.

Me toma de la mano y me guía hacia la zona de bebidas, alejándonos del centro de atención.

Pasamos el resto de la velada un poco escondidos en un rincón del salón. Después de lo que ha pasado, lo último que quiero es llamar la atención. Ewan no ha vuelto a acercarse a mí, pero Lachlan se ha quedado a mi lado bebiendo conmigo.

A la tercera copa, todo me parece de lo más divertido. No recuerdo por qué quería marcharme con tanta prisa. Me gusta este lugar, me gusta su gente, aunque yo no les guste demasiado a ellos. La bebida me relaja y me hace olvidar la tensión del momento.

La música medieval me envuelve, y no puedo evitar moverme al ritmo de la gaita y el laúd. Lachlan, a mi lado, me sigue el paso con una sonrisa pícara en el rostro. Las luces de las velas se reflejan en sus ojos, dándole un brillo especial.

Reímos y bromeamos, sin importarnos las miradas indiscretas de la gente que nos rodea. Me siento libre, feliz, como si no hubiera preocupaciones en el mundo.

De repente, veo a Ewan aparecer en la puerta del salón, con el ceño fruncido y la mirada llena de reproche. Se acerca a nosotros con pasos apresurados y se detiene frente a mí para tomarme por los hombros, examinándome de arriba a abajo.

—Estás borracha —me dice con voz áspera, su tono de voz cargado de desaprobación. Yo le doy un golpecito en la nariz como respuesta.

Luego, dirige su mirada hacia Lachlan, quien se encuentra apoyado en la pared, tambaleándose ligeramente y con una sonrisa torcida en el rostro.

—Y tú tampoco estás mucho mejor —añade con un gruñido—. No sé qué es lo que pretendes, pero ya te puedes ir olvidando.

Lachlan se encoge de hombros con indiferencia, sin inmutarse por las palabras de su hermano. Ewan vuelve a centrar su atención en mí, su rostro lleno de tensión.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación —dice con voz firme, sin darme opción a negarme.

Me toma de la mano con fuerza y me guía hacia la salida del salón, sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 10

Caminamos en silencio por los pasillos del castillo, la tensión entre nosotros palpable. Ewan no me suelta la mano en ningún momento, como si temiera que me escapara. Me siento como una niña pequeña que ha sido regañada por su padre.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabías? —le digo con voz pastosa— ¡Por primera vez desde que llegué, estaba pasándolo realmente bien en público!

Ewan gruñe en respuesta y tira de mí con más fuerza, aumentando la velocidad de sus pisadas. Mis pies, pesados como plomo, apenas pueden seguirle el ritmo.

—¡Vas demasiado rápido! —me quejo, tropezando con mis propios pies—. ¡Tienes unas piernas larguísimas, ¿lo sabías? Por eso caminas tan rápido. Pero yo no puedo seguirte, ¿me oyes? ¡Me voy a caer!

Ewan suspira con exasperación y se vuelve hacia mí. Sin decir nada, me levanta en sus brazos con una facilidad sorprendente y me echa sobre uno de sus hombros. Yo exclamo un grito de sorpresa y pataleo en el aire, sintiendo cómo todo me da vueltas y el mundo se convierte en un borrón de colores y texturas.

—¡Ewan! —digo entre risas y jadeos—. ¡Bájame ahora mismo!

—No hasta que te comportes como una persona sobria —responde con voz firme, sin inmutarse por mis protestas.

Yo bufo sobre su hombro, intentando contener la risa.

—Puedo actuar como una persona sobria sin problema —digo con aires de suficiencia—. Ni te imaginas la de veces que he engañado a mis padres haciéndoles creer que no había bebido durante mis salidas nocturnas… —hago una pausa para tomar aire—. Ewan, creo que si no me bajas pronto podría vomitarte encima.

Ante mi amenaza, Ewan me baja de inmediato y me apoya en la pared, con sus brazos apoyados a ambos lados de mi cabeza. Dios mío, es enorme. Su presencia me envuelve, me protege, me encierra en una jaula de músculos y calor que me hace sentir a la vez segura y vulnerable. ¿Siempre ha sido tan grande? ¿Tan imponente?

Mis manos, guiadas por una fuerza invisible, terminan en su pecho, acariciando el hueco de su camisa blanca entreabierta. La calidez de su piel me recorre como una ola eléctrica, encendiendo un fuego en mi interior que amenaza con consumirme. Mis dedos se deslizan por su piel tersa, recorriendo la textura de su camisa y sintiendo la fuerza de sus músculos bajo la tela.

Ewan me mira durante unos segundos, sus ojos oscuros como la noche, con una mezcla de reproche y deseo que me hace perder el aliento. Su mirada me atraviesa, me desnuda, me escudriña como si pudiera leer mis pensamientos más profundos. Y yo, en lugar de sentirme avergonzada, me siento expuesta, vulnerable, pero al mismo tiempo extrañamente excitada.

Luego, aparta la mirada bruscamente, como si no pudiera soportar la intensidad de mi mirada. Su gesto me desconcierta, me frustra, me hace sentir un vacío en el estómago que solo puedo llenar con su cercanía.

—Me vas a volver loco, lass —dice con voz ronca, su tono cargado de una mezcla de frustración y fascinación.

Sus palabras me estremecen hasta lo más profundo. Un cosquilleo recorre mi vientre y mis mejillas se ruborizan sin control. En ese momento, soy consciente de la peligrosa situación en la que nos encontramos, de la tensión sexual que crepita entre nosotros como una chispa a punto de

encenderse. Pero no puedo evitarlo. Me siento atraída por él como una polilla a la llama. Y estoy dispuesta a quemarme en su fuego.

Sin pensarlo dos veces, me acerco a él y dejo mis labios rozar la piel de su cuello, un beso suave y sensual que pretende ser una caricia. Su cuerpo se tensa bajo mi toque, como si estuviera luchando contra sus propios deseos.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, Ewan? —le pregunto en voz baja al separarme, retándolo con una mirada desafiante.

Él no responde, pero se inclina hacia mí, sus labios rozando los míos en una caricia electrizante. Sé que no debería hacerlo, que estoy jugando con fuego, pero no puedo resistirme.

Sin embargo, no continúa.

—Te prometí no tocarte a menos que me lo pidieras —susurra contra mis labios, su voz llena de frustración.

—¿Y qué pasa si te lo pido ahora, Ewan? —le pregunto con voz temblorosa.

Sus ojos se dilatan y una oleada de deseo cruza su rostro. Se acerca a mí, sus labios a punto de rozar los míos.

—Si me lo pides —dice con voz ronca, su tono cargado de una mezcla de resignación y anhelo—, te besaré hasta que no sientas tus labios, te acariciaré hasta que me supliques por más. Si me lo pides, te poseeré aquí mismo sin importar quien puede vernos u oírnos. Si me pides que te toque, Anna… no habrá vuelta atrás, porque no podré detenerme.

Sus palabras son como una explosión en mi interior. Un fuego ardiente se enciende en mi vientre, una necesidad imperiosa de sentirlo, de entregarme a él por completo.

—Tócame, Ewan —susurro con voz ronca, mi mirada clavada en la suya.

En ese instante, el mundo se desvanece a nuestro alrededor.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso salvaje, apasionado, lleno de una intensidad que me hace perder el aliento. Sus manos recorren mi cuerpo con fervor, explorando cada curva, cada centímetro de mi piel. Me pierdo en sus labios, en su tacto, en el fuego que arde entre nosotros.

Olvido que estamos en medio de un pasillo, me da igual. No me importa en absoluto cuando las manos de Ewan llegan a mis faldas y me las levantan sin miramientos para, instantes después, sentir sus caricias en mi intimidad. Un escalofrío recorre mi cuerpo, una ola de placer que me hace gemir en voz baja. Sus dedos me exploran con delicadeza, encendiendo una llama en mi interior que amenaza con consumirme.

Mis manos se aferran a su espalda, siento como si esta fuera la única manera de anclarme a la realidad. Mi respiración se acelera, mis gemidos llenan el aire. Y de repente, Ewan se detiene. Me mira a los ojos, sus pupilas dilatadas por el deseo, y toma una decisión.

—Vamos a mi habitación —me dice.

Yo alzo una ceja.

—Creía que habías dicho que me harías tuya aquí mismo.

Ewan se acerca a mí de nuevo y me besa.

—Anna, tú ya eres mía.

Luego, sin más preámbulos, me toma de la mano y me conduce hacia su habitación.

El camino se me hace eterno, cada paso me acerca más a lo inevitable, a la entrega total. Al llegar a la puerta, Ewan la abre con una mano y me empuja suavemente hacia adentro.

La habitación está a oscuras, solo se filtra la luz tenue de la luna por la ventana. Ewan cierra la puerta tras de sí y me acorrala contra la pared, su boca buscando la mía con una pasión ardiente que despierta cada fibra de mi ser. Sus manos, hábiles y decididas, desatan un torbellino

de sensaciones al recorrer mi cuerpo, despojándome de mis prendas con una urgencia intoxicante. Yo me dejo llevar, sintiendo una mezcla de nerviosismo y excitación que recorre mi cuerpo.

En cuestión de segundos, estamos desnudos, nuestras pieles se rozan con una calidez que me hace estremecer. Ewan me mira a los ojos, sus pupilas dilatadas por el deseo, y yo me pierdo en su mirada.

—Eres preciosa —susurra, su voz ronca y llena de anhelo.

Después me levanta en sus brazos y me lleva hasta la cama. Me acuesta con suavidad sobre las sábanas y se coloca encima de mí, su cuerpo presionando contra el mío.

Ewan sonríe y baja su rostro hacia el mío, besándome con una ternura que me conmueve. Sus besos son suaves y delicados, explorando cada rincón de mi boca, cada curva de mis labios.

Mis manos recorren su espalda, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo mi piel. Mis dedos se enredan en su cabello, acercándolo más a mí.

De repente, Ewan se detiene y me mira a los ojos.

—Dime qué quieres —me insta con voz ronca.

Yo lo miro a los ojos y susurro:

—Todo.

Ewan sonríe de nuevo y baja su boca hacia mi cuello, besándome con una pasión que me hace gemir. Su lengua traviesa roza mi oreja, enviando un escalofrío por mi espina dorsal. Baja por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos a su paso. Sus manos recorren mi cuerpo con fervor, explorando cada curva, cada centímetro de mi piel.

Con devoción desciende lentamente hacia mi intimidad, sus labios ansiosos rozando mi piel con una suavidad embriagadora. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando su aliento cálido se encuentra con mi piel sensible, enviando oleadas de anticipación a través de mí.

Su lengua traviesa traza círculos alrededor de mi centro de placer, provocando gemidos ahogados que escapan de mis labios entre suspiros entrecortados.

Gimo su nombre, mis dedos enredándose en su cabello mientras me entrego por completo al torbellino de sensaciones que me envuelve.

Yo me arqueo bajo su tacto, deseando más, mucho más.

—Tómame, Ewan —le suplico, mi voz cargada de deseo—. Tómame ahora.

Ewan sonríe, una sonrisa traviesa y llena de pasión. Se coloca sobre mí, sus ojos mirándome con una intensidad que me hace perder el aliento. Su mirada recorre mi cuerpo, devorando cada detalle, cada curva, cada imperfección.

—Como desees, lass —dice con voz ronca, su tono lleno de promesas.

Y en ese instante, me posee.

Su entrada es suave al principio, pero rápidamente se vuelve más dura y profunda. Gimo en voz alta, mi cuerpo arqueándose para recibirlo por completo. Sus manos me agarran por las caderas, controlando mi ritmo, mientras me besa con una pasión que me hace olvidar todo lo demás.

El mundo se reduce a nosotros dos, a la cama que cruje bajo nuestros cuerpos, a los jadeos y gemidos que llenan la habitación. Me pierdo en la sensación de su posesión, en el placer que recorre mi cuerpo como una ola electrizante.

Mis manos se aferran a sus brazos, arañando su piel mientras me elevo hacia él, buscando más, más, más. Siento su calor contra mi piel, su dureza dentro de mí, y sé que en este momento nada más importa.

El tiempo se detiene, la realidad se desvanece. Solo existimos nosotros dos, unidos por una

pasión que nos consume, que nos impulsa a desafiar todas las normas, todas las tradiciones, todas las expectativas.

En ese instante, alcanzo el clímax, un estallido de placer que recorre mi cuerpo como una ola electrizante. Ewan gruñe en mi oído, liberándose dentro de mí con un gemido ahogado.

Nos quedamos abrazados durante unos minutos, respirando con dificultad, recuperando el aliento. Mis manos acarician su espalda, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo mi piel.

—No vuelvas a negarme esto —me pide él, dejando un rastro de besos en mi piel desnuda—. No estoy seguro de poder cumplirlo.

Yo sonrío, sintiendo que el corazón me va a estallar. Y en sus brazos, me quedo dormida.

Capítulo 11

Me despierto envuelta en los brazos de Ewan, su respiración cálida acariciando mi rostro. Un bostezo perezoso escapa de mis labios mientras abro los ojos lentamente, aún adormecida por el sueño. Ewan, al notar mi movimiento, se despereza también, estirándose como un gato perezoso.

—Buenos días —le digo yo con un beso.

Ewan sonríe contra mis labios.

—Buenos días, preciosa —me responde.

Luego me coge y me hace rodar en la cama, su cuerpo termina encima de mí y me observa sin dejar de sonreír.

—Pareces muy contento esta mañana —digo, contagiada por su buen humor.

—¿Cómo no estarlo? —me dice, acariciando mi mejilla con el pulgar— Soy un hombre libre, Anna. Finalmente libre. Y puedo estar contigo, sin esconderme al fin —dice plantándome otro beso.

Su voz vibra de emoción, y yo no puedo evitar contagiarme de su alegría. Un torrente de felicidad me invade, llenando cada rincón de mi ser. Sin embargo, una pequeña nube de inquietud se asoma en mi mente.

—Creía que no estaba bien visto mantener relaciones fuera del matrimonio —le confieso, con un ápice de preocupación por el qué dirán.

Él se encoge de hombros, pensativo.

—En tu época no te preocupaba eso.

—En mi época el matrimonio está sobrevalorado —replico con convicción—. A nadie le importa lo que hagas con tu vida sexual, dentro o fuera del matrimonio.

—Bueno, siempre he sabido que voy un poco adelantado a mi época —dice con un guiño antes de lanzarse a mi cuello en un torbellino de besos y mordiscos que me hacen reír a carcajadas.

—Entonces, ¿no quieres casarte conmigo? —pregunto con cautela.

—¿Entonces, no quieres casarte conmigo? —indago con cautela, mi corazón latiendo con un ritmo acelerado.

Ewan me mira con una ceja arqueada, fingiendo sorpresa.

—Señorita Thompson —dice con tono burlón—, ¿está usted pidiéndome matrimonio? —Antes de que pueda responder, le lanzo un cojín a la cara, provocando una nueva oleada de risas —. Por supuesto que quiero —añade con una voz llena de ternura—. Pero solo si tú también lo deseas —me mira con intensidad, sus ojos grises brillando con una determinación que me cautiva—. Ahora estamos juntos, Anna —declara con firmeza—. Eso es lo único que importa. Tú eres mía, y yo soy tuyo.

En ese instante, todas mis dudas se desvanecen. Las palabras de Ewan son como un bálsamo para mi alma, confirmando lo que mi corazón ya sabía.

—Te quiero —digo de repente.

Las palabras han salido solas, sin siquiera ser consciente de ellos. Es la primera vez que pronuncio esas palabras en voz alta, y la sensación es indescriptible. La mirada de Ewan se llena de sorpresa, sus ojos grises se iluminan y una sonrisa radiante se dibuja en sus labios.

—Yo también te quiero —responde con voz ronca antes de volver a besarme. Esta vez tardamos mucho más en volver a separarnos.

Y es en ese preciso momento cuando me doy cuenta de que estoy en serios problemas.

He utilizado la tormenta, y luego las celebraciones, como excusas para retrasar mi partida. La vuelta a mi mundo, a mi vida anterior, se ha convertido en una idea cada vez más lejana, más difusa. Pero ahora ya no tengo excusas. La lógica me dice que debo volver, que mi lugar no está aquí. Sin embargo, mi corazón me susurra lo contrario. Me pide que me quede, que me entregue a este amor inesperado que ha irrumpido en mi vida como un huracán.

Es una locura, lo sé. Pero su presencia ha llenado un vacío que ni siquiera sabía que existía, y la idea de volver a una vida sin él me resulta intolerable. No seré capaz de dejar a Ewan.

Apenas he vuelto a ver a su familia, siento como si me estuvieran evitando. Todos, a excepción de Lachlan, por supuesto. Una parte de mí lo agradece, sé lo que piensan de mí, sobre todo después de que Ewan haya roto su compromiso con Iris. Pero por otra parte, si al final decido quedarme... debo llevarme bien con ellos, son la familia de Ewan.

Sin embargo, el momento de la verdad llega cuando el laird MacLeod me manda a llamar. Sé lo que me va a decir, o al menos creo que lo sé. Mi viaje de vuelta a Sussex está listo para emprenderse. No me quiere en el castillo, es obvio, y no va a retrasar más mi partida.

Ha llegado el momento de tomar una decisión, y los últimos días con Ewan me han ayudado a tener mis prioridades claras. El amor que siento por él es innegable, una fuerza que me impulsa a desafiar las normas y las expectativas. Pero también soy consciente de las dificultades que enfrentaría al quedarme. La desaprobación de su familia, la incertidumbre sobre mi futuro, la posibilidad de que todo se derrumbe en el aire...

Me encuentro en una encrucijada, dividida entre el amor y la razón. Mi corazón anhela la felicidad junto a Ewan, pero mi mente me recuerda las complicaciones que esto implicaría. La decisión que tome marcará el curso de mi vida, y no estoy segura de cuál es el camino correcto.

Mientras camino hacia la sala indicada, una pregunta resuena en mi mente: ¿Estoy dispuesta a arriesgarlo todo por un amor que podría ser imposible? La respuesta está en el aire, tan incierta como el futuro mismo.

Cuando llego al estudio, una criada me indica que espere a que Edwin MacLeod regrese. Me siento en una silla, presa del nerviosismo, mientras mis manos se retuercen entre sí. Mi mente se llena de escenarios hipotéticos sobre lo que podría decirme, pero cuando el laird finalmente aparece por la puerta, todo lo planeado se desvanece. No es su presencia lo que me descoloca, sino su rostro. Está pálido, con ojeras profundas y una expresión que refleja una profunda tristeza y desolación.

Me levanto con el corazón en un puño y me acerco a él con genuina preocupación.

—¿Qué ocurre? —me atrevo a preguntar con voz temblorosa.

—Usted puede ayudarla —dice con la voz rota—. Tiene que hacer algo.

Comprendo la situación de inmediato. No soy curandera, ni poseo ningún conocimiento médico, pero no puedo negarme a ayudarlo.

—Lléveme con ella —respondo con determinación—. Veré qué puedo hacer.

Lo sigo a través de un laberinto de pasillos hasta llegar a una habitación en la penumbra. Allí, en una cama con dosel, yace Moira MacLeod, señora del castillo y madre de Ewan, con el rostro pálido y demacrado. Su respiración es agitada y su cuerpo se estremece por convulsiones ocasionales.

Me acerco a ella con cautela, observándola con detenimiento. No hay señales visibles de heridas o enfermedades, lo que me desconcierta aún más. Coloco mi mano sobre su frente, sintiendo la fiebre que la consume. Cierro los ojos y me concentro, tratando de percibir cualquier indicio de la causa de su malestar.

Como fisioterapeuta, me he enfrentado a diversas situaciones difíciles, pero esta me supera con creces. Mis habilidades se sienten inútiles ante la gravedad de su enfermedad.

De repente, como un rayo de esperanza, aparece Ewan junto al doctor del castillo. Su presencia trae consigo un leve alivio, aunque su actitud arrogante y despectiva hacia mí me hace sentir desplazada. Sin siquiera dirigirme una mirada, le ofrece a lady MacLeod una bebida que supuestamente la ayudará a recuperarse.

—He encontrado la medicina que necesita —declara con determinación—. Le dará la fuerza que necesita para superar esta enfermedad.

Sin embargo, algo en el aroma de la bebida me hace dudar. Un ligero dulzor se mezcla con el amargor habitual de las medicinas, creando una combinación inquietante que hace eco en mi intuición. Intento ignorar mis sospechas, pero una punzada de desconfianza se abre paso en mi mente.

—Permítame —solicito al doctor, extendiendo mi mano hacia el vaso—. Quiero asegurarme de que la dosis es la correcta.

El hombre me mira con incredulidad, como si mi solicitud fuera un sacrilegio.

—¡Cómo se atreve! ¡Usted es una mujer, ni siquiera debería estar aquí! —me increpa con furia, sus palabras cortantes como cuchillos afilados.

Ewan se coloca a mi lado, tenso y alerta, como un guerrero preparado para la batalla. Un silencio incómodo se cierne sobre nosotros, cargado de tensión, hasta que el laird interviene.

—Yo le he pedido que venga —proclama, tomando todos por sorpresa—. Ahora dele la maldita medicina —ordena con voz firme.

Con recelo, el doctor me entrega el vaso. Sumerjo un dedo en la pócima y la llevo a mis labios. El sabor amargo me envuelve, pero ese dulzor persistente confirma mis peores temores. Algo está terriblemente mal. Mi corazón se acelera.

—Esta bebida está envenenada —afirmo con convicción.

La sorpresa se refleja en los rostros de los presentes. El doctor me mira con incredulidad, mientras que el laird me observa con una mezcla de confusión y temor.

—¡No solo cuestiona mis métodos, sino que además insulta mis habilidades! —exclama el doctor, su voz llena de ira y desesperación—. ¡Que alguien se lleve a esta mujer de aquí!

Pero nadie se mueve y yo no me doy por vencida. Me vuelvo hacia Edwin MacLeod, buscando respuestas en sus ojos.

—¿Cuánto hace que toma esta medicina? —inquiero, mi voz firme a pesar de mis propias dudas.

—Desde que enfermó, hará unos años —responde Ewan en lugar de su padre.

—¿Y ha mejorado realmente desde entonces? —interrogo, sintiendo el peso de la verdad colgando en el aire como una espada sobre nuestras cabezas.

La realidad me golpea como un puñetazo en el estómago. Moira no está enferma, la están envenenando.

—Mis habilidades pueden no ser tan amplias como las de un doctor, pero conozco la toxicidad de ciertas sustancias. Y esta bebida no le hará ningún bien. Al contrario, creo que es lo que está consumiendo su vida —explico, mi voz resonando con una certeza que se niega a ser ignorada.

Edwin MacLeod me mira en silencio, su expresión una máscara impenetrable. Observa el contenido del vaso que todavía sostengo entre mis manos y luego dirige su mirada al doctor, quien parece estar al borde del colapso.

Este me arrebata el vaso y empieza a gritar, desesperado por desviar la atención de sus

propios crímenes.

—¡Es una bruja! ¡Es ella quien intenta engañarle, Milord! Os he sido fiel durante más de veinte años, no creeréis de verdad lo que dice esta ramera, ¿verdad? —clama, su voz llena de desesperación y miedo.

Ewan reacciona antes de que termine de hablar, avanzando hacia él con una determinación feroz. Se acerca y lo sujeta por el cuello, sus ojos brillando con una intensidad peligrosa.

—Veo que tiene ganas de morir hoy, señor —le advierte en un tono cargado de amenaza, su voz como el rugido de un león en la selva.

Pero su padre interviene, pidiéndole que lo suelte. Ewan obedece a regañadientes, su expresión una mezcla de furia reprimida y lealtad filial.

Entonces, el laird se acerca al doctor, su presencia imponente llenando la habitación con una aura de autoridad indiscutible. Un silencio sepulcral se apodera de la habitación. El doctor palidece, sus manos tiemblan y el vaso se le escapa de las manos, cayendo al suelo y rompiéndose en mil pedazos.

El laird observa al doctor con una intensidad que parece penetrar hasta lo más profundo de su alma. El silencio es opresivo, como si estuviéramos al borde de un abismo del que nadie se atreve a asomarse. Finalmente, el laird habla, su voz grave resonando en la habitación.

—¿Es esto cierto, doctor? ¿Ha estado envenenando a mi esposa? —su tono es calmado, pero la furia apenas contenida se refleja en su mirada, ardiendo con una intensidad que podría incendiar el aire a su alrededor.

El doctor balbucea una excusa incoherente, pero su voz se desvanece ante la firmeza del laird, como una vela que se apaga en la oscuridad. El silencio que sigue es ensordecedor, roto solo por el palpitar acelerado de los corazones presentes, todos esperando la respuesta que determinará el destino del culpable.

—¡Guardias! —exclama Edwin con autoridad, su voz resonando en la sala como un trueno que despierta a los espíritus. Unos hombres fuertes y enfurecidos aparecen por la puerta, sus expresiones endurecidas por la determinación y el deseo de justicia. A juzgar por sus gestos, han escuchado cada palabra pronunciada en esta sala, y están listos para actuar— Llevaos de aquí a esta rata callejera —ordena el laird con calma, pero la amenaza latente en sus palabras es clara como el agua de un arroyo cristalino—. Aseguraos de que siga vivo cuando baje más tarde a intercambiar unas palabras.

El tono tranquilo del laird contrasta con la severidad de sus palabras, enviando un escalofrío que recorre mi espalda como una corriente helada.

—No te preocupes, padre —dice entonces Ewan, pasando por mi lado para colocarse delante de él—. Yo me encargaré de él hasta tu visita —dice con una voz dura como el acero, antes de mirarme brevemente y desaparecer por la puerta.

En ese momento, me doy cuenta de la profundidad de la ira del laird, de la ira de Ewan, y la gravedad de la situación. El destino del doctor está sellado, y no puedo evitar sentir una mezcla de horror y alivio al presenciar el desenlace de este drama oscuro.

Mientras Ewan se retira con el doctor bajo su custodia, el laird se vuelve hacia mí, su semblante aún marcado por la furia. Por un instante, temo lo peor, pero su pregunta cambia el rumbo de mis pensamientos.

—Los efectos del veneno… ¿Pueden revertirse? —me interpela con urgencia.

Mis ojos se posan en la figura débil de su esposa, luchando contra la enfermedad que la consume. A pesar de su frágil estado, puedo percibir una fuerza latente en su semblante, una determinación silenciosa que aún no se ha rendido ante la oscuridad.

—Puedo intentarlo —respondo con determinación, consciente de la responsabilidad que recae sobre mis hombros.

Capítulo 12

Le pido a los sirvientes que me muestren la despensa del doctor, también el huerto y los jardines.

Buscamos ingredientes que puedan servirme mientras hago memoria de todas las opciones a las que puedo acceder en pleno siglo XVIII.

Finalmente, con la ayuda de los sirvientes, preparo una infusión con las propiedades curativas que he reunido. El aroma acre llena la habitación, una mezcla de esperanza y desesperación. Con cuidado, ayudo a la esposa del laird a incorporarse, sus ojos vidriosos me miran con una mezcla de súplica y resignación.

Le administro la infusión lentamente, observando con atención su reacción. Un atisbo de color vuelve a sus mejillas pálidas, un leve suspiro escapa de sus labios. Un rayo de esperanza se enciende en mi interior.

Las horas siguientes son una batalla constante contra el tiempo y la enfermedad. Cuido a la esposa del laird con devoción, observando cada signo de mejora o empeoramiento. Los sirvientes me acompañan en esta vigilia, sus oraciones y palabras de aliento me dan la fuerza para seguir adelante.

Al amanecer, un tenue rubor ha vuelto a las mejillas de la esposa del laird. Su respiración, antes entrecortada y débil, ahora es más regular. Un susurro de agradecimiento escapa de sus labios, sus ojos llenos de lágrimas de gratitud.

Los días siguientes, yo y los sirvientes, seguimos administrándole diferentes remedios, pero lo peor ya ha pasado. La fuerza vuelve a sus músculos, el color a sus mejillas y la alegría a sus ojos. Tengo la convicción de que Moira se recuperará. La noticia vuela en el castillo, y de repente, todos esos rostros que antes apenas se dirigían hacia mí, ahora me saludan con calidez. La familia de Ewan parece haberme aceptado por fin.

Un día, lady MacLeod se despierta con un ánimo renovado. Sus ojos brillan con una determinación que me llena de admiración. Se anima a intentar levantarse de la cama, pero sus músculos y articulaciones, debilitados por la enfermedad, se resienten. Un suspiro de alivio escapa de mis labios. Por fin algo con lo que estoy segura que puedo ayudar.

Mis manos recorren el cuerpo de Moira con delicadeza, buscando los puntos de tensión que la atormentan. La presión de mis dedos libera la tensión muscular, aliviando el dolor y promoviendo la curación.

Moira se relaja bajo mi toque, sus músculos se aflojan y su respiración se vuelve más profunda. Una expresión de paz se refleja en su rostro, un indicio de que el dolor está cediendo y la recuperación está en marcha.

—Oh, Anna —me dice una vez he terminado—. No sabes lo agradecida que estoy por tenerte aquí. Mi hijo ha escogido bien —dice mientras intenta levantarse con mi ayuda.

Mis mejillas se encienden de un rubor repentino. La mirada de Moira, llena de complicidad y comprensión, me hace sentir incómoda y a la vez halagada.

—Oh, no —balbuceo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y alegría—. Ewan y yo no…

Moira me interrumpe con una carcajada.

—Por favor, no me insultes haciéndome creer que no hay nada entre vosotros —dice con un guiño—. Solo hace falta estar en la misma habitación con vosotros unos minutos para darse cuenta.

Su franqueza me deja sin palabras. No sé cómo responder, cómo negar lo que ella ha

percibido con tanta claridad. Me encuentro atrapada entre la vergüenza y la emoción, entre el deseo de confesar mis sentimientos y el miedo a la desaprobación.

Moira me observa con una sonrisa amable, sus ojos llenos de calidez y comprensión. Parece entender mi confusión, mi lucha interna.

—No tienes que decir nada, Anna —me dice con suavidad—. Solo sé que estoy feliz de que estés aquí, de que hayas llegado a nuestras vidas. Eres una bendición para mi familia, pero sobretodo para Ewan.

—En realidad, creo que no he hecho más que entorpecer su vida… —murmuro, avergonzada por el papel que he jugado desde que llegué aquí.

Moira me toma la mano entre las suyas, un gesto que me transmite una calidez maternal.

—No tengas miedo, Anna —repite con firmeza—. El amor es un regalo precioso. No lo dejes escapar.

Sus palabras resuenan en mi interior, desafiando mis dudas y temores. Pero aún queda una pregunta que me atormenta:

—¿Y qué hay de su compromiso con Iris? ¿No está usted enfadada porque lo haya anulado… por mí?

Moira me mira a los ojos con una expresión de comprensión. Una sonrisa se dibuja en sus labios, revelando un secreto que ha guardado durante mucho tiempo.

—Mi marido era la única persona que creía que Ewan aceptaría casarse con Iris —confiesa en voz baja, como si me contara un secreto. Luego niega con la cabeza—. No, yo sabía que no ocurriría. Y cuando llegaste al castillo… lo comprendí de inmediato.

Sus palabras me dejan atónita. ¿Moira siempre supo que Ewan y yo éramos almas gemelas? ¿Aceptó mi llegada al castillo como una señal del destino?

Moira me sonríe con cariño, sus ojos llenos de sabiduría y esperanza.

—Ahora, descansa un poco. Has trabajado duro estas semanas.

Desde la recuperación de lady MacLeod, mi vida ha dado un vuelco de 180 grados. Todo parece ir bien. Ya me he acostumbrado a la vida aquí y, por primera vez en mucho tiempo, creo que encajo por fin. He encontrado un hogar, una familia y un amor que nunca pensé que pudiera tener.

Esa noche, Ewan visita mis aposentos. La luz tenue de las velas ilumina su rostro cansado, marcado por las tensiones de los últimos días. Apenas nos hemos visto a causa de todos los recientes acontecimientos: la enfermedad de Moira, el intento de asesinato, la captura del culpable...

Yo me quedaba hasta tarde cuidando de su madre, brindándole el apoyo y la atención que necesitaba en su convalecencia. Ewan, por su parte, se encargaba del hombre que había intentado matarla, interrogándolo sin descanso para descubrir sus motivos.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos, disfrutando de la compañía del otro tras una jornada tan agitada. La habitación está en penumbra, solo iluminada por la tenue luz de las velas que bailan sobre la mesa.

Finalmente, tomo aire y rompo el silencio con una pregunta que me atormenta desde hace días:

—¿Por qué lo haría? ¿Qué habría ganado con la muerte de tu madre? —le pregunto a Ewan, mientras le ayudo a deshacerse de la ropa más pesada.

Él se encoge de hombros.

—No lo sabemos —responde con voz ronca—. El maldito es terco. No parece tener intención de hablar y a este paso no sobrevivirá más de una semana más.

Sus palabras me estremecen. La idea de que el culpable muera sin revelar sus motivos me llena de una profunda frustración. No solo queremos justicia por lo que ha hecho, sino también comprender qué lo impulsó a cometer un acto tan terrible.

Finalmente, Ewan se levanta y se acerca a mí. Me toma la mano entre las suyas y me mira a los ojos con una intensidad que me conmueve.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, Anna —dice con voz ronca—. No sé qué haría sin ti.

Le sonrío, intentando transmitirle la fuerza y el apoyo que necesita en estos momentos tan difíciles.

—Ha sido un placer poder ayudar —le respondo.

Ewan se inclina y me besa con ternura.

—Ahora descansa un poco, mo chridhe —dice Ewan con voz ronca—. Mañana será un nuevo día.

Me acomodo bajo las sábanas y él se acurruca a mi lado, envolviéndome en sus brazos. La calidez de su cuerpo me reconforta y me hace sentir segura.

Cierro los ojos, sintiendo el ritmo constante de su corazón junto al mío. La habitación está en penumbra, solo iluminada por la tenue luz de la luna que se cuela por la ventana. El silencio es roto solo por el suave crujir de la chimenea en la habitación contigua. Finalmente me duermo.

Cuando despierto, sigo pensando en el doctor, en los motivos ocultos tras sus imperdonables actos. Moira MacLeod es una mujer amable y benevolente, no puedo imaginar que tenga ningún enemigo. Pero tiene que haber alguna razón detrás de su intento de asesinato.

Mientras Ewan y sus hermanos siguen interrogando al culpable, yo decido invertir mi tiempo libre en la biblioteca. Desgraciadamente no encuentro nada que me ayude a esclarecer el misterio.

Al regresar a mi habitación, me encuentro con Iris en el pasillo. Su presencia me sobresalta. No la había visto desde el baile, y la recuerdo con rencor por su crueldad. Me preparo para lo peor, temiendo que vuelva a intentar atacarme.

Sin embargo, para mi sorpresa, Iris me ignora por completo. Pasa por mi lado con la mirada al frente, como si no me hubiera visto. Su actitud me desconcierta y me deja con una sensación de inquietud.

Entro en mi habitación y me dejo caer sobre la cama, agotada por la tensión y la incertidumbre. Poco después, Ewan entra en la habitación. Su rostro refleja la frustración y la ira por la falta de resultados en la investigación. Pero cuando sus ojos encuentran los míos, veo un destello de vulnerabilidad oculta bajo su fachada de dureza. Es como si estuviera luchando contra sus propios demonios internos.

Esa noche, busca consuelo en mí. Su abrazo es intenso, casi desesperado, y me posee con una fuerza bruta que me hace estremecer. Me dejo llevar por la pasión, sintiendo cómo el placer recorre mi cuerpo en oleadas incontrolables. Por un momento, todo lo demás deja de existir. Así es como me hace sentir cada vez que estamos juntos.

Me encuentro montándolo con una pasión desbordante, cada movimiento una expresión de deseo y anhelo. Pero justo cuando el éxtasis está al alcance de nuestras manos, Ewan se incorpora, su rostro serio mientras sujeta mis caderas con ternura. Sus palabras, cargadas de significado, rompen el hechizo del momento.

—Deberíamos casarnos —dice de pronto sin dejar de instarme a moverme sobre él.

Su propuesta es inesperada, pero no puedo evitar sentir un cosquilleo de emoción y nerviosismo recorrer mi espalda mientras lo escucho.

—¿Cómo dices? —exclamo entre suspiros, sorprendida por su repentina petición.

Ewan gruñe y sujeta mis caderas con más fuerza, como si quisiera anclarme a él en este momento de incertidumbre y deseo.

—No te forzaré a hacerlo, pero creo que sería conveniente —susurra, apretando mis caderas contra las suyas con una intensidad que me hace temblar de placer. Me muerdo el labio ante la sensación exquisita de su contacto, dejando que el calor de su piel se filtre en la mía. Cierro los ojos por un momento, dejándome llevar por la oleada de sensaciones que nos envuelve—. Piénsalo, Anna. Imagina todo lo que podríamos tener juntos. Podría cogerte de la mano en público, besarte… Oh, Anna —gime cuando acelero mis movimientos.

Me siento al borde del clímax, con el control en mis manos. Ewan se aferra a mí con fuerza mientras lo cabalgo, y en un instante de éxtasis, el mundo entero se desvanece mientras el placer me consume. Cierro los ojos, dejándome llevar por la cascada de sensaciones que nos envuelve. Instantes después, Ewan se derrama en mí, uniéndonos en un momento de puro éxtasis compartido.

Momentos más tarde, yacemos en la cama abrazados y desnudos, nuestras respiraciones entrelazadas en el aire cargado de emoción..

—¿A qué viene tanta prisa? —le digo con los ojos cerrados, todavía adormecida por el reciente orgasmo.

Ewan se incorpora un poco para mirarme. Sus manos recorren mi piel desnuda en una caricia que me eriza la piel y me hace reír. Lentamente, se detiene en mi vientre, donde me acaricia en círculos alrededor del ombligo, sus dedos trazando líneas invisibles sobre mi piel.

—Oh, mo chridhe —susurra, su voz un susurro suave en la oscuridad—. ¿Cuánto hace que no sangras? —me pregunta de repente, su tono cargado de preocupación y curiosidad.

Abro los ojos lentamente, mi ceño fruncido por la confusión. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Sangrar? —repito, aún somnolienta y confundida por su repentina curiosidad.

—Sí, ya sabes. Las mujeres sangráis una vez al mes. Pero tú… —su voz vacila por un momento, como si no estuviera seguro de cómo continuar. Me incorporo poco a poco, mi mente cada vez más despierta, mientras lo miro con los ojos abiertos como platos—. Anna, creo que estás embarazada —finalmente dice, como si creyera que yo sola no pudiera llegar a esa conclusión.

Y en ese momento, todo cobra sentido.

Las palabras resuenan en la habitación, rompiendo el silencio de la noche como un trueno. Un escalofrío recorre mi cuerpo, erizando la piel de mis brazos. ¿Embarazada? La idea se instala en mi mente como una intrusa no invitada, revolviendo mis pensamientos y emociones.

Me incorporo lentamente, apoyándome en los codos, mientras mi mente se despierta de golpe. Mi mirada se clava en Ewan, sus ojos grises llenos de una mezcla de incertidumbre y esperanza.

Hago las cuentas. Últimamente he estado tan ocupada, tan estresada, que he perdido la noción del tiempo. Pero ahora que lo pienso… Un mes y medio. Oh, vaya. Tengo un retraso de un mes y medio.

Sinceramente, nunca creí que esto fuera posible. Lo había intentado con James, antes de prometernos, y nunca había ocurrido. Y con Ewan no creí que fuera distinto. Al fin y al cabo, hemos estado acostándonos sin ningún tipo de protección durante meses. No creí posible que… Pero ahora…

Un torrente de emociones me invade. Lágrimas de alegría brotan de mis ojos, mezclándose con la sorpresa y la incredulidad. Un bebé. Un fruto de nuestro amor, de nuestras noches de pasión y complicidad. La idea me llena de una ternura inesperada, un calor que se expande por

mi cuerpo como un sol naciente.

Extiendo mi mano hacia Ewan, buscando su rostro en la oscuridad. Lo encuentro, sus ojos me miran con una intensidad que me hace estremecer. Su sonrisa se abre, iluminando su rostro como un faro en la tormenta. Se acerca a mí, me toma las manos entre las suyas y me besa con una ternura que me hace perder el aliento.

No necesitamos palabras. La felicidad nos consume en este instante, llenando cada rincón de la habitación con su calidez. En este preciso momento, he tomado una decisión irrevocable. Me quedo con Ewan.

Capítulo 13

El sol de la mañana se filtra por las ventanas del castillo, dibujando franjas doradas en el suelo de piedra. Ewan me mira con una mezcla de determinación y nerviosismo mientras se abrocha la camisa.

—Todo irá bien —dice, tratando de tranquilizarme.

Yo no estoy tan segura. Un torbellino de emociones me invade: ansiedad, miedo, un toque de esperanza. Desde que lady McLeod se recuperó, el laird parece tenerme más aprecio, pero eso no significa que vaya a dar su bendición a nuestro compromiso. Soy una forastera, una desconocida para él y su familia. No tengo linaje escocés, y soy la razón por la que Ewan rompió su compromiso con Iris.

¿Qué pasará si decide negar su bendición? ¿Me expulsará del castillo? La idea me hiela la sangre. He encontrado un hogar en este lugar, he construido una vida con Ewan, y no puedo imaginar perderlo todo.

—Si mi padre se niega a darnos su bendición, nos fugaremos —me dice Ewan, acercándose a mí y tomando mi mano entre las suyas—. Me encantaría que aceptara nuestro matrimonio, nuestra familia. Pero sus palabras no van a decidir nuestro destino. Eres mía y yo soy tuyo, recuerda eso —dice antes de besarme con una ternura que me hace olvidar mis miedos por un momento.

Asiento con la cabeza, tratando de calmar mis nervios. El maldito corsé que llevo puesto me aprieta demasiado, apenas puedo respirar. Debería haberme acostumbrado ya a estas prendas, pero creo que eso nunca ocurrirá.

Llegamos al estudio del Laird y la puerta se abre con un chirrido. Ewan toma aire profundamente y me conduce hacia el interior. Edwin MacLeod nos recibe con una mirada severa, sus ojos grises penetrando en mi alma. Un silencio incómodo se instala en la habitación, roto solo por el crujir de la leña en la chimenea.

—Ewan, señorita Thompson —nos saluda con una voz grave y cortante—. ¿A qué debo vuestra visita?

Me remuevo incómoda y Ewan da un paso al frente. Se arrodilla ante su padre, una muestra de respeto y humildad que me conmueve hasta lo más profundo.

—Padre, he venido aquí para pedir tu bendición —dice con voz firme—. Quiero casarme con Anna.

El laird escucha en silencio, su rostro impasible. No puedo leer sus emociones, no sé qué está pensando. La tensión en la habitación se corta con un cuchillo.

Cuando Ewan termina de hablar, se toma un largo momento antes de responder. Se levanta de su asiento y camina hacia la ventana, observando el paisaje nevado que se extiende ante él.

—Ewan, siempre he deseado lo mejor para ti —dice finalmente, su voz cargada de una mezcla de nostalgia y resignación—. Y siempre he creído que Iris era la mujer adecuada para ti.

Mi corazón se hunde como una piedra en el fondo del mar. La imagen de Iris, hermosa y elegante, se presenta ante mí. Por supuesto. Ella era la mujer perfecta para el laird, la esposa que él había elegido para su hijo. ¿Cómo podría competir con ella?

Ewan se levanta de un salto, sus ojos llenos de furia.

—¡Pero, padre…! —empieza a replicar, pero Edwin MacLeod lo hace callar con un gesto.

—Sin embargo, tu madre ha insistido mucho en que deje de intentar casarte con alguien que

no deseas —dice con los dientes apretados, como si decir aquello le estuviera costando un mundo—. Anna, te debo la vida de mi esposa. Te juzgamos mal, y quiero disculparme por ello.

Se hace un silencio extraño y mi nerviosismo no hace más que aumentar. No estoy segura de si ese cumplido es una buena señal. Puedo caerle bien, pero no por eso nos dará su bendición. Ewan es el hijo del laird, se supone que tiene obligaciones, ¿no? Incluso si no es el hijo legítimo.

El corsé me aprieta el pecho, impidiéndome respirar con normalidad. La necesidad de aire se vuelve cada vez más acuciante, como si mis pulmones se ahogaran en un mar de incertidumbre. Inconscientemente, llevo mi mano hacia mi vientre, donde reside la pequeña vida que crece dentro de mí.

Edwin parece captar mi gesto. Sus ojos se posan en mi vientre con una intensidad que me hace ruborizar. Aparto la mano rápidamente, tragando saliva con dificultad. No quería que supiera mi secreto, no ahora. El miedo a su rechazo se apodera de mí.

—Estás embarazada —pronuncia con una voz ronca que parece surgir de las profundidades de su ser. Se aleja de la ventana con pasos lentos y deliberados, dirigiéndose hacia mí como si me atrajera hacia un destino incierto.

A mi lado, Ewan se tensa como un arco a punto de romperse, sus ojos fijos en la figura imponente del laird. Sin embargo, no hace ningún movimiento, como si estuviera esperando una orden, una señal de qué hacer en este momento crucial. Edwin, por su parte, me observa con una expresión que no puedo descifrar. ¿Es posible que en sus ojos brille un destello de... felicidad?

—Tenéis mi bendición —declara con una voz que ha perdido toda la dureza y el frío que la caracterizaban hasta ahora.

En ese instante, el mundo se detiene a mi alrededor. Las palabras del laird resuenan en mi mente como un eco infinito, impregnando cada célula de mi cuerpo.

Ewan se abalanza sobre mí como un náufrago que encuentra tierra firme después de una tormenta interminable. Me envuelve en un abrazo protector, susurrando palabras de amor y alivio en mi oído. Yo me aferro a él con todas mis fuerzas, sintiendo cómo la tensión que me aprisionaba el pecho se disuelve en un torrente de emociones.

El laird se acerca a nosotros, y por primera vez veo sus ojos llenos de calidez y ternura. Me estrecha entre sus brazos, un gesto que me sorprende y me conmueve a partes iguales.

—Bienvenida a la familia, Anna —me dice con una voz que rebosa de sinceridad—. A mi mujer le hará muy feliz esta noticia.

En ese preciso momento, mi vida cambia para siempre. La bendición inesperada del laird ha sellado nuestro destino, uniéndonos a Ewan y a mí de una manera que jamás hubiera imaginado. Un nuevo capítulo se abre ante nosotros, un capítulo lleno de esperanza, amor y la promesa de un futuro juntos.

La noticia de nuestra boda se propaga como un incendio por las tierras de los MacLeod. La alegría se palpa en el aire, contagiando a cada uno de los habitantes del castillo. Todos, desde los más pequeños hasta los más ancianos, se afanan en preparar la celebración con un entusiasmo contagioso. Para ellos, una boda representa un motivo de alegría, un momento para unir a la familia y celebrar el amor.

El castillo se transforma en un escenario mágico. Flores de colores vivos adornan cada rincón, entrelazándose con las antiguas piedras y creando un ambiente de ensueño. El estandarte del clan MacLeod ondea con orgullo en lo alto, como un símbolo de la unión que está a punto de producirse.

Tres semanas pasan en un abrir y cerrar de ojos. Cada día que nos acerca al gran día está lleno de preparativos y nerviosismo. Las costureras trabajan sin descanso para confeccionar mi vestido

de novia, una creación de seda blanca que resalta mi figura con elegancia. Por suerte, mi incipiente barriga aún no es visible, permitiéndome disfrutar del vestido en todo su esplendor.

El día de la boda llega por fin, y el sol, como si quisiera celebrar nuestro amor, brilla con una intensidad inusitada, bañando el paisaje de una luz cálida y dorada. Los invitados, ataviados con sus mejores galas, se reúnen en el patio del castillo, expectantes, ansiosos por presenciar la unión de nuestros corazones.

La ceremonia se celebra en la capilla del castillo, un espacio íntimo y lleno de historia. El aire se impregna de un aroma a incienso y flores silvestres, creando una atmósfera solemne y romántica que me eriza la piel. Ewan, con su traje tradicional y su mirada llena de amor, me espera en el altar, radiante como un ángel. Está guapísimo, y mi corazón se derrite al verlo.

El sonido de las gaitas resuena en el aire, anunciando mi llegada. Lachlan, mi hermano, camina a mi lado, ofreciéndome su brazo de apoyo mientras me acompaña hacia el altar.

Allí, mis ojos se encuentran con los de Ewan. Está radiante con su traje tradicional, su mirada llena de amor y anhelo. Su sonrisa me derrite el corazón, y en ese instante sé que he encontrado al hombre con el que quiero compartir el resto de mi vida.

—Yo, Ewan Iain MacLeod —dice él—, te tomo a ti, Anna Elizabeth Thompson, como esposa. Prometo amarte y respetarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe.

—Yo, Anna Elizabeth Thompson —repito en mi turno, mi voz temblorosa por la emoción—, te tomo a ti, Ewan Iain MacLeod, como esposo. Prometo amarte y respetarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe.

Nos unimos en matrimonio bajo la atenta mirada de familiares y amigos. Las palabras del sacerdote resuenan en la capilla, sellando nuestro amor con una bendición sagrada. En ese instante, somos uno solo, dos almas entrelazadas por un destino que nos ha unido para siempre.

La celebración se extiende a lo largo del día, llena de música, risas y bailes. Compartimos mesa con nuestros invitados, disfrutando de un banquete digno de reyes. Las historias y anécdotas se entrelazan, creando una atmósfera de alegría y camaradería que llena nuestros corazones de felicidad.

Al caer la noche, exhaustos pero felices, nos retiramos a nuestras aposentos. El castillo, una vez sumido en el silencio, solo se ve interrumpido por el suave sonido de nuestros pasos que resuenan en el pasillo. Ewan me toma en sus brazos, apretándome con fuerza contra su pecho. Su calor me envuelve como una manta protectora, ahuyentando cualquier atisbo de cansancio. Susurra palabras de amor al oído, palabras que me llenan de una dulce embriaguez y me hacen sentir la mujer más amada del mundo.

Al cruzar el umbral de la habitación, un aroma a rosas y lavanda impregna el aire, creando una atmósfera sensual y romántica. La luz tenue de las velas ilumina la estancia, bañando todo en un halo de intimidad. Ewan me deja sobre la cama con delicadeza, y sus ojos, llenos de deseo, recorren cada centímetro de mi cuerpo.

—Eres deslumbrante —susurra con voz ronca, sus labios trazando senderos de calor en mi piel.

Mis mejillas se sonrojan ante su mirada ardiente. Su toque es suave como la seda, pero a la vez despierta en mí una tormenta de sensaciones. Sus dedos recorren mi piel, dibujando caricias que me hacen temblar.

—Tú también estás muy guapo hoy —respondo con un hilo de voz, sintiendo cómo el deseo se apodera de mí.

Nos despojamos de nuestras ropas con la delicadeza de quienes saben que este momento

merece ser atesorado en la memoria. Cada prenda cae al suelo como un eco de la pasión que nos consume, y pronto nos encontramos envueltos el uno en el otro, desnudos ante el universo.

—Te deseo tanto, Anna —murmura junto a mi oído, mientras sus manos trazan caminos de fuego sobre mi piel.

Un gemido escapa de mis labios, mi cuerpo se estremece al contacto de sus caricias, y en ese instante sé que no hay lugar en el mundo donde desee estar más que aquí, junto a él.

Esta noche, en la intimidad de nuestro lecho nupcial, consumamos nuestro amor con una pasión desenfrenada. No hay espacio para la contención ni para las dudas; nos entregamos el uno al otro con una entrega total, dejando que el deseo nos guíe en esta danza de amor y lujuria.

Los gemidos se entrelazan con las risas cómplices y las palabras de amor que brotan de nuestros labios, creando una sinfonía de placer que llena la habitación. Nos dejamos llevar por la intensidad del momento, asegurándonos de que todo el castillo nos oiga.

—No puedo creer que seas mía —dice entre jadeos Ewan, mientras me posee con una lentitud exquisita.

Me arqueo contra él, buscando sentirlo más, mis palabras apenas son susurros entre gemidos.

—Soy tuya, siempre lo he sido —respondo, luchando por controlar mi respiración—. Ah… Más fuerte, Ewan —le ruego entre susurros entrecortados.

—Como desees, mo chridhe—responde él, entregándose con total pasión a mi deseo.

El ritmo de nuestros cuerpos se sincroniza, creando una danza sensual que nos transporta a un mundo de sensaciones sin límites. Las manos de Ewan recorren mi cuerpo con pasión, explorando cada curva, cada valle, cada secreto de mi piel. Su lengua traviesa despierta mis sentidos, dibujando un mapa de placer en mi cuerpo que me hace perder la respiración.

Nos entregamos a la pasión una y otra vez, sin cansancio, sintiéndonos más unidos que nunca. Hasta que, finalmente, el amanecer tiñe el cielo de tonos dorados.

Las manos de Ewan, suaves como la seda, recorren mi piel con una ternura infinita. Sus dedos, expertos y delicados, dibujan caricias que me hacen estremecer. Se deslizan por mi vientre, acariciando la pequeña curva que simboliza el amor que nos une, el nuevo ser que crece en mi interior.

—Te amo —me susurra al oído, su voz ronca y llena de deseo resonando en la habitación como una melodía celestial. Sus labios rozan mi lóbulo de la oreja, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Y yo a ti —respondo con un gemido mientras me penetra con fuerza.

Las horas pasan sin que nos demos cuenta, envueltos en nuestra propia burbuja de pasión. Solo existimos nosotros dos, unidos por un deseo que no conoce saciedad.

Nos detenemos cuando el sol cruza el cielo, iluminando la habitación con una luz dorada que se cuela por las rendijas de las ventanas.

Nadie se ha atrevido a interrumpirnos. No ha habido ni un solo golpe en la puerta, ni un solo sonido que nos sacara de nuestro trance amoroso. El castillo parece haber conspirado para que podamos disfrutar de nuestra intimidad sin interrupciones.

En el silencio de la habitación, solo se escucha el suave sonido de la respiración de Ewan, mi marido, que duerme profundamente a mi lado. Su cuerpo, exhausto por la pasión que nos ha consumido durante horas, se relaja y se entrega al sueño.

Lo observo con ternura, admirando cada detalle de su rostro. Sus labios, entreabiertos por la respiración, esbozan una leve sonrisa que refleja la felicidad que ha vivido en esta noche de bodas. Sus pestañas, largas y oscuras, enmarcan unos ojos que, cuando están abiertos, brillan con una intensidad que me cautiva.

Siento una oleada de satisfacción recorrer mi cuerpo. He encontrado al amor de mi vida, al hombre con el que quiero compartir mi futuro, al padre con el que quiero criar a mis hijos. Ewan es mi alma gemela, la otra mitad de mi corazón.

Sonrío, llena de una felicidad que me invade por completo. En mis brazos duerme el hombre que amo, el hombre con el que construiré una vida llena de amor, pasión y complicidad. El futuro se presenta ante mí como un lienzo en blanco, listo para ser pintado con los colores vibrantes de nuestra historia.

Capítulo 14

Las semanas pasan como un suspiro, llenas de una felicidad que parece no tener fin. Si antes era difícil mantener las manos apartadas el uno del otro, ahora resulta imposible. No sé si son las hormonas del embarazo o la felicidad desbordante de la boda, pero lo único que deseo es sentir a Ewan dentro de mí. No importa el lugar o el momento del día, en cuanto nuestras miradas se encuentran, sé que he perdido la batalla.

Su cuerpo contra el mío se convierte en mi refugio, en mi hogar. En cada caricia, en cada beso, encuentro una confirmación de nuestro amor, una promesa de un futuro juntos. La pasión que nos une no se apaga, sino que se transforma, se intensifica, se vuelve más profunda y visceral.

Por otro lado, siento que me estoy acostumbrando muy bien a esta nueva vida. Ahora que he asumido que me voy a quedar, mi mente parece haber aceptado la idea sin problema. Es como si la decisión hubiera estado siempre tomada, como si no hubiera otro camino que este, permanecer junto a Ewan.

Hay días en que añoro mi época, las comodidades de un buen sistema de calefacción, de los coches, de los teléfonos móviles... Añoro a mis padres también, a veces pienso en ellos y en lo preocupados que debieron quedarse al recibir mi carta. Pero algo me dice que esto es lo correcto, Ewan es mi destino. Él y la pequeña criatura que crece en mi interior.

Mi barriga es cada vez más abultada. A partir del tercer mes, ya es bastante obvio mi embarazo. Los vestidos que me quedaban holgados ahora me aprietan, y tengo que empezar a buscar ropa más holgada. Las náuseas y los mareos han desaparecido, pero en su lugar han llegado otros inconvenientes, como el dolor de espalda y la dificultad para dormir.

Sin embargo, no cambiaría nada por esta nueva vida que estoy construyendo junto a Ewan. Cada día que pasa estoy más segura de que he tomado la decisión correcta. He encontrado el amor verdadero, un amor que me llena de felicidad y me hace sentir completa.

Ewan también está encantado con su inminente paternidad. Me cuida con mimo, se preocupa por mi alimentación y me ayuda con todo lo que necesite. A menudo coloca su mano sobre mi vientre y sonríe, sintiendo las pataditas de nuestro bebé.

Un día, el laird MacLeod nos convoca a su despacho. Su rostro, generalmente serio y solemne, se ilumina con una sonrisa al vernos entrar. Nos anuncia que ha preparado un nuevo hogar para nosotros, una pequeña mansión ubicada cerca del castillo.

La noticia nos llena de alegría. La idea de tener nuestro propio espacio, un lugar íntimo y acogedor donde criar a nuestra criatura y construir nuestra familia, nos parece un sueño hecho realidad.

La mansión es encantadora. Rodeada de un frondoso jardín, sus muros de piedra albergan un interior cálido y confortable. Las habitaciones son amplias y luminosas, decoradas con un gusto sencillo y elegante. En el jardín, un pequeño huerto nos ofrece la posibilidad de cultivar nuestras propias verduras y frutas.

Nos mudamos a nuestro nuevo hogar con el corazón rebosante de felicidad. Cada rincón de la mansión parece susurrar promesas de un futuro lleno de amor y alegría. Ewan y yo nos dedicamos con entusiasmo a decorarla, impregnando cada espacio con nuestra personalidad y nuestros sueños.

Los días transcurren apacibles y llenos de felicidad. Disfrutamos de la tranquilidad del campo,

paseamos por el bosque, leemos juntos en la biblioteca y nos acurrucamos junto a la chimenea en las noches frías. Ewan se ha convertido en un padre excepcional, lleno de ternura y paciencia con nuestro bebé.

Mi vientre crece día a día, y la emoción de convertirme en madre me invade por completo. Siento que mi cuerpo se prepara para un milagro, para la llegada de una nueva vida que llenará nuestro hogar de aún más amor y alegría.

Sin embargo, el destino no parece estar dispuesto a ponérnoslo tan fácil. Una noche, en la apacible quietud de nuestro hogar, un grito ahogado me despierta de golpe, resonando en la casa como un eco siniestro. Mi corazón se desboca en mi pecho, como un tambor desbocado, impulsándome a levantarme de la cama sin pensarlo dos veces. La habitación está envuelta en una oscuridad impenetrable, solo rota por la tenue luz de la luna que se filtra a través de la ventana.

Camino con cautela hacia el otro lado de la habitación, mis pies descalzos rozando el frío suelo de piedra. Cada paso se siente como una eternidad, mis sentidos se agudizan ante la presencia de un peligro inminente. Y entonces, la escena que se despliega ante mis ojos me hiela la sangre.

Ewan yace en el suelo, rodeado de hombres siniestros que no reconozco. Sus rostros, ocultos en la penumbra, solo muestran destellos de una crueldad que me hiela la sangre. Un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando veo a uno de ellos alzar su puño amenazante, y mi mundo se congela. Un golpe seco, un gemido ahogado, y Ewan se queda inmóvil en el suelo.

La atención de los hombres se dirige ahora hacia mí. Sus rostros son inexpresivos, máscaras de crueldad que me llenan de terror. Sus ojos, fríos y calculadores, me recorren de arriba abajo como si fuera un objeto sin valor. Me agarran por los brazos con una fuerza brutal, sin darme tiempo a reaccionar. Grito, suplico, pero mis palabras se pierden en el vacío de la noche, ahogadas por la brutalidad de la situación. Uno de ellos me golpea en la cara, y el mundo se vuelve borroso a mi alrededor.

Caigo al suelo, aturdida y confundida. Todo da vueltas a mi alrededor. Soy apenas consciente de lo que sucede, como si estuviera flotando en una pesadilla sin fin. Me arrastran a empujones fuera del castillo, el frío aire escocés azotando mi rostro sin piedad. Me encojo de miedo, buscando con desesperación la figura de Ewan entre la multitud, pero solo veo oscuridad. La imagen de su rostro ensangrentado me persigue, clavándose en mi mente como una daga afilada.

Me llevan hasta un carruaje que espera en las sombras, como una boca negra dispuesta a devorarme. Me suben sin contemplaciones, arrojándome al suelo como si fuera un animal. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando la puerta se cierra de golpe con un estruendo ensordecedor, y el carruaje se pone en marcha. Un sollozo se escapa de mis labios, sin poder contener el dolor que me desgarra el alma.

Lloro en silencio, sin saber adónde me llevan, sin saber qué terrible destino me espera. Solo puedo pensar en Ewan. La imagen de su rostro ensangrentado me persigue, clavándose en mi mente como una daga afilada.

El carruaje avanza a toda velocidad por un camino desconocido. La oscuridad de la noche es impenetrable, solo rota por la tenue luz de la luna que se filtra a través de las pequeñas ventanas. El silencio solo se rompe por el traqueteo de las ruedas y el sonido ocasional de algún búho ululando en la distancia.

Pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto tiempo pasa hasta que de repente, el carruaje se detiene con un brusco chirrido. Las puertas se abren de golpe, y dos hombres fornidos, con rostros ocultos en la penumbra, me agarran por los brazos con una fuerza desmedida. Me sacan

del vehículo sin contemplaciones, arrastrándome por un sendero estrecho y tortuoso.

El bosque me rodea como una boca negra, sus árboles altos y frondosos bloqueando la escasa luz de la luna. El aire está frío y húmedo, cargado de un olor a tierra mojada y madera podrida. Mis pies descalzos tropiezan con las raíces que sobresalen de la tierra, y mis manos se rasgan con las ramas que me rodean.

Finalmente, llegamos a una pequeña cabaña de madera, casi escondida entre la espesura del bosque. La puerta está entreabierta, y una luz tenue se escapa del interior. Los hombres me empujan dentro, sin decir una palabra, y cierran la puerta tras de sí.

Me encuentro en una habitación pequeña y austera, amueblada solo con una cama de madera desgastada, una mesa tambaleante y una silla coja. Una única ventana, cubierta por una gruesa cortina de tela raída, deja entrar un rayo de luz que apenas ilumina la estancia. El aire está cargado de un olor a humedad y polvo que me hace toser.

Me dejo caer al suelo, exhausta y aterrorizada. Mis piernas temblorosas no me sostienen y mi cuerpo se rinde al agotamiento. Las lágrimas brotan de mis ojos sin control, empapando mi rostro. La desesperación me invade, asfixiándome como una garra invisible.

No sé qué me espera en este lugar, ni qué planes tienen para mí. Solo sé que estoy viva de milagro, y que tengo que encontrar la forma de escapar. Mis manos se detienen sobre mi vientre abultado, sintiendo como mi hijo se remueve agitado. Debo hacerlo por él.

Los días se convierten en semanas, y las semanas en una eternidad. Mi cautiverio en esta cabaña solitaria se prolonga sin esperanza, sin posibilidad de escape. Los hombres que me mantienen prisionera apenas me dirigen la palabra. Sus rostros, ocultos en la penumbra, son máscaras de impasibilidad que me llenan de terror. No responden a mis preguntas, ni a mis súplicas. Solo entran en la habitación dos veces al día: una vez para traerme una escasa porción de comida fría y rancia, y otra para vaciar el cubo donde me he visto obligada a deshacerme de mis necesidades fisiológicas.

La falta de aire fresco, de luz solar, la desnutrición y la deshidratación me han debilitado hasta el extremo. Mi cuerpo, antes fuerte y vigoroso, se ha vuelto una sombra de sí mismo. Mis músculos, antes esculpidos por la vida activa, se han marchitado, dejando solo huesos frágiles y piel pálida. Mis ojos, antes brillantes y llenos de vida, ahora se ven opacos y hundidos, reflejando la desesperación que me consume.

La criatura que crece dentro de mí, mi único consuelo en este encierro, también se ve afectada por mi condición. Sus movimientos, antes enérgicos y constantes, se han vuelto cada vez más débiles, esporádicos. Siento como si la vida se estuviera extinguiendo dentro de mí, como si mi bebé estuviera pagando el precio de mi cautiverio.

La culpa me corroe por dentro. Siento que estoy fallando a mi hijo, que no puedo protegerlo del peligro que lo acecha. Cada noche, me acurruco en la cama de madera desgastada, abrazando mi vientre con las pocas fuerzas que me quedan, y le susurro palabras de amor y esperanza. Pero en el fondo de mi corazón, sé que la esperanza se está desvaneciendo, como una llama que se apaga lentamente en la oscuridad.

La culpa me corroe por dentro. Siento que estoy fallando a mi hijo, que no puedo protegerlo del peligro que lo acecha. Cada noche, me acurruco en la cama de madera desgastada, abrazando mi vientre con las pocas fuerzas que me quedan, y le susurro palabras de amor y esperanza. Pero en el fondo de mi corazón, sé que la esperanza se está desvaneciendo, como una llama que se apaga lentamente en la oscuridad.

Un día, un sonido nuevo rompe la monotonía de mi cautiverio. Un caballo se acerca a la cabaña, sus cascos resuenan sobre la tierra húmeda como un latido irregular. Una tenue

esperanza se enciende en mi interior, pero la parte racional de mi mente me advierte. Quien haya llegado a este lugar, podría no ser amistoso. No puedo deshechar esa idea y confiarme, no cuando la vida de mi hijo está en juego.

Escucho a los hombres hablar en gaélico, sus voces se mezclan con risas que me hielan la sangre. Lo cual es mala señal, no se reirían con alguien que viniera a rescatarme. Mi corazón se acelera, latiendo con fuerza en mi pecho como un pájaro enjaulado.

Los pasos en la cabaña se acercan a la habitación en la que me encuentro, cada sonido me hace temblar. La puerta se abre de golpe y mis lágrimas caen como un riachuelo por mis mejillas pálidas.

—¡Lachlan! —digo levantándome a duras penas, mi cuerpo debilitado por la desnutrición y la desesperación.

Él hace el ademán de acercarse para ayudarme, pero se detiene antes de tocarme. Sus ojos, antes llenos de calidez fraternal, ahora me miran con una frialdad que me hiela la sangre. Les lanza una mirada rápida a sus acompañantes y vuelve a hablarles en gaélico, sus palabras son un susurro que me llena de un mal presentimiento. Momentos después se marchan, dejando un silencio sepulcral en la habitación.

—Oh, Lachlan —sollozo, mi voz apenas un susurro ahogado por las lágrimas—. Creía que moriría aquí. ¿Has visto a Ewan? Por favor, dime que está bien.

Pero hay algo extraño en el hermano de Ewan. Su rostro, antes abierto y sonriente, ahora está tenso y sus ojos me miran con una mezcla de desdén y rencor. Apenas me toca, su mano se retira de mi brazo como si quemara.

—¿Lachlan...? —repito, mi voz temblorosa y llena de incertidumbre.

—Por favor, mujer, deja de gastarme el nombre —exclama en voz alta, su tono de voz áspero y lleno de ira—. ¿De verdad creías que te saldrías con la tuya? ¿Que conseguirías arrebatarnos a Ewan? Iris era quien debía casarse con él, no tú.

Capítulo 15

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, robándome el aliento y dejando un vacío helado en mi interior. El mundo se derrumba a mi alrededor, y mis esperanzas, antes tan frágiles, se hacen añicos como cristal contra el suelo. Un frío glacial recorre mi cuerpo, calando hasta mis huesos y entumeciendo mis sentidos. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con un hilo de voz, apenas un susurro ahogado por la incredulidad y la angustia.

Lachlan me mira con una frialdad que me hiela la sangre, su rostro antes amable y familiar ahora convertido en una máscara de desprecio.

—Deberías haberte marchado cuando tuviste oportunidad —dice Lachlan con frialdad—. La señorita Iris debe casarse con mi hermanito, tal y como se le había prometido.

Sus palabras son como dagas que atraviesan mi corazón, destrozando mi alma en mil pedazos. La única persona a demás de Ewan en quien he confiado desde que llegué al castillo, la persona que consideraba como un hermano, me traiciona sin piedad.

—¿Y Ewan? ¿Dónde está? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Está con la señorita Iris —responde Lachlan—. Pronto le haremos entrar en razón.

El mundo se vuelve borroso a mi alrededor, mis lágrimas brotan sin control, empapando mis mejillas y cayendo sobre mi vestido raído.

—¿Así que todo esto es… cosa de Iris? —consigo decir, mi voz apenas un susurro ahogado por las lágrimas—. Pero Ewan es mi marido, no puede casarse si ya lo está —digo con desesperación, aferrándome a la única esperanza que me queda.

Lachlan suelta una risa profunda, una risa que me hace sentir escalofríos y que resuena en la habitación como un eco de mi propia agonía.

—Bueno, para todo hay una solución, ¿verdad? —dice con una voz burlona—. No podemos matar a una embarazada, eso sería horrible. Por no hablar de que tu hijo lleva sangre MacLeod. Pero sería distinto si perdieras al bebé de forma accidental.

Mi sangre hierve de rabia, mis manos se aprietan en puños impotentes.

—¿Accidental? ¡Me estáis matando de inanición! —grito con las lágrimas brotando de mis ojos, mi voz llena de dolor y furia.

Lachlan se acerca a mí y me toma del brazo con una fuerza que me hace temblar. Lucho contra él con todas mis fuerzas, pero su agarre es como una tenaza de acero que me aprisiona. Sus dedos me aprietan con tanta fuerza que creo que me van a romper el hueso.

—¡Suéltame! —grito con desesperación, mi voz llena de terror y dolor.

Lachlan me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—Estás muy débil, no sobrevivirás más de un par de semanas —dice con una voz ronca que me hiela la sangre.

Lachlan abre mi mano a la fuerza y coloca el anillo de Ewan en mi palma. Luego, con un movimiento brusco, cierra mi mano, aprisionando el anillo en mi interior.

Lo observo atónita mientras se aleja de mí. Suelta un comentario hiriente que no puedo entender y desaparece por la puerta, dejándome sola con mi confusión y mi dolor.

Yo me aferro al anillo con fuerza, como si fuera un salvavidas en medio de un océano tormentoso. Comprendiendo lo que esto significa. No sé cómo, pero Lachlan sabe lo del anillo. Conoce mi secreto, que no soy de esta época. Sabe que el anillo es mi billete de vuelta a mi

propio tiempo, a mi propia vida. ¿Por qué otra razón me lo habría entregado si no?

Me ha dado una vía de escape, una oportunidad de sobrevivir. Pero, lo que eso significa… Utilizar el anillo implicaría dejar atrás esta vida, dejar atrás a Ewan. Y eso no es lo que quiero. No puedo imaginar mi vida sin él, sin el amor que me ha dado, sin el futuro que habíamos soñado juntos.

Pero por otra parte, si Lachlan ha considerado conveniente que tenga el anillo, significa que no cree que pueda salir de esta. Que me ve como una prisionera condenada, una mujer que se extinguirá en las próximas semanas.

Las lágrimas caen por mi rostro de nuevo, mezclándose con la suciedad y el polvo que cubre mi piel.

"No sobrevivirás más de un par de semanas", me ha dicho. Ese es el tiempo que tengo para tomar una decisión. Menos de un par de semanas. Si no menos.

La desesperación me consume. Estoy atrapada entre dos mundos, entre dos vidas. Un dilema desgarrador que me enfrenta a la posibilidad de la muerte o a la renuncia a todo lo que amo.

Creía que la decisión sería mucho más difícil, que mi corazón se debatiría entre el amor y la supervivencia. Pero al tercer día de tener el anillo en mi poder, una claridad inesperada se apodera de mí. Es hora de volver a casa.

Debo confiar en que Ewan sobrevivirá a esta terrible prueba, que comprenderá las razones de mi marcha. El tiempo que hemos compartido ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, un sueño hecho realidad que ahora se desvanece en la bruma del pasado. Pero la situación ha cambiado. Ya no solo está en juego mi vida, sino también la de nuestro hijo, que apenas se mueve en mi vientre. Siento un miedo atroz, un presagio de que si no actúo pronto, será demasiado tarde.

Con las lágrimas brotando de mis ojos, tomo el anillo entre mis manos temblorosas. La preciosa gema verde brilla con una intensidad inusual, como si me animara a seguir adelante.

—Adiós, mi amor —susurro entre lágrimas, despidiéndome de la vida que he construido en este mundo medieval, de las personas que he aprendido a amar como si fueran mi propia familia y del hombre que ha robado mi corazón y me ha hecho sentir la mujer más afortunada del mundo.

Con un último vistazo a la habitación austera que ha sido mi hogar durante tanto tiempo, cierro los ojos con fuerza y me concentro en el deseo de regresar a mi época. Imagino mi cama confortable, el aroma a café recién hecho por la mañana, el ruido de la ciudad despertando a la vida. Imagino a mis amigos, a mi familia, a mi vida anterior, tan diferente a esta pero llena de recuerdos felices.

Sin embargo, cuando abro los ojos, sigo en la fría y oscura cabaña. Un escalofrío recorre mi cuerpo y la esperanza se desvanece como una pompa de jabón. No lo comprendo, no he hecho nada distinto. He seguido las instrucciones al pie de la letra, he visualizado con fuerza mi destino, he concentrado toda mi energía en el deseo de volver a casa. ¿Por qué no funciona? Justo ahora que tanto lo necesito, justo cuando la vida de mi hijo está en juego.

La frustración se apodera de mí como una fiera hambrienta. Las lágrimas brotan de mis ojos sin control, empapando mis mejillas y cayendo sobre mi vestido raído. Me siento impotente, atrapada en este mundo que no es el mío, sin poder hacer nada para salvarme a mí misma ni a mi hijo.

De repente, un movimiento leve en mi vientre me devuelve a la realidad. Una patadita juguetona, una pequeña señal de vida que me llena de una mezcla de ternura y terror. Y entonces, en ese instante de conexión con mi pequeño, lo comprendo con una claridad meridiana. El anillo

está pensado para hacer viajar una sola alma, pero en mi interior ahora hay dos. Ese tiene que ser el motivo por el que no funciona. ¡Mi hijo! Mi bebé es la razón por la que no puedo regresar a mi época.

Un nudo de angustia se forma en mi garganta, apretando mi corazón con una fuerza dolorosa. La lógica de mi pensamiento es implacable, pero el dolor que me produce es desgarrador. ¿Acaso debo renunciar a mi hijo para salvarme? ¿Es esa la cruel elección que me impone el destino?

No. Ni hablar. No lo permitiré.

Un sollozo ahogado escapa de mi garganta mientras me acurruco en el suelo de la cabaña, abrazando mi vientre con todas mis fuerzas.

Los días se convierten en semanas, y cada uno de ellos es una agonía interminable. La debilidad me consume, me convierte en una sombra de la mujer que una vez fui. Apenas tengo fuerzas para levantarme, para comer, para respirar. La comida que me dan es escasa, insuficiente para alimentar a dos cuerpos.

Hace dos días que no siento al bebé. Un silencio aterrador se ha apoderado de mi vientre, un vacío que me llena de un terror indescriptible. ¿Acaso mi hijo...? No quiero pensar en ello. No puedo.

La desesperación me consume como una bestia hambrienta. Me siento atrapada, sin salida, sin esperanza. El anillo, mi única esperanza de salvación, descansa inútilmente en mi dedo. He intentado todo lo que se me ha ocurrido, he rezado, he suplicado, he buscado en mi interior la fuerza para regresar, pero nada funciona.

El tiempo se agota. Siento que mi final se acerca, que la muerte me está llamando a sus puertas. La imagen de Ewan es todo lo que me mantiene en vela. Pero ni siquiera él puede salvarme. Por lo que dijo Lachlan, Iris debe de tenerlo cautivo también. Aunque, probablemente, en condiciones mejores que las mías.

Las lágrimas brotan de mis ojos sin control, empapando mis mejillas y cayendo sobre mi vestido raído. Me siento impotente, incapaz de hacer nada para salvarme a mí misma ni a mi hijo.

Entonces ocurre lo peor que me ha pasado nunca.

Una noche, me despierto en medio de la oscuridad con un dolor atronador en el bajo vientre. Un grito ahogado escapa de mi garganta mientras me doblo sobre mí misma, apretando mi vientre con todas mis fuerzas. El dolor es insoportable, como si mil cuchillas me estuvieran atravesando.

Lloro desconsolada, sintiendo cómo la vida se me escapa de las manos. Mi hijo, mi pequeño, se está yendo. La culpa me consume, me ahoga en un mar de dolor y desesperación. He fallado, no he podido protegerlo.

Los hombres, alertados por mis gritos, irrumpen en la habitación. Sus rostros son de preocupación y consternación al ver mi estado y se ven obligados a intervenir.

Las horas pasan como una eternidad. El dolor no cede hasta que he expulsado a mi hijo fuera de mi cuerpo, y entonces me informan con voz grave de lo que he temido todo este tiempo: mi hijo ha muerto.

El mundo se derrumba a mi alrededor. Siento como si mi corazón se hubiera roto en mil pedazos. La vida ha perdido su sentido, su color. No tengo nada ni nadie por quien luchar, por quien seguir adelante.

Ya no tengo una razón para vivir.

Capítulo 16

Los días siguientes son una borrosa pesadilla que se repite una y otra vez en mi mente. Mi cuerpo yace inmóvil sobre la cama, como si fuera una muñeca de trapo sin alma. La comida que me traen me repugna, su olor acre me revuelve el estómago y me provoca náuseas. El sueño me elude, mis ojos se quedan abiertos de par en par, fijos en el techo de madera, mientras mi mente se llena de imágenes borrosas y recuerdos que se mezclan con la realidad de forma caótica.

¿Ha sido todo esto un sueño? Ha sido precioso, pero creo que es hora de despertar. Por favor, necesito despertar.

Un día, Lachlan irrumpe en mi habitación, su presencia apenas me inmuta. Su rostro, antes lleno de vitalidad y arrogancia, ahora está pálido y demacrado, sus ojos reflejan una profunda tristeza que me conmueve sin que yo lo quiera.

—El anillo —susurra con voz apenas audible, como si temiera romper el silencio opresivo que envuelve la habitación—. Ewan me dijo que te salvaría. Confié en que fuera así, de no ser así jamás habría permitido que esto sucediera.

Lo miro con ojos vacíos, su silueta se difumina en la penumbra de la habitación, como un fantasma que me atormenta con su presencia.

—No podía salvarnos a ambos —respondo en un hilo de voz, apenas un susurro que se pierde en el aire—. No podía dejar a mi hijo... —un sollozo ahogado escapa de mi garganta, las lágrimas brotan de mis ojos sin control, empapando mis mejillas—. Y ahora supongo que es demasiado tarde también para mí.

Lachlan se acerca a mí, su rostro se contrae en una mueca de dolor y desesperación.

—Maldita sea, Anna —gruñe con voz temblorosa, como si estuviera luchando contra sus propias emociones—. No puedo sacarte de aquí sin que maten a Ewan, y no puedo liberar a Ewan sin que te maten a ti... —se pasa una mano por el pelo pelirrojo, visiblemente atormentado por la situación—. De acuerdo, necesito que comas, Anna. Sobrevive, aguanta un poco más. Te prometo que te sacaré de aquí.

Sus palabras resuenan en mis oídos, pero no logran penetrar en la niebla espesa que nubla mi mente. Me siento perdida, sin rumbo ni esperanza. La idea de escapar de este lugar, de regresar a mi época, ya no me despierta ninguna emoción. Solo quiero descansar, cerrar mis ojos y dejar de sentir este dolor insoportable que me consume por dentro.

No me doy cuenta de cuando Lachlan abandone la habitación. Su presencia se desvanece como un eco en la oscuridad, dejando solo el silencio y la soledad que me acompañan desde hace días.

Cierro los ojos con fuerza, intentando encontrar un poco de paz en medio de la tormenta. Pero mis pensamientos son un torbellino caótico, una mezcla de recuerdos felices y dolorosos que me impiden encontrar la tranquilidad que tanto anhelo.

Pocos días después, un golpe seco en la puerta de la habitación me saca de mi ensimismamiento. Ni siquiera me molesto en levantar la vista. Que entre quien quiera, ya nada me importa. La vida ha perdido su sentido, su color. Solo anhelo la paz, la liberación de este dolor insoportable que me consume por dentro.

La puerta se abre lentamente, y una figura familiar se asoma al umbral. Es Iris. Su rostro, antes lleno de arrogancia y desprecio, ahora está surcado por una mueca de satisfacción malvada. Sus ojos brillan con una luz fría y calculadora, como si disfrutara de mi sufrimiento.

Me mira en silencio durante unos segundos, como si estuviera analizando mi estado de postración. No siento nada por ella, ni ira, ni rencor, ni siquiera odio. Solo una profunda indiferencia que me protege del dolor, una capa impenetrable que me aísla del mundo exterior.

Se acerca a mí con paso lento y deliberado, como una depredadora acechando a su presa. Se sienta en la silla que hay junto a la cama, invadiendo mi espacio personal sin ningún pudor. Me mira a los ojos, pero yo no la miro a ella. Mi mirada se pierde en el vacío, buscando un refugio en la nada.

—Te lo has buscado tú solita, lo sabes, ¿verdad? —me dice, su voz cargada de ira y rencor, como si disfrutara de mi agonía—. Nada de esto habría pasado si te hubieras marchado por donde viniste. Ewan me pertenecía, tú me lo robaste. Esto es culpa tuya.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, amenazando con penetrar mi armadura de indiferencia. Siento una oleada de náuseas subir por mi garganta, pero la reprimo con fuerza. No le daré la satisfacción de verme débil.

La miro con desdén, sintiendo una profunda lástima por ella. Su alma está corrompida por el odio, su corazón vacío de compasión. No puedo imaginar la vida que lleva, llena de oscuridad y rencor.

—No te engañes, Iris —respondo con voz ronca, sin levantar la vista—. Ewan nunca te aceptará.

La sonrisa de Iris se ensancha, no obstante no hay ni rastro de felicidad en ella. Sus ojos brillan con una luz fría y malévola que me hace temblar por dentro.

—Lo sé —me responde con amargura—. Me lo ha hecho saber cada minuto de estas semanas. Por eso ahora moriréis los dos.

Mis palabras se quedan suspendidas en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y por primera vez en días, el miedo se apodera de mí.

—¿Cómo dices? —pregunto incorporándome por primera vez en días, sin poder creer lo que estoy escuchando.

—Si yo no puedo tenerlo, no lo tendrá nadie —dice Iris con una voz que me hiela la sangre.

—¿Qué? ¡No! No tiene por qué ser así. Iris, todavía estás a tiempo de deshacer todo esto. De elegir el amor sobre el odio.

Iris se ríe como una desquiciada, su risa me eriza la piel y me hace sentir una profunda repulsión.

—¡No hables como si esto fuera culpa mía! ¡Tú eres la culpable! Lady MacLeod debería haber muerto, así nadie se habría interpuesto en mi matrimonio con Ewan. Pero tenías que llegar tú para salvarla, ¿verdad? Tan perfecta, tan… inglesa. No mereces a Ewan, no sé cómo conseguiste engañarlo, pero ahora tus actos traerán su muerte —me grita con una furia que me hace temblar.

Madre mía, está loca. Está completamente fuera de sí.

—¿Así que fuiste tú quien estaba detrás del intento de asesinato de lady MacLeod? —pregunto con voz temblorosa, sin poder creer lo que estoy escuchando. Mi mente lucha por comprender la magnitud de su maldad.

Iris vuelve a reírse, una risa, como el sonido de un demonio, que me hace sentir escalofríos por la espalda.

—Ella era la única que se oponía a nuestro compromiso. Y el laird MacLeod siempre la escucha. Tarde o temprano habría conseguido romperlo. Pero con ella fuera de juego, mi futuro estaría a salvo —me explica como si fuera obvio, como si su lógica retorcida tuviera sentido. Pero yo sé que no lo tiene. Está completamente fuera de la realidad—. Pero ya nada importa.

Ahora es demasiado tarde. Y tú y Ewan debéis morir.

Siento una oleada de ira subir por mi garganta, pero la reprimo con fuerza. No puedo dejar que me domine. Debo mantener la calma, debo encontrar una manera de salir de esta situación.

—Iris, por favor, recapacita —le suplico con voz quebrada, llena de dolor y desesperación—. No hagas esto. Piensa en tu futuro. ¿Qué crees que pasará cuando el laird se entere de esto? ¿Y tu familia? ¿Qué dirán cuando sepan que eres una asesina?

Iris me mira con desprecio, como si mis palabras no significaran nada para ella. Su mirada me congela, me convierte en una piedra incapaz de moverse o defenderse.

—Nunca va a enterarse. Y si lo hiciera… Bueno, estoy segura de encontrar la manera de deshacerme de él también —me dice con una frialdad que me aterra.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Nada de lo que dice tiene sentido. No puede pensar de verdad que se saldrá con la suya.

—Mi padre es el laird del clan MacGregor —anuncia con arrogancia, como si su apellido fuera un escudo impenetrable—. Como eres una sucia sassenach no tomaré una ofensa el hecho de que no nos conozcas, pero somos muy poderosos. Soy intocable, Anna.

El miedo se me cala en los huesos. ¿Sabía Ewan al peligro al que se enfrentaba cuando la dejó?

—En fin… —sigue hablando ella, con una voz que ahora suena aburrida—. Tan sólo me pasaba para ver tu deplorable estado después de perder a la criatura. Creéme, es lo mejor. Eso jamás debería haber ocurrido —me dice con una letalidad que me hiere en lo más profundo.

Después camina hacia el otro lado de la habitación, con una parsimonia que me enfurece y me desespera. Me observa con una mirada de desprecio, como si no fuera más que un insecto repugnante.

—Nos veremos en el infierno, supongo —dice con una sonrisa burlona que me hace hervir la sangre.

Y sin más, da media vuelta y sale de la habitación, dejando tras de sí un rastro de odio y rencor que impregna el aire como una niebla espesa.

Me quedo sola en el silencio, rodeada de las sombras de mi dolor. Ewan… Su vida corre peligro. Ya he perdido a nuestro hijo, no puedo soportar la idea de perderlo a él también. No puedo quedarme aquí. Debo salir de este lugar, debo encontrar la manera de escapar.

Pero debo actuar con cautela. Estoy débil, física y emocionalmente. Hay hombres vigilándome, dispuestos a obedecer las órdenes de Iris sin dudarlo. Sé que solo tendré una oportunidad para escapar, y debo aprovecharla al máximo.

Un plan comienza a formarse en mi mente. Un plan audaz y arriesgado, pero es mi única esperanza. La furia arde en mi interior, avivada por el dolor y la desesperación. No me rendiré. Lucharé por mi libertad, por la vida de Ewan, por la memoria de nuestro hijo.

Soy Anna MacLeod, y no me doblegarán.

Capítulo 17

La respiración se me entrecorta mientras observo a los guardias. Dos hombres fornidos, con rostros inexpresivos, pasean por la habitación contigua a la mía. La luz tenue de las antorchas apenas penetra en la penumbra, creando una atmósfera opresiva que me ahoga.

Mi cuerpo tiembla por la debilidad, pero mi mente está más afilada que nunca. El plan que he urdido es simple, pero arriesgado. Me haré la muerta. Esperaré el momento oportuno, cuando los guardias bajen la guardia, creyendo que no soy más que una víctima inerte. Y entonces, cuando estén distraídos, actuaré.

Las horas pasan como una eternidad. El silencio solo se rompe por el crujir de la madera bajo las botas de los guardias y el ocasional sonido de sus voces guturales. Mi cuerpo se entumece por la incómoda postura, pero no me muevo. La tensión me carcome por dentro, pero sé que no debo flaquear.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar el chirrido de la cerradura abriéndose. Un rayo de luz se cuela por la rendija, iluminando mi rostro pálido y demacrado. La figura corpulenta del guardia se recorta contra la luz, su rostro inexpresivo me observa con una mezcla de desdén y curiosidad. Murmura algo en gaélico a su compañero, quien responde con una mueca de disgusto y sale de la habitación para avisar al resto.

Me quedo a solas con el guardia, quien me observa con detenimiento, pero yo me mantengo firme. La rigidez de mis músculos entumecidos y la palidez de mi piel parecen convencerlo, pues finalmente abandona también la habitación. La puerta se cierra con un golpe seco, pero no echa el pestillo. Un atisbo de esperanza se enciende en mi interior. Es mi oportunidad.

Me levanto con cautela, procurando no hacer ningún ruido. Cada movimiento me cuesta un esfuerzo sobrehumano, pero mi voluntad es más fuerte que el dolor. Mis pasos son lentos, casi imperceptibles, como los de un fantasma. Me acerco a la puerta, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. Las voces de los guardias llegan amortiguadas desde el exterior. Parecen discutir. Probablemente acerca de quién se hará cargo de mi cuerpo. No quiero pensar en lo que hicieron con el pobre cuerpo de mi bebé, ni siquiera llegué a saber si era niño o niña.

Sacudo la cabeza para despejarme. Están completamente absortos en su conversación, es ahora o nunca.

Empujo la puerta con cuidado y asomo la cabeza. No hay ni uno solo mirando en mi dirección, todos me dan la espalda. No tengo tiempo que perder. Corro hacia la puerta principal, arrastrándome tras los pocos muebles de los que dispone este lugar.

Llego a la puerta principal, todavía sin creerlo, y la luz de la luna me inunda. La noche es oscura, perfecta para ocultarme. Sin pensarlo dos veces, corro hacia los caballos que se encuentran atados a un poste cercano. Mis manos tiemblan mientras deshago los nudos de las riendas, instándolos a huir con suaves empujones. Los animales, sorprendidos por mi presencia, relinchan nerviosamente. Les hablo en voz baja, tranquilizándolos, mientras los guío hacia la salida. Uno a uno, se alejan al galope, desapareciendo en la oscuridad.

Me subo al lomo del último caballo con la urgencia de quien sabe que la vida pende de un hilo. No hay tiempo para buscar una silla, ni siquiera para pensarlo. Aprieto las riendas con fuerza y el animal, sorprendido por mi peso y mi determinación, resopla con inquietud.

Comienzo a cabalgar, sin rumbo fijo, solo con la necesidad de alejarme lo más posible de este lugar, de esta pesadilla.

Para cuando escucho los gritos de los hombres, yo ya estoy lo suficientemente lejos como para tener una oportunidad. Es probable que sean buenos rastreadores, pero sin sus caballos poco pueden hacer por el momento.

La noche me envuelve como un sudario helado. No tengo idea de dónde estoy, solo sé que debo seguir adelante. Pero mi cuerpo, castigado por días de cautiverio y por la dura huida, comienza a flaquear. El dolor se intensifica con cada paso, cada sacudida del caballo.

Finalmente, mis fuerzas flaquean y caigo del lomo del animal. El caballo, sin ningún atisbo de lealtad, se aleja al galope, desapareciendo en la oscuridad. Me quedo sola, en medio de la nada, con el frío calando hasta mis huesos y la desesperación apretando mi corazón.

Me encuentro en el punto de partida. Estoy si no igual, peor, a cuando llegué a esta época. Sin abrigo para protegerme del invierno, y con las heridas de mi reciente pérdida todavía abiertas en mi cuerpo. La desolación me invade, sintiéndome completamente sola y desamparada.

Pero justo cuando estoy a punto de rendirme, un tenue sonido llega a mis oídos: el traqueteo de un carro se acerca. Con las últimas fuerzas que me quedan, me arrastro hacia el camino, suplicando que alguien me ayude.

El carro se detiene a mi lado y un hombre mayor, de rostro curtido por el tiempo, baja para socorrerme.

—¿Señorita Thompson? —me pregunta el viejo Niall al reconocerme.

Yo me derrumbo en sus brazos y le cuento todo.

Me lleva a una posada y no me deja sola ni un solo momento, me seca las lágrimas, me da de comer, y se asegura de que me ayuden a bañarme y a vestirme. Sus atenciones me reconfortan y me hacen sentir por primera vez en mucho tiempo segura y protegida.

Al día siguiente ya me siento mucho mejor. Dormir en una cama de verdad, entre sábanas limpias y con una almohada mullida bajo mi cabeza, ha sido un bálsamo para mi alma y mi cuerpo.

—¿Cómo puedo dar con el territorio de los MacGregor? —le pregunto con voz firme durante el desayuno.

Niall me observa con el ceño fruncido, como si dudara de mi cordura.

—Pero muchacha, apenas se mantiene en pie —dice con tono paternal—. Un viaje tan largo en su estado sería una locura.

Su voz me recuerda mi fragilidad, pero mi determinación no flaquea.

—Ewan está allí, su vida corre peligro. Debo llegar antes de que sea demasiado tarde —repito con convicción.

Niall suspira, resignado ante mi terquedad.

—Los MacGregor no son buena gente, como usted ya ha podido comprobar. Comprendo que quiera ayudar a su esposo pero…

—Con todo el respeto, la única razón por la que vine aquí es por Ewan. De ninguna manera voy a dejarle a su suerte, al menos tengo que intentarlo.

El viejo Niall suspira, dándose por vencido.

—De acuerdo, pero aún así es un viaje largo. No debería hacerlo sola en su estado, y yo acabo de volver de allí…

—Yo la acompañaré —dice entonces una voz a nuestra espalda.

Me vuelvo con sorpresa para ver a Lachlan. Antes de que pueda decir nada, él se adelanta:

—Quiero disculparme por todo lo que te ha pasado, Anna —dice con voz ronca, acercándose a mí—. De veras creí que… Quiero que sepas que tu hijo tuvo un entierro de verdad, lo bauticé ante Dios para que así pudiera irse en paz. Yo mismo me encargué de ello.

Sus palabras me dejan sin aliento. Hijo, era un niño. Siento un nudo en la garganta y las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos.

—Anna Elizabeth MacLeod Thompson —continúa él, arrodillándose ante mí y sacando una daga de su cinturón—, te juro lealtad eterna. Y que si algún día me revelara contra ti, que esta misma daga se clave en mi pecho.

Me quedo en silencio durante unos instantes, asimilando sus palabras y la gravedad de su juramento. La desconfianza me carcome por dentro. No puedo olvidar lo que me hizo, el dolor que me infligió.

—¿Cómo puedes jurarme lealtad después de haberme dejado allí...? —digo con voz temblorosa, reprimiendo un sollozo al recordar todo lo que he pasado.

Lachlan tensa la mandíbula antes de hablar.

—Nunca estuve de su parte, Anna —me explica con voz firme—. Pero no tuve otra opción. Amenazaron a mi esposa. No la amo, pero juré protegerla con mi vida —me explica.

Sus palabras me dejan atónita. Jamás pensé que Lachlan pudiera traicionar a su hermano de esta manera. Pero ahora todo tiene más sentido.

—Ahora mi esposa está a salvo, en Francia —continúa Lachlan—. Por eso volví a buscarte, pero tú ya no estabas.

No puedo reprimir más mis impulsos. Me lanzo a sus brazos y los abrazo con fuerza, necesitando la calidez de mi amigo, que me había acompañado durante estos meses en que su propia familia me había repudiado.

Lachlan me devuelve el abrazo con fuerza.

—Cuánto lo siento, Anna —dice con voz llena de arrepentimiento—. Espero que algún día puedas perdonarme.

Partimos poco después.

El viaje hacia el territorio MacGregor se presenta largo y arduo. Cabalgamos por escarpados senderos, atravesando densos bosques y cruzando caudalosos ríos. El frío del invierno cala hasta los huesos, y la nieve cubre el paisaje con un manto blanco y silencioso.

A pesar de las dificultades, siento una extraña sensación de paz interior. La presencia de Lachlan a mi lado me reconforta y me da fuerzas para seguir adelante. He decidido confiar en él, darle una oportunidad para redimirse.

Durante el camino, Lachlan me cuenta historias sobre su tierra natal, sobre las costumbres de su clan y sobre la belleza de sus montañas. Sus palabras me transportan a unos meses atrás, a otra época. En la que conocía a Ewan. La similitud entre los dos hermanos es evidente, tanto en su físico como en su forma de ser. Ambos son valientes, leales y orgullosos, pero también son testarudos e impulsivos.

En un momento de tranquilidad, mientras comemos pan con queso junto a un arroyo congelado, Lachlan finalmente me pregunta lo que llevo esperando desde que partimos.

—¿Entonces es cierto? —me dice con voz curiosa—. ¿Vienes del futuro?

Me atraganto con un trozo de pan y lo miro con los ojos abiertos como platos. La pregunta me toma por sorpresa, pero no puedo negar la verdad.

—Bueno, supongo que si me trajiste el anillo es porque conocías la verdad —digo encogiéndome de hombros—. Sí, es cierto. Ewan viajó atrás en el tiempo hace unos meses… ¿o ya ha pasado un año? El tiempo parece pasar diferente aquí… —agrego, incapaz de recordar cuánto tiempo he pasado cautiva— Y luego lo seguí.

Lachlan me mira con fascinación, como si estuviera escuchando una historia de ciencia ficción.

—¿Y cómo es aquello? —pregunta con una mezcla de curiosidad y asombro—. Ni siquiera puedo imaginarlo.

Yo lo miro de soslayo, tratando de encontrar las palabras para describir un mundo tan diferente al suyo.

—Diferente, según la parte del mundo, claro —digo—. Sería de lo más divertido verte por allí. Ewan casi vomita al subirse a un taxi.

—¿Un taxi? ¿Qué es eso? —pregunta Lachlan, confundido.

Trato de explicarle lo que es un taxi, pero las palabras me fallan. Es algo tan común en mi época que me resulta imposible imaginarlo como algo extraño para alguien que vive en el pasado.

—Lachlan —cambio de tema, sintiendo que la conversación se está desviando—, no te he dado las gracias por darle un entierro digno a mi hijo —digo con voz temblorosa, reprimiendo el nudo que se forma en mi garganta—. ¿Cómo…? ¿Qué nombre le pusiste?

Lachlan sonríe de lado, una sonrisa triste que refleja el dolor que él también siente por la pérdida de mi hijo.

—Kendrick —me responde, con los ojos humedecidos—. Kendrick Alexander MacLeod.

No puedo evitar que las lágrimas broten de mis ojos. La emoción me invade y me apoyo en su hombro, buscando consuelo en su presencia.

—Es precioso —consigo decir entre sollozos—. Gracias.

Capítulo 18

Tras varios días de viaje a caballo, por fin llegamos al territorio MacGregor. Un paisaje imponente se extiende ante mis ojos: montañas nevadas que se alzan como gigantes, bosques frondosos que parecen guardar secretos ancestrales y valles verdes que se extienden como alfombras a nuestros pies.

Siento una mezcla de emociones que me recorren el cuerpo como olas embravecidas: nerviosismo por lo desconocido, anticipación por el encuentro con Ewan y una pizca de esperanza de que todo salga según lo planeado.

Cabalgamos con cautela por un estrecho sendero que se adentra en las profundidades del territorio. La tensión se palpa en el aire, espesa como la niebla que cubre las montañas. Cada crujido de una rama seca, cada susurro del viento entre las hojas, nos hace saltar de sobresalto, el corazón latiendo con fuerza en nuestros pechos.

De repente, un grupo de hombres armados emerge de entre los árboles, bloqueando nuestro camino. Son los guerreros MacGregor, y su mirada no es nada amistosa. Sus rostros curtidos por el sol y el frío me observan con desdén, sus ojos como dos puñales clavándose en mi alma.

Lachlan desciende de su caballo con una sonrisa socarrona que no me inspira ninguna confianza. Me tira del mío con brusquedad, ignorando mi resistencia. Mis manos están atadas a mi espalda, incapaces de defenderme, y una mordaza aprieta mi boca, silenciando mis gritos de protesta.

—No te esperábamos, Lachlan —dice uno de los hombres con voz ronca y tono amenazador.

—Lo sé —responde Lachlan con arrogancia—. Pero estoy seguro de que la señorita Iris se alegrará al ver mi regalo —dice señalándome con un gesto despectivo—. Ha intentado escapar, pero la he capturado fácilmente —agrega con una risa burlona.

Luego dice algo en gaélico que hace reír al resto, una broma cruel que no comprendo pero que intuyo que está relacionada conmigo. No puedo evitar que un escalofrío recorra mi espina dorsal.

—He pensado que a la señorita Iris le gustaría ocuparse de ella personalmente, dadas las circunstancias... —dice Lachlan con una voz que, de no saber la verdad, me helaría la sangre.

Los hombres me miran de arriba a abajo con una sonrisa cruel que me hace sentir como un animal acorralado. Sus miradas lascivas me recorren el cuerpo, profanando mi dignidad y despertando en mí un miedo que nunca antes había experimentado.

Finalmente, tras una eternidad que parece durar una vida, nos dejan pasar. Cabalgamos hacia la imponente fortaleza MacGregor, un coloso de piedra que se alza sobre la ladera de la montaña, dominando el valle con su presencia intimidante. El viento helado azota mi rostro, pero no siento frío. La adrenalina corre por mis venas como un torrente, mezclándose con la anticipación y la esperanza.

El plan ha funcionado a la perfección. Lachlan ha interpretado su papel de captor con una maestría que me llena de admiración y alivio. Yo, por mi parte, he conseguido hacerme pasar por una prisionera dócil, sumisa y fácil de controlar. No sospechan nada, y ahora estamos dentro.

Entramos por la puerta principal, flanqueados por los guardias MacGregor que nos miran con recelo. Atravesamos un laberinto de pasillos lúgubres y húmedos, el aire cargado de un olor a piedra vieja y humedad. El silencio es sepulcral, roto solo por el sonido de nuestras botas sobre el suelo de piedra.

Me arrastran por un estrecho pasillo. Mis pies resbalan sobre el suelo húmedo y mis manos

están atadas a mi espalda. No puedo resistirme, no puedo escapar.

Bajamos por una escalera de piedra que parece no tener fin. La oscuridad me envuelve por completo, y solo puedo ver el tenue resplandor de la antorcha del guardia. El aire se vuelve cada vez más frío y húmedo, y un olor a podrido invade mis fosas nasales, provocándome náuseas.

Finalmente, llegamos a una puerta de madera maciza, adornada con grabados grotescos que me hacen sentir una punzada de inquietud. Lachlan se detiene y golpea dos veces con fuerza. La puerta se abre con un chirrido espeluznante, revelando a un guardia de aspecto rudo y cruel.

—A partir de aquí me encargo yo —anuncia con voz áspera.

Lachlan, sin embargo, no me suelta.

—En realidad, preferiría acompañaros —dice mi amigo con una sonrisa traviesa—. Para asegurarme de que es detenida. No quiero que la ira de la señorita Iris recaiga en mí si algo saliera mal. Y tal vez para darle un último adiós a mi hermanito.

El guardia suspira agotado y se encoje de hombros. No le queda otra que aceptar la presencia de Lachlan.

Pasamos por delante de varias celdas, algunas vacías, otras con siluetas encorvadas o tiradas en el suelo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, buscando desesperadamente alguna señal de Ewan. Pero no lo veo por ninguna parte.

—Eres retorcido, Lachlan —le dice el guardia mientras caminamos—. ¿Sabe tu padre que eres un traidor? ¿Las cosas que has llegado a hacer por la señorita Iris?

Entonces lo veo, un destello pelirrojo en la penumbra. No veo mucho más, pero algo en mi interior me dice que es él. Me giro hacia Lachlan con los ojos desorbitados y él asiente en un gesto casi imperceptible.

—Espero que no, la verdad —le responde al guardia con una sonrisa cruel—. Pero tienes razón, soy todo un traidor.

Y en un movimiento rápido e inesperado, Lachlan golpea al guardia en el cráneo con el mango de su espada. La fuerza del golpe es tal que el guardia cae al suelo sin siquiera darse cuenta de lo que ha ocurrido. Lachlan lo sujeta antes de que caiga al suelo para evitar que haga ruido y empieza a rebuscar entre sus pertenencias.

me suelto de mis ataduras, que ni siquiera se han molestado en comprobar cuando hemos entrado. Mis manos, entumecidas por la falta de circulación, tardan unos segundos en obedecer, pero finalmente logro liberarme.

Me aferro a los barrotes de la celda que me separa de Ewan. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, una mezcla de alegría, incredulidad y miedo. ¿Es realmente él? ¿Está vivo?

La figura levanta la cabeza lentamente. Sus ojos se abren de par en par cuando me ve.

—Anna… —dice con dificultad mientras gatea hacia mí—. ¿Eres tú?

—¡Ewan! —grito, y le abrazo con fuerza—. ¡Estoy aquí! ¡He venido a por ti!

Me agacho y paso mis manos por los barrotes, tocando su rostro. Su piel está fría y sucia, pero puedo sentir la barba crecida y una cicatriz en su mejilla.

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras lo abrazo con fuerza. Por un momento lo había creído perdido, lo había dado por muerto.

Lachlan se acerca aprisa con la llave y la puerta se abre con un chirrido oxidado. Ewan se pone en pie con dificultad, apoyándose en la pared. Está pálido y demacrado, y corro a socorrerle. Sus brazos me rodean y me siento en paz.

Un torrente de emociones me invade: alegría, alivio, amor, ira. Quiero gritar, quiero reír, quiero llorar. Pero me contengo, sé que no podemos hacer ruido, que no podemos alertar a los guardias.

—Anna, el bebé… —dice entonces con la voz rota, sus ojos húmedos.

Yo reprimo los recuerdos del traumático evento.

—Era un niño, Kendrick Alexander MacLeod —le digo con una sonrisa—. Lachlan lo bautizó y le dio un entierro digno.

El rostro de Ewan se contrae en una mueca de dolor y juntamos las frentes en un gesto de apoyo y cariño.

Nos sentamos en el suelo frío, abrazados en la oscuridad. No importa dónde estamos, no importa lo que nos espera. En este momento, solo importa que estamos juntos, que nos hemos encontrado de nuevo.

—Siento interrumpir, pero hay que salir de aquí —nos apresura Lachlan.

—Vámonos —dice con voz firme.

Salimos de la celda y nos adentramos de nuevo en el laberinto de pasillos. Lachlan va delante, alumbrándonos el camino con la antorcha del guardia inconsciente. Mis pies resbalan sobre el suelo húmedo y mi corazón late con fuerza en mi pecho. La adrenalina corre por mis venas, una mezcla de miedo, emoción y alivio.

Pasamos por delante de más celdas, pero no nos detenemos. Nuestro objetivo es salir de la fortaleza lo antes posible. Finalmente, llegamos a una escalera de piedra que parece no tener fin. Subimos los peldaños uno a uno, el silencio roto solo por el sonido de nuestros pasos y el goteo de agua de las paredes.

Al llegar al final de la escalera, nos encontramos en un pasillo estrecho que conduce a una pequeña puerta de madera. La luz de la luna se cuela por una rendija, revelando un patio exterior. La libertad está tan cerca, puedo casi sentirla en mi piel.

Pero entonces, mi corazón se congela. El pasillo está lleno de guardias. Es imposible que salgamos de aquí sin ser vistos. La trampa se ha cerrado, y la esperanza se desvanece como una bruma en la mañana.

El pánico se apodera de mí. No puedo volver a dejarme capturar. Si bien es cierto que no sufrí maltrato físico durante mi cautiverio, no tengo ninguna intención de volver a quedarme aislada y sin comida. La idea me aterroriza, me asfixia, me consume. Prefiero la muerte.

Y, en la mirada de Ewan veo el mismo pensamiento. Sus ojos, antes llenos de esperanza, ahora reflejan desesperación y resignación. La luz se ha apagado en ellos, y la sombra del fracaso se cierne sobre nosotros.

¿Es este el final? ¿Hemos luchado tanto para llegar a este punto? ¿Acaso la libertad era solo una ilusión, un espejismo?

Mis manos tiemblan, mi mente se nubla. La desesperación me ahoga, y las lágrimas brotan de mis ojos. No puedo rendirme, no puedo permitir que Iris gane. Tengo que pensar, tengo que encontrar una salida.

Pero mi cerebro está en blanco, no hay ideas, no hay soluciones. Solo miedo, solo dolor, solo desesperación.

De repente, una mano se posa sobre la mía. La giro y encuentro la mirada de Ewan. En sus ojos veo un destello de determinación, una chispa de esperanza que se rehúsa a apagarse.

—Tienes que marcharte —me dice con voz ronca, pero firme—. Utiliza el anillo.

Lo miro a los ojos, y en ellos veo reflejado el mismo miedo que me consume, la misma desesperación que me ahoga.

—Ya lo intentó y no funcionó —explica Lachlan en voz baja y preocupada, su rostro surcado por una profunda línea de inquietud.

Yo asiento, aunque todavía creo que la razón por la que no pude hacerlo es por el niño que

crecía en mi vientre. La vida que se gestaba en mi interior, un pequeño milagro que representaba la esperanza de un futuro mejor, también era un ancla que me ataba a este presente, a esta realidad cruel y despiadada.

—Debes intentarlo, una vez más —me pide Ewan, su voz llena de súplica—. No podemos permitir que Iris MacGregor gane.

Mi corazón se contrae con fuerza en mi pecho. La idea de abandonarlo aquí, en este lugar lúgubre y opresivo, me llena de terror. No puedo imaginar un futuro sin él, sin su sonrisa, sin su fuerza, sin su amor.

—No puedo, Ewan… —susurro, mi voz apenas audible.

—Marchaos los dos —interviene entonces Lachlan, su voz resonando con una inesperada determinación que me sorprende y me da un atisbo de esperanza—. Los dos tenéis vuestros anillos, ¿no es así? Es posible que funcione.

Lo observo detenidamente, pensando en lo que quiere decir. ¿Podría ser posible? ¿Podríamos Ewan y yo viajar juntos en el tiempo, escapar de este presente hostil?

Saco mi anillo de mi escondite. Ewan hace lo propio con el suyo, una copia exacta a la que sostengo entre mis dedos. Nos miramos a los ojos, una mirada llena de incertidumbre, de esperanza, de miedo.

—¿Y qué hay de ti, hermano? —pregunta Ewan lanzando una mirada preocupada a Lachlan, su voz teñida de un tono de angustia que refleja el tormento que ambos sentimos al pensar en abandonarlo.

Lachlan se encoge de hombros con una falsa despreocupación que no logra ocultar el dolor que se refleja en sus ojos.

—Todavía no saben que he sido yo quien os ha liberado —explica con voz ronca, cargada de una mezcla de orgullo y tristeza—. Tengo un poco de ventaja. Y después… Supongo que podría marcharme a Francia, con mi esposa. No os preocupéis por mi, estaré bien.

Las lágrimas brotan de mis ojos sin que pueda contenerlas. La idea de dejar atrás a Lachlan, a pesar de la compleja relación que hemos tenido, me llena de una profunda tristeza. Se ha convertido en un amigo, en un confidente, en alguien en quien he podido confiar a pesar de mis dudas iniciales. Y la idea de abandonarlo a su suerte, en este lugar lúgubre y hostil, me desgarra el corazón.

Me lanzo a sus brazos y lo estrecho con fuerza, sintiendo su calor, su aroma familiar, su presencia tranquilizadora.

—Gracias, Lachlan —digo con lágrimas en los ojos, mi voz entrecortada por la emoción—. Por haber sido mi amigo, por darle a mi hijo un final digno. Por todo lo que has hecho por mí.

Lachlan me devuelve el abrazo con fuerza, sus dedos me acarician el pelo enmarañado con ternura.

—Ha sido un placer conocerte, Anna Elizabeth MacLeod Thompson —me dice con una sonrisa triste que me rompe el corazón—. Eres una mujer fuerte, valiente y decidida. No tengo ninguna duda de que lograrás todo lo que te propongas.

Después me separo de él para que Ewan pueda despedirse de su hermano. Se miran a los ojos, dos hermanos unidos por la sangre y por las vivencias compartidas, dos almas que han enfrentado juntas los horrores de la guerra y la tiranía.

—Te debo la vida, hermano —le dice Ewan apretándole el brazo con fuerza, su voz cargada de gratitud y afecto.

—No, yo ta le debo a ti —responde Lachlan con una sonrisa—. Y ahora marchaos. Vamos.

Ewan y yo nos miramos de nuevo, sujetando nuestros respectivos anillos y sintiendo una

mezcla de emociones que nos invaden. Nos los colocamos mutuamente, uniendo nuestros destinos, nuestras vidas

—Dà anam, aon chridhe —dice Ewan con voz firme y llena de emoción.

“Dos almas, un corazón”. Son palabras diferentes a las que nos enseñó la bruja, pero siento que son las correctas para esta ocasión.

—Dà anam, aon chridhe —repito yo, sintiendo que estas palabras son más que un hechizo, son una promesa, un juramento de amor eterno.

Cerramos los ojos con fuerza, concentrando toda nuestra energía en el deseo de escapar de este presente hostil y construir un nuevo comienzo. Visualizo mi destino, mi futuro junto a Ewan en mi época, una vida llena de amor, libertad y felicidad.

De repente, un destello de luz cegadora nos envuelve por completo. El mundo a nuestro alrededor se desdibuja, se convierte en una masa informe de colores y sonidos. Siento como si el tiempo se congelara a nuestro alrededor, como si todo se hubiera detenido. Un escalofrío recorre mi cuerpo, erizándome la piel y acelerando mi corazón hasta un ritmo vertiginoso.

Y luego, oscuridad.

Capítulo 13

El sol de la mañana se filtra por las ventanas del castillo, dibujando franjas doradas en el suelo de piedra. Ewan me mira con una mezcla de determinación y nerviosismo mientras se abrocha la camisa.

—Todo irá bien —dice, tratando de tranquilizarme.

Yo no estoy tan segura. Un torbellino de emociones me invade: ansiedad, miedo, un toque de esperanza. Desde que lady McLeod se recuperó, el laird parece tenerme más aprecio, pero eso no significa que vaya a dar su bendición a nuestro compromiso. Soy una forastera, una desconocida para él y su familia. No tengo linaje escocés, y soy la razón por la que Ewan rompió su compromiso con Iris.

¿Qué pasará si decide negar su bendición? ¿Me expulsará del castillo? La idea me hiela la sangre. He encontrado un hogar en este lugar, he construido una vida con Ewan, y no puedo imaginar perderlo todo.

—Si mi padre se niega a darnos su bendición, nos fugaremos —me dice Ewan, acercándose a mí y tomando mi mano entre las suyas—. Me encantaría que aceptara nuestro matrimonio, nuestra familia. Pero sus palabras no van a decidir nuestro destino. Eres mía y yo soy tuyo, recuerda eso —dice antes de besarme con una ternura que me hace olvidar mis miedos por un momento.

Asiento con la cabeza, tratando de calmar mis nervios. El maldito corsé que llevo puesto me aprieta demasiado, apenas puedo respirar. Debería haberme acostumbrado ya a estas prendas, pero creo que eso nunca ocurrirá.

Llegamos al estudio del Laird y la puerta se abre con un chirrido. Ewan toma aire profundamente y me conduce hacia el interior. Edwin MacLeod nos recibe con una mirada severa, sus ojos grises penetrando en mi alma. Un silencio incómodo se instala en la habitación, roto solo por el crujir de la leña en la chimenea.

—Ewan, señorita Thompson —nos saluda con una voz grave y cortante—. ¿A qué debo vuestra visita?

Me remuevo incómoda y Ewan da un paso al frente. Se arrodilla ante su padre, una muestra de respeto y humildad que me conmueve hasta lo más profundo.

—Padre, he venido aquí para pedir tu bendición —dice con voz firme—. Quiero casarme con Anna.

El laird escucha en silencio, su rostro impasible. No puedo leer sus emociones, no sé qué está pensando. La tensión en la habitación se corta con un cuchillo.

Cuando Ewan termina de hablar, se toma un largo momento antes de responder. Se levanta de su asiento y camina hacia la ventana, observando el paisaje nevado que se extiende ante él.

—Ewan, siempre he deseado lo mejor para ti —dice finalmente, su voz cargada de una mezcla de nostalgia y resignación—. Y siempre he creído que Iris era la mujer adecuada para ti.

Mi corazón se hunde como una piedra en el fondo del mar. La imagen de Iris, hermosa y elegante, se presenta ante mí. Por supuesto. Ella era la mujer perfecta para el laird, la esposa que él había elegido para su hijo. ¿Cómo podría competir con ella?

Ewan se levanta de un salto, sus ojos llenos de furia.

—¡Pero, padre…! —empieza a replicar, pero Edwin MacLeod lo hace callar con un gesto.

—Sin embargo, tu madre ha insistido mucho en que deje de intentar casarte con alguien que

no deseas —dice con los dientes apretados, como si decir aquello le estuviera costando un mundo—. Anna, te debo la vida de mi esposa. Te juzgamos mal, y quiero disculparme por ello.

Se hace un silencio extraño y mi nerviosismo no hace más que aumentar. No estoy segura de si ese cumplido es una buena señal. Puedo caerle bien, pero no por eso nos dará su bendición. Ewan es el hijo del laird, se supone que tiene obligaciones, ¿no? Incluso si no es el hijo legítimo.

El corsé me aprieta el pecho, impidiéndome respirar con normalidad. La necesidad de aire se vuelve cada vez más acuciante, como si mis pulmones se ahogaran en un mar de incertidumbre. Inconscientemente, llevo mi mano hacia mi vientre, donde reside la pequeña vida que crece dentro de mí.

Edwin parece captar mi gesto. Sus ojos se posan en mi vientre con una intensidad que me hace ruborizar. Aparto la mano rápidamente, tragando saliva con dificultad. No quería que supiera mi secreto, no ahora. El miedo a su rechazo se apodera de mí.

—Estás embarazada —pronuncia con una voz ronca que parece surgir de las profundidades de su ser. Se aleja de la ventana con pasos lentos y deliberados, dirigiéndose hacia mí como si me atrajera hacia un destino incierto.

A mi lado, Ewan se tensa como un arco a punto de romperse, sus ojos fijos en la figura imponente del laird. Sin embargo, no hace ningún movimiento, como si estuviera esperando una orden, una señal de qué hacer en este momento crucial. Edwin, por su parte, me observa con una expresión que no puedo descifrar. ¿Es posible que en sus ojos brille un destello de... felicidad?

—Tenéis mi bendición —declara con una voz que ha perdido toda la dureza y el frío que la caracterizaban hasta ahora.

En ese instante, el mundo se detiene a mi alrededor. Las palabras del laird resuenan en mi mente como un eco infinito, impregnando cada célula de mi cuerpo.

Ewan se abalanza sobre mí como un náufrago que encuentra tierra firme después de una tormenta interminable. Me envuelve en un abrazo protector, susurrando palabras de amor y alivio en mi oído. Yo me aferro a él con todas mis fuerzas, sintiendo cómo la tensión que me aprisionaba el pecho se disuelve en un torrente de emociones.

El laird se acerca a nosotros, y por primera vez veo sus ojos llenos de calidez y ternura. Me estrecha entre sus brazos, un gesto que me sorprende y me conmueve a partes iguales.

—Bienvenida a la familia, Anna —me dice con una voz que rebosa de sinceridad—. A mi mujer le hará muy feliz esta noticia.

En ese preciso momento, mi vida cambia para siempre. La bendición inesperada del laird ha sellado nuestro destino, uniéndonos a Ewan y a mí de una manera que jamás hubiera imaginado. Un nuevo capítulo se abre ante nosotros, un capítulo lleno de esperanza, amor y la promesa de un futuro juntos.

La noticia de nuestra boda se propaga como un incendio por las tierras de los MacLeod. La alegría se palpa en el aire, contagiando a cada uno de los habitantes del castillo. Todos, desde los más pequeños hasta los más ancianos, se afanan en preparar la celebración con un entusiasmo contagioso. Para ellos, una boda representa un motivo de alegría, un momento para unir a la familia y celebrar el amor.

El castillo se transforma en un escenario mágico. Flores de colores vivos adornan cada rincón, entrelazándose con las antiguas piedras y creando un ambiente de ensueño. El estandarte del clan MacLeod ondea con orgullo en lo alto, como un símbolo de la unión que está a punto de producirse.

Tres semanas pasan en un abrir y cerrar de ojos. Cada día que nos acerca al gran día está lleno de preparativos y nerviosismo. Las costureras trabajan sin descanso para confeccionar mi vestido

de novia, una creación de seda blanca que resalta mi figura con elegancia. Por suerte, mi incipiente barriga aún no es visible, permitiéndome disfrutar del vestido en todo su esplendor.

El día de la boda llega por fin, y el sol, como si quisiera celebrar nuestro amor, brilla con una intensidad inusitada, bañando el paisaje de una luz cálida y dorada. Los invitados, ataviados con sus mejores galas, se reúnen en el patio del castillo, expectantes, ansiosos por presenciar la unión de nuestros corazones.

La ceremonia se celebra en la capilla del castillo, un espacio íntimo y lleno de historia. El aire se impregna de un aroma a incienso y flores silvestres, creando una atmósfera solemne y romántica que me eriza la piel. Ewan, con su traje tradicional y su mirada llena de amor, me espera en el altar, radiante como un ángel. Está guapísimo, y mi corazón se derrite al verlo.

El sonido de las gaitas resuena en el aire, anunciando mi llegada. Lachlan, mi hermano, camina a mi lado, ofreciéndome su brazo de apoyo mientras me acompaña hacia el altar.

Allí, mis ojos se encuentran con los de Ewan. Está radiante con su traje tradicional, su mirada llena de amor y anhelo. Su sonrisa me derrite el corazón, y en ese instante sé que he encontrado al hombre con el que quiero compartir el resto de mi vida.

—Yo, Ewan Iain MacLeod —dice él—, te tomo a ti, Anna Elizabeth Thompson, como esposa. Prometo amarte y respetarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe.

—Yo, Anna Elizabeth Thompson —repito en mi turno, mi voz temblorosa por la emoción—, te tomo a ti, Ewan Iain MacLeod, como esposo. Prometo amarte y respetarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe.

Nos unimos en matrimonio bajo la atenta mirada de familiares y amigos. Las palabras del sacerdote resuenan en la capilla, sellando nuestro amor con una bendición sagrada. En ese instante, somos uno solo, dos almas entrelazadas por un destino que nos ha unido para siempre.

La celebración se extiende a lo largo del día, llena de música, risas y bailes. Compartimos mesa con nuestros invitados, disfrutando de un banquete digno de reyes. Las historias y anécdotas se entrelazan, creando una atmósfera de alegría y camaradería que llena nuestros corazones de felicidad.

Al caer la noche, exhaustos pero felices, nos retiramos a nuestras aposentos. El castillo, una vez sumido en el silencio, solo se ve interrumpido por el suave sonido de nuestros pasos que resuenan en el pasillo. Ewan me toma en sus brazos, apretándome con fuerza contra su pecho. Su calor me envuelve como una manta protectora, ahuyentando cualquier atisbo de cansancio. Susurra palabras de amor al oído, palabras que me llenan de una dulce embriaguez y me hacen sentir la mujer más amada del mundo.

Al cruzar el umbral de la habitación, un aroma a rosas y lavanda impregna el aire, creando una atmósfera sensual y romántica. La luz tenue de las velas ilumina la estancia, bañando todo en un halo de intimidad. Ewan me deja sobre la cama con delicadeza, y sus ojos, llenos de deseo, recorren cada centímetro de mi cuerpo.

—Eres deslumbrante —susurra con voz ronca, sus labios trazando senderos de calor en mi piel.

Mis mejillas se sonrojan ante su mirada ardiente. Su toque es suave como la seda, pero a la vez despierta en mí una tormenta de sensaciones. Sus dedos recorren mi piel, dibujando caricias que me hacen temblar.

—Tú también estás muy guapo hoy —respondo con un hilo de voz, sintiendo cómo el deseo se apodera de mí.

Nos despojamos de nuestras ropas con la delicadeza de quienes saben que este momento

merece ser atesorado en la memoria. Cada prenda cae al suelo como un eco de la pasión que nos consume, y pronto nos encontramos envueltos el uno en el otro, desnudos ante el universo.

—Te deseo tanto, Anna —murmura junto a mi oído, mientras sus manos trazan caminos de fuego sobre mi piel.

Un gemido escapa de mis labios, mi cuerpo se estremece al contacto de sus caricias, y en ese instante sé que no hay lugar en el mundo donde desee estar más que aquí, junto a él.

Esta noche, en la intimidad de nuestro lecho nupcial, consumamos nuestro amor con una pasión desenfrenada. No hay espacio para la contención ni para las dudas; nos entregamos el uno al otro con una entrega total, dejando que el deseo nos guíe en esta danza de amor y lujuria.

Los gemidos se entrelazan con las risas cómplices y las palabras de amor que brotan de nuestros labios, creando una sinfonía de placer que llena la habitación. Nos dejamos llevar por la intensidad del momento, asegurándonos de que todo el castillo nos oiga.

—No puedo creer que seas mía —dice entre jadeos Ewan, mientras me posee con una lentitud exquisita.

Me arqueo contra él, buscando sentirlo más, mis palabras apenas son susurros entre gemidos.

—Soy tuya, siempre lo he sido —respondo, luchando por controlar mi respiración—. Ah… Más fuerte, Ewan —le ruego entre susurros entrecortados.

—Como desees, mo chridhe—responde él, entregándose con total pasión a mi deseo.

El ritmo de nuestros cuerpos se sincroniza, creando una danza sensual que nos transporta a un mundo de sensaciones sin límites. Las manos de Ewan recorren mi cuerpo con pasión, explorando cada curva, cada valle, cada secreto de mi piel. Su lengua traviesa despierta mis sentidos, dibujando un mapa de placer en mi cuerpo que me hace perder la respiración.

Nos entregamos a la pasión una y otra vez, sin cansancio, sintiéndonos más unidos que nunca. Hasta que, finalmente, el amanecer tiñe el cielo de tonos dorados.

Las manos de Ewan, suaves como la seda, recorren mi piel con una ternura infinita. Sus dedos, expertos y delicados, dibujan caricias que me hacen estremecer. Se deslizan por mi vientre, acariciando la pequeña curva que simboliza el amor que nos une, el nuevo ser que crece en mi interior.

—Te amo —me susurra al oído, su voz ronca y llena de deseo resonando en la habitación como una melodía celestial. Sus labios rozan mi lóbulo de la oreja, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Y yo a ti —respondo con un gemido mientras me penetra con fuerza.

Las horas pasan sin que nos demos cuenta, envueltos en nuestra propia burbuja de pasión. Solo existimos nosotros dos, unidos por un deseo que no conoce saciedad.

Nos detenemos cuando el sol cruza el cielo, iluminando la habitación con una luz dorada que se cuela por las rendijas de las ventanas.

Nadie se ha atrevido a interrumpirnos. No ha habido ni un solo golpe en la puerta, ni un solo sonido que nos sacara de nuestro trance amoroso. El castillo parece haber conspirado para que podamos disfrutar de nuestra intimidad sin interrupciones.

En el silencio de la habitación, solo se escucha el suave sonido de la respiración de Ewan, mi marido, que duerme profundamente a mi lado. Su cuerpo, exhausto por la pasión que nos ha consumido durante horas, se relaja y se entrega al sueño.

Lo observo con ternura, admirando cada detalle de su rostro. Sus labios, entreabiertos por la respiración, esbozan una leve sonrisa que refleja la felicidad que ha vivido en esta noche de bodas. Sus pestañas, largas y oscuras, enmarcan unos ojos que, cuando están abiertos, brillan con una intensidad que me cautiva.

Siento una oleada de satisfacción recorrer mi cuerpo. He encontrado al amor de mi vida, al hombre con el que quiero compartir mi futuro, al padre con el que quiero criar a mis hijos. Ewan es mi alma gemela, la otra mitad de mi corazón.

Sonrío, llena de una felicidad que me invade por completo. En mis brazos duerme el hombre que amo, el hombre con el que construiré una vida llena de amor, pasión y complicidad. El futuro se presenta ante mí como un lienzo en blanco, listo para ser pintado con los colores vibrantes de nuestra historia.

Capítulo 19

Unas náuseas brutales me despiertan de golpe. Me giro sobre el suelo frío y áspero, sintiendo el ácido subir por mi garganta. Vomito con fuerza, expulsando la bilis y la desorientación que me atenaza.

Intento ponerme de pie, pero las piernas me fallan. Me apoyo en las manos y rodillas, respirando hondo para recuperar el control. El aire frío me azota la cara, como una bofetada que me devuelve a la realidad.

Lo recuerdo todo. El escape de la fortaleza, la decisión de viajar en el tiempo, el destello de luz cegador... Y luego, la oscuridad.

Busco a mi alrededor con una punzada de pánico en el pecho. ¿Ha funcionado? ¿Hemos conseguido escapar del siglo XVIII?

Mis ojos se posan en Ewan, tirado en el suelo a mi lado. Su rostro está pálido y demacrado, sus ojos cerrados con fuerza. Me acerco a él, sintiendo una oleada de terror.

—¿Ewan? —susurro, sacudiéndolo suavemente.

De repente, Ewan abre los ojos, parpadeando por la luz del sol. Me mira con desorientación.

—¡Anna! —exclama con voz ronca, incorporándose con dificultad—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha funcionado?

Le ayudo a ponerse de pie, apoyándolo en mi hombro.

—No lo sé —respondo, sintiendo un nudo en la garganta—. Debemos salir de aquí para comprobarlo.

Miramos a nuestro alrededor, tratando de ubicarnos. Estamos en medio de un bosque frondoso, no hay ni un camino a la vista, ni una señal de civilización. El canto de los pájaros y el susurro de las hojas son los únicos sonidos que rompen el silencio.

Por suerte, Ewan sabe orientarse. Caminamos durante un rato que se me hace eterno al tener que cargar con el peso de mi gigante marido, apoyándolo en mi hombro y sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

De repente, un sonido familiar llega a mis oídos. Un sonido que me hace detenerme en seco y aguzar el oído.

—No puede ser… ¿Eso ha sido… un cláxon? —murmuro sin poder evitar mi entusiasmo.

Ewan sonríe, sus ojos brillan con la misma esperanza que yo siento. Aceleramos nuestros pasos en dirección al sonido, y mis piernas se llenan de una fuerza que no sabía que tenía. El corazón me late con fuerza en el pecho, y la esperanza me invade.

Finalmente, llegamos al final del bosque y nos topamos con una escena que me deja sin aliento. Ante nosotros se extiende una carretera asfaltada, flanqueada por árboles frondosos y salpicada de coches que circulan a gran velocidad.

Lo hemos conseguido. Hemos escapado del pasado.

Tras comprobar que efectivamente nos encontramos en Escocia, una mezcla de euforia y nerviosismo nos invade. Lo primero que debemos hacer es llegar al Castillo MacLeod, nuestro punto de referencia.

Con la esperanza de encontrar ayuda, decidimos hacer autoestop. Nos colocamos al borde de la carretera, levantando el pulgar y rezando por que alguien se detenga. La espera se hace larga, pero finalmente, un viejo coche se detiene a nuestro lado.

El conductor, un hombre de mediana edad con una sonrisa amable, nos ofrece llevarnos.

Aceptamos con gratitud y subimos al vehículo, sintiendo una mezcla de alivio y curiosidad. Durante el viaje, conversamos con el hombre, quien nos elogia por nuestros trajes tradicionales pero no hace demasiadas preguntas al respecto. Al fin y al cabo, no es tan extraño ver a escoceses con kilts. El hombre nos confirma que nos encontramos en el año 2025.

Tras un par de horas de viaje, llegamos a las puertas del Castillo MacLeod. La imponente fortaleza se alza ante nosotros, más majestuosa que nunca. Un sentimiento de pertenencia y nostalgia me invade. Aquí es donde empezó todo.

Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la entrada principal. Con un toque de timidez, llamo a la puerta. El sonido retumba en el patio interior, y solo unos instantes después, oímos pasos que se acercan. La puerta se abre con un crujido, revelando la figura de un hombre alto y anciano, con una espesa barba gris y ojos penetrantes.

—Buenas tardes —digo, sintiendo que mi voz tiembla un poco—. No sé si se acordará de nosotros, nos alojamos aquí hace ya un tiempo...

El hombre me mira fijamente, con una expresión de sorpresa que se transforma en una sonrisa cálida.

—Señorita Thompson —exclama con vozarrón—. ¡Por supuesto que me acuerdo de ustedes!

Nos invita a entrar con un gesto amable, y mientras cruzamos el umbral, siento una oleada de recuerdos inundarme: la biblioteca llena de libros antiguos, el aroma a madera y cuero, las risas compartidas con Ewan en el jardín. Un escalofrío de emoción recorre mi cuerpo.

—En realidad, ahora soy Anna MacLeod —digo con una sonrisa cansada—. Es una larga historia...

Angus nos conduce a una sala amplia y confortable, decorada con tapices y muebles antiguos. Un fuego crepita en la chimenea, llenando la habitación de un calor acogedor. Nos sirven una cena caliente y ropa limpia, un lujo después de nuestro largo viaje.

Mientras Ewan se ducha, aprovecho para hablar con Angus a solas.

—¿Pudo enviar las cartas que le pedí? —pregunto con cautela, sin mirarlo a los ojos.

—Oh, sí, señorita MacLeod —responde con voz suave—. Sus padres llegaron de inmediato, aunque la verdad es que no pude darles demasiadas explicaciones.

—¿Qué les dijo?

Angus me mira con comprensión.

—Bueno, no podía decirles que su hija había desaparecido en la biblioteca del castillo —dice con una sonrisa pícara—. Les dije que había conocido a alguien, y que se había ido de viaje por un tiempo.

Me remuevo incómoda en mi asiento, sin saber qué decir.

—Siento no haberles dado más explicaciones —digo bajando la voz—. La verdad es que...

Angus me interrumpe con un gesto de su mano.

—No tiene que contarme nada, señorita MacLeod —dice con firmeza—. Escocia es un lugar mágico, y en ocasiones ocurren cosas que no podemos explicar. Parece que ha tenido un viaje largo e intenso, y me encantaría oírlo todo. Pero a veces, es mejor que algunas cosas se queden guardadas en el corazón —añade con un guiño cómplice.

Le sonrío, sintiendo una ola de gratitud hacia este hombre amable que ha respetado mi secreto.

—Ahora será mejor que les deje a solas —me dice antes de casi huir hacia la puerta principal.

Cuando me vuelvo, me encuentro con Ewan envuelto en una toalla que apenas cubre su musculoso cuerpo. Su pelo pelirrojo y mojado le cae sobre los ojos, enmarcando una sonrisa traviesa que me hace perder el aliento.

Se acerca a mí con paso decidido, sus ojos grises brillando con intensidad. Sus manos, grandes y fuertes, me toman por la cintura y me atraen hacia él para besarme con una pasión que me deja sin aliento. Me pierdo en su sabor, en el calor de su cuerpo, en el aroma a jabón y a bosque que emana de su piel.

—Es tu turno de asearte —murmura contra mis labios, su voz ronca y llena de deseo.—. ¿Quieres que te frote la espalda?

Mis mejillas se encienden como brasas. La idea de sus manos recorriendo mi piel desnuda me hace temblar de placer.

—Sí, por favor —respondo en un susurro, sin poder contenerme más.

Ewan sonríe con una picardía que me vuelve loca. Me coge en volandas y me lleva hacia el baño, sus pasos resonando en la madera del suelo.

El agua caliente cae sobre nuestros cuerpos, lavando la tensión y el cansancio del viaje. Nos reímos, nos besamos y nos entregamos el uno al otro por completo.

Pasamos los siguientes días en el Castillo MacLeod, recuperándonos de nuestras heridas físicas y emocionales. Finalmente, me pongo en contacto con mis padres, quienes se conmueven hasta las lágrimas al escuchar mi voz y me ofrecen venir a buscarnos en cuanto estemos listos para partir

La idea de volver a casa me llena de una mezcla de emociones: alegría por reencontrarme con mi familia, tristeza por abandonar este lugar que ha sido mi refugio durante el último año y medio, y miedo a lo desconocido. Sin embargo, sé que no puedo alejar a Ewan de Escocia, su tierra natal. Y una parte de mí tampoco quiere hacerlo. Así que nos buscamos una casa en Escocia, cerca de Edimburgo.

Justo antes de partir, sin embargo, siento que debo despedirme de este lugar, de la fortaleza en la que he pasado el último año y medio. Recorro los pasillos y las habitaciones desiertas, impregnadas de recuerdos y emociones.

Llego a la biblioteca, el lugar donde todo comenzó, y me detengo frente a la estantería donde encontré el anillo, un símbolo de nuestro amor que trasciende el tiempo. Con manos temblorosas, lo saco de mi bolsillo y observo la preciosa esmeralda que lo decora, su verde intenso como un reflejo de la esperanza que me invade.

Sintiendo una oleada de nostalgia, lo coloco en su cajita y vuelvo a esconderlo en la estantería, en el mismo lugar donde lo encontré. Tras viajar en el tiempo, solo yo conservo mi copia. La de Ewan ha desaparecido o se ha perdido en el camino. En cualquier caso, sé que no lo necesitaré más. He vivido una aventura extraordinaria, he encontrado el amor verdadero y he descubierto la fuerza que reside en mi interior. Es hora de seguir adelante.

—Vamos, nos esperan fuera —me anuncia Ewan, abrazándome por detrás y besándome en el cuello.

Su tacto me hace estremecer, recorriendo mi cuerpo como una ola de calor y deseo. Me giro para mirarlo a los ojos, encontrando en ellos un reflejo de mi propia felicidad.

—Te amo —le digo con voz ronca, sintiendo mi corazón desbordado.

Ewan sonríe, sus ojos brillando con una luz cálida que me llena de paz.

—Y yo te amo a ti —me responde, acercándose para besarme en los labios.

En ese beso, encuentro la respuesta a todas mis preguntas. Sé que he encontrado mi lugar en el mundo, sé que he encontrado a mi alma gemela, sé que estoy en casa. Ewan es mi hogar.